La Araucana.

Primera parte

Colección Averroes

Colección Averroes
Consejería de Educación y Ciencia
Junta de Andalucía

ÍNDICE

Preliminares 5
Primera Parte de La Araucana de don Alonso de Ercilla y Çúñiga..... 11
Canto I..... 18
Canto II..... 40
Canto III 69
Canto IV..... 98
Canto V 128
Canto VI 144
Canto VII..... 161
Canto VIII..... 181
Canto IX 201
Canto X 235
Canto XI 253
Canto XII..... 279
Canto XIII..... 309
Canto XIIII 327
Canto XV..... 343
Tabla de las cosas notables que hay en esta Primera parte de La Araucana 369

Preliminares

PRIVILEGIO PARA EL REINO DE CASTILLA
El Rey
Por cuanto por parte de vos, don Alonso de Ercilla y Zúñiga, nos fue fecha relación que habíades compuesto la Tercera Parte de LA ARAUCANA y juntádola con la Primera y Segunda, en que se acaban de escribir las guerras de la provincia de Chili hasta vuestro tiempo, y por ser obra provechosa para la noticia de aquella tierra, suplicándonos os mandásemos dar licencia para imprimir las dichas tres Partes de las cuales hicistes presentación,

y privilegio por veinte años o por el tiempo que fuésemos servido o como la nuestra merced fuese; lo cual visto por los del nuestro Consejo, por cuanto en el dicho libro se hicieron las diligencias que la premática por Nos fecha sobre la impresión de los libros dispone, fue acordado que debíamos mandar dar esta nuestra célula en la dicha razón, e Nos tuvímoslo por bien; por la cual, por os hacer bien y merced, os damos licencia y facultad para que vos o la persona que vuestro poder hubiere, y no otra alguna, podáis hacer imprimir y vender el dicho libro que de suso se hace mención en todos estos nuestros reinos de Castilla, por tiempo y espacio de diez años, que corran y se cuenten desde el día de la data desta nuestra cédula, so pena que la persona o personas que sin tener vuestro poder lo imprimiere o vendiere o hiciere imprimir o vender, pierda la impresión que hiciere con los moldes y aparejos della, y más incurra en pena de cincuenta mil

maravedís cada vez que lo contrario hiciere, la cual dicha pena sea la tercia parte para la persona que lo acusare y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare y la otra tercia parte para nuestra cámara y fisco con tanto que todas las veces que hobiéredes de hacer imprimir el dicho libro, durante el dicho tiempo de los dichos diez años, le traigáis al nuestro Consejo juntamente con el original que en él fue visto, que va rubricado cada plana y firmado al fin del de Juan Gallo de Andrada, nuestro escribano de cámara de los que residen en el nuestro Consejo, para que se vea si la dicha impresión está conforme a él o traigáis fe en pública forma de como, por corretor nombrado por nuestro mandado, se vio y corrigió la dicha impresión por el dicho original y se imprimió conforme a él, y quedan impresas las erratas por él apuntadas para cada un libro de los que ansí fueren impresos, para que se os tase el precio que por cada volumen hobiéredes de haber, so pena de caer e incurrir en las penas contenidas en las leyes y prémáticas de nuestros reinos. Y mandamos a los del nuestro Consejo y a otras cualesquier justicias que guarden y cumplan y ejecuten esta nuestra cédula y lo en ella contenido. Fecha en San Lorenzo, a trece días del mes de mayo de mil y quinientos y ochenta y nueve años. YO EL REY. Por mandado del Rey nuestro señor. luan Vázquez.

PRIVILEGIO DE ARAGÓN

Nos Don Felipe, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de Aragón, de León, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Portugal, de Hungría, de Dalmacia, de Croacia, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorcas, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los

Algarbes, de Algecira, de Gibraltar, de las Islas de Canaria, de las Indias Orientales y Ocidentales, Islas y Tierra Firme del mar Océano, Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, de Brabante, de Milán, de Atenas y Neopatria, Conde de Abspug, de Flandes, de Tirol, de Barcelona, de Rosellón y Cerdaña, Marqués de Oristán y Conde de Gociano. Por cuanto por parte de vos, Don Alonso de Ercilla y Zúñiga, caballero de la Orden de Santiago, gentilhombre de la Cámara del Emperador, mi sobrino, se nos ha hecho relación que con vuestro trabajo e ingenio habéis compuesto un libro intitulado *Tercera parte de La Araucana* y que lo deseáis hacer imprimir en los nuestros reinos de la Corona de Aragón, suplicándonos os mandásemos dar licencia para ello con la prohibición acostumbrada y por el tiempo que fuéremos servido; e Nos, teniendo consideración a vuestros grandes servicios, valor y partes, habiendo sido reconocido el dicho libro por nuestro mandato, con tenor de las presentes, de nuestra cierta ciencia y real autoridad, deliberadamente y consulta, damos licencia, permiso y facultad a vos el dicho don Alonso de Ercilla y Zúñiga y a la persona que vuestro poder tuviere, que podáis imprimir o hacer imprimir al impresor o impresores que quisiéredes el dicho libro intitulado *Tercera Parte de La Araucana*, con las otras dos partes o sin ellas, en todos los dichos nuestros reinos y señoríos de la Corona de Aragón, y vender en ellos así los que hubiéredes impreso o hecho imprimir en los dichos reinos como fuera dellos en otras cualesquier partes y esto

por tiempo de diez años; prohibiendo, según que con las presentes prohibimos y vedamos, que ninguna otra persona los pueda imprimir, ni hacer imprimir ni vender, ni llevarlos, impresos de otras partes a vender a los dichos nuestros reinos y señoríos sino vos o quien vuestro poder tuviere, por el dicho tiempo de diez años del día de la data de las presentes contaderos, so pena de docientos florines de oro de Aragón y perdimento de moldes y libros, dividiera en tres iguales partes: una a nuestros reales cofres, otra para vos el dicho don Alonso, y la tercera para el acusador; con esto, empero: que los libros que hubiéredes impreso y hiciéredes imprimir no los podáis vender hasta que hayáis traído en este nuestro S. S. R. Consejo, que cabe Nos reside, uno dellos, para que se compruebe con el original que queda en poder del noble don Miguel Clemente, nuestro protonotario, y se vea si la dicha impresión está conforme con el original que ha sido mostrado y aprobado. Mandando con el mismo tenor de las presentes a cualesquiera lugartenientes y capitanes generales, regente de la Cancellería, regente el oficio y portantveces de nuestro General Gobernador, Justicia de Aragón y sus lugartenientes, Bailes generales, Zalmedinas, Vegueres,

Sotvegueres, Justicias, Jurados, Alguaciles, Vergueros, Porteros y otros cualesquier oficiales y ministros nuestros, mayores y menores, en los dichos reinos y señoríos de la Corona de Aragón constituidos y constituideros y a sus lugartenientes o regentes los dichos oficios, so encurrimiento de nuestra ira e indignación y pena de mil florines de Aragón, de bienes del que lo contrario hiciere exigideros y a nuestros Reales cofres aplicaderos, que la presente nuestra licencia y prohibición y todo lo en ella contenido os tengan, guarden y cumplan, tener, guardar y cumplir hagan sin contradición alguna, y no permitan ni den lugar que sea hecho lo contrario en manera alguna, si, demás de nuestra ira e indignación, en la pena sobredicha desean no incurrir. En

testimonio de lo cual mandamos despachar las presentes con nuestro sello Real en el dorso selladas. Dat. en el monesterio de San Lorenzo el Real, a veintitrés días del mes de septiembre, año del nacimiento de Nuestro Señor de mil y quinientos y ochenta y nueve. -YO EL REY.

V. Frigola Vicechancellarius. V. Comes, Generalis Thesaurarius. V. Quintana Regens. V. Campis Regens. V. Marzilla Regens. V. Pellicer Regens. V. Clemens pro Conservatore Generali.

Dominus Rex mandavit mihi don Michaeli Clementi visa per Frigola Vicechancellarium, Comitem generalem Thesaurarium, Campi, Marzilla, Quintana & Pellicer Regentes Chancellariam, & me pro Conservatore Generali.

TASA

Está tasado en siete reales cada cuerpo desta Araucana, Primera y Segunda y Tercera Parte como consta, por la fee de tasa firmada del Secretario Juan Gallo de Andrada. Su fecha en Madrid a once días del mes de Enero de MDXC años.

Alonso de Ercilla

10

PRIVILEGIO DE PORTUGAL

Eu el rej fago saber a os que este albala virem, que eu ej por bem e me praz que pessoa alguã naõ possa em meus reynos e senhorios de Portugal, imprimir nem vender a Primeira, Segunda e Terceira Parte da Araucana, que dom Alonso de Erzilla e Çuñiga tem composto, e em que acaba de escreber as guerras da Provincia de Chili ate o seu tempo; nem as possa trazer de fora impressas, senaõ elle dito dom Alonso ou quem sua comissão, tiver, e isto por tempo de dez annos soomente, que se começaraõ da feitura deste em diante: sob pena de qualquer pessoa que imprimir ou fizer imprimir as ditas tres Partes da Araucana, ou trouxer de fora impressas ou vender sem consentimento do dito dom Alonso, perder todos os volumes que dos ditos livros tiver e

que forem echados, e mais pagar sincoenta mil reis: a metade pera quem acusar. E mando a todas as justiças e oficiaes a que este albala for mostrado, e o conhecimento de le pertenecer, que o cumprão e guardem e façaõ inteiramente comprir como se nele contem; posto que naõ seja passado pela Chancelarja e o efeito dele aja de durar mai de h anno, sem embargo das ordenazões do segundo libro, titulo vinte, que o contrairo dispoem; e este albara se imprimira no começo dos ditos volumes, ou no cabo.-Antonio Moniz da Fonsequa o fez em Madrid, aos 0 de novembro de .-
REY.
La Araucana
11

Primera Parte de La Araucana de don Alonso de Ercilla y Çúñiga

PRÓLOGO

Si pensara que el trabajo que he puesto en la obra me había de quitar tan poco el miedo de publicarla sé cierto de mí que no tuviera ánimo para llevarla al cabo. Pero considerando ser la historia verdadera y de cosas de guerra, a las cuales hay tantos aficionados, me he resuelto en imprimirla, ayudando a ello las importunaciones de muchos testigos que en lo más dello se hallaron, y el agravio que algunos españoles recibirían quedando sus hazañas en perpetuo silencio, faltando quien las escriba, no por ser ellas pequeñas, pero porque la tierra es tan remota y apartada y la postrera que los españoles han pisado por la parte del Pirú, que no se puede tener della casi noticia, y por el mal aparejo y poco tiempo que para escribir hay con la ocupación de la guerra, que no da lugar a ello; y así, el que pude hurtar, le gasté en este libro, el cual, porque fuese más cierto y verdadero, se hizo en la misma guerra y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas, algunos tan pequeños que apenas cabían seis versos, que no me costó después poco trabajo juntarlos; y por esto y por la humildad con que va la obra, como criada en tan pobres pañales, acompañándola el celo y la intención con que se hizo, espero que será parte para poder sufrir quien la leyere las faltas que lleva. Y si a alguno le pareciere que me muestro algo inclinado a la parte
Alonso de Ercilla
12

de los araucanos, tratando sus cosas y valentías más estendidamente de lo que para bárbaros se requiere, si queremos mirar su crianza, costumbres, modos de guerra y ejercicio della, veremos que muchos no les han hecho ventaja, y que son pocos los que con tan gran constancia y firmeza han defendido su tierra contra tan fieros enemigos como son los españoles. Y, cierto, es cosa de admiración que no poseyendo los araucanos más de veinte

leguas de término, sin tener en todo él pueblo formado, ni muro, ni casa fuerte para su reparo, ni armas, a lo menos defensivas, que la prolija guerra y los españoles las han gastado y consumido, y en tierra no áspera, rodeada de tres pueblos españoles y dos plazas fuertes en medio della, con puro valor y porfiada determinación hayan redimido y sustentado su libertad, derramando en sacrificio della tanta sangre así suya como de españoles, que con verdad se puede decir haber pocos lugares que no estén della teñidos y poblados de huesos, no faltando a los muertos quien les suceda en llevar su opinión adelante; pues los hijos, ganosos de la venganza de sus muertos padres, con la natural rabia que los mueve y el valor que dellos heredaron, acelerando el curso de los años, antes de tiempo tomando las armas se ofrecen al rigor de la guerra, y es tanta la falta de gente por la mucha que ha muerto en esta demanda, que para hacer más cuerpo y henchir los escuadrones, vienen también las mujeres a la guerra, y peleando algunas veces como varones, se entregan con grande ánimo a la muerte. Todo esto he querido traer para prueba y en abono del valor destas gentes, digno de mayor loor del que yo le podré dar con mis versos. Y pues, como dije arriba, hay agora en España cantidad de personas que se hallaron en muchas cosas de las que aquí escribo, a ellos remito la defensa de mi obra en esta parte, y a los que la leyeren se la encomiendo.

SONETO A DON ALONSO DE ERCILLA

Parten corriendo con ligero paso
Marón de mantua y de Smirna Homero,
cada cual procurando ser primero
en la difícil cumbre del Parnaso.
Van de la Italia Ariosto, el culto Tasso
y del pueblo famoso del ibero
Boscán, Mendoza célebre y sincero
y el ilustre y divino Garcilaso.
Vais después dellos, generoso Ercilla,
y aunque en tiempo primero que vos fueron
pasáis delante a todos fácilmente.
Apolo en veros tal se maravilla,
y antes que a todos los que allá subieron
con lauro os ciñe la sagrada frente.

SONETO DE FRAY ALONSO DE CARVAJAL, DE LA ORDEN DE LOS MÍNIMOS, EN MODO DE DIÁLOGO

-¿Quién sube por la escala de discretos?
-Don Alonso es, de Ercilla el animoso.
-Decidme: ¿dónde va tan presuroso?
-A dar subido lustre a sus concetos.
-¿Es éste el que no alcanzan los perfetos?

-El es, que al más fecundo hace medroso,
-¿Qué causa es la que lleva este famoso?
-Mostrarnos el valor de sus decretos.
-Pues nadie lo entendiera en este caso.
-Ninguno, ni vendrá ya quien lo entienda.
-Estraño debe ser su estilo y arte.
-Es tal, que ya se estiende hasta el ocaso.
Alonso de Ercilla
14
-Luego, ¿daránle el lauro sin contienda?
-Sí, que es Virgilio en verso, en armas Marte.
SONETO DEL DOCTOR GERÓNIMO DE PORRAS, CATEDRÁTICO EN LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ, A DON ALONSO DE ERCILLA
Claro señor, que ilustras y celebras
la gloria de las armas españolas
del Indo mar a las Esperias olas,
del Scítico a las líbicas culebras,
y a Muerte robas las vitales hebras
que siega como flacas amapolas;
haces que Mantua no se alabe a solas,
y al invidioso la esperanza quiebras:
no solamente aplican sus oídos
al dulce son de tu glorioso cuento
Neptuno, Doris, Melicerta y Glauco,
mas aun reciben gusto los vencidos
de oír loar con tan suave acento
los vencedores del famoso Arauco.
SONETO DEL MARQUÉS DE PEÑAFIEL A DON ALONSO DE ERCILLA
Gloria lleváis del bárbaro trofeo
con pluma honrando al que vencéis con lanza,
y lo que en tiempo y muerte no se alcanza
alcanza en vida el inmortal deseo.
Voláis de Arauco hasta el mar Egeo,
y con ínclito triunfo y alabanza,
libre de alteración y de mudanza,
La Araucana
15
de lejos veis las aguas del Leteo.
Tanto Ercilla valéis vivo y presente,
que de Zoylo el infernal veneno
jamás prevaricó la gloria vuestra.
Dais gloria a Arauco y vais de gente en gente
con lauro ufano y de alabanzas lleno,
que el premio es vuestro y la ventura nuestra.
SONETO DE LA SEÑORA DOÑA LEONOR DE YEIZ,

SEÑORA DE LA BARONÍA DE RAFALES, A DON ALONSO DE ERCILLA

Mil bronces para estatuas ya fórjados,
mil lauros de tus obras premio honroso
te ofrece España, Ercilla generoso,
por tu pluma y tu lanza tan ganados.
Hónrese tu valor entre soldados,
invidie tu nobleza el valeroso
y busque en ti el poeta más famoso
lima para sus versos más limados.
Derrame por el mundo tus loores
la fama, y eternice tu memoria
porque jamás el tiempo la consuma.
Gocen ya, sin temor de que hay mayores,
tus hechos y tus libros de igual gloria,
pues la han ganado igual la espada y pluma.

SONETO DE LA SEÑORA DOÑA YSABEL DE CASTRO Y ANDRADE A DON ALONSO DE ERCILLA

Araucana nação mais venturosa,
mais que cuantas og'ha de gloria dina,

pois na prosperidade e na ruina
sempre enuejada estais, nunca enuejosa.
Se enresta ¡oh illustre Alonso! a temerosa
lanza, se arranca a espada que fulmina,
creyó que julgareis que determina
s'o conquistar a terra bellicosa.
Faraa, mas não temais essa mão forte,
que se vos tira a liberdade e a vida,
ella vos pagara b|e largamente.
Qu'a troco du'a breve e honrada morte,
Cõ seu divino estillo, esclarecida
deixara vossa fama eternamente.

AL REY, NUESTRO SEÑOR

Como todas mis obras de su principio están ofrecidas a V. M., ésta, como necesitada, acude al amparo que ha menester. Suplico a V. M. sea servido de pasar los ojos por ella que con merced tan grande, demás de dejarla V. M. ufana, quedará autorizada y seguro de que ninguno se le atreva.
Guarde Nuestro Señor la Católica persona de V. M.
Don Alonso de Ercilla y Zúñiga

Canto I

El cual declara el asiento y descripción de la provincia de Chile y Estado de Arauco, con las costumbres y modos de guerra que los naturales tienen; y asimismo trata en suma la entrada y conquista que los españoles hicieron hasta que Arauco se comenzó a rebelar

No las damas, amor, no gentilezas
de caballeros canto enamorados,
ni las muestras, regalos y ternezas
de amorosos afectos y cuidados;
mas el valor, los hechos, las proezas
de aquellos españoles esforzados,
que a la cerviz de Arauco no domada
pusieron duro yugo por la espada.
Cosas diré también harto notables
de gente que a ningún rey obedecen,
temerarias empresas memorables
que celebrarse con razón merecen,
raras industrias términos loables
que más los españoles engrandecen
pues no es el vencedor más estimado
de aquello en que el vencido es reputado.
Suplícoos, gran Felipe, que mirada
esta labor, de vos sea recebida,
que, de todo favor necesitada,
queda con darse a vos favorecida.
Es relación sin corromper sacada

de la verdad, cortada a su medida;
no despreciéis el don, aunque tan pobre,
para que autoridad mi verso cobre.
Quiero a señor tan alto dedicarlo,
porque este atrevimiento lo sostenga,
tomando esta manera de ilustrarlo,
para que quien lo viere en más lo tenga;
y si esto no bastare a no tacharlo,
a lo menos confuso se detenga
pensando que, pues va a Vos dirigido,
que debe de llevar algo escondido.
Y haberme en vuestra casa yo criado,
que crédito me da por otra parte,
hará mi torpe estilo delicado,
y lo que va sin orden, lleno de arte;
así, de tantas cosas animado,
la pluma entregaré al furor de Marte:
dad orejas Señor, a lo que digo,
que soy de parte dello buen testigo.

Chile, fértil provincia y señalada
en la región antártica famosa,
de remotas naciones respetada
por fuerte, principal y poderosa;
la gente que produce es tan granada,
tan soberbia, gallarda y belicosa,
que no ha sido por rey jamás regida
ni a estranjero dominio sometida.
Alonso de Ercilla
20
Es Chile norte sur de gran longura,
costa del nuevo mar, del Sur llamado,
tendrá del leste a oeste de angostura
cien millas, por lo más ancho tomado;
bajo del polo Antártico en altura
de veinte y siete grados, prolongado
hasta do el mar Océano y chileno
mezclan sus aguas por angosto seno.
Y estos dos anchos mares, que pretenden,
pasando de sus términos, juntarse,
baten las rocas, y sus olas tienden,
mas esles impedido el allegarse;
por esta parte al fin la tierra hienden
y pueden por aquí comunicarse.
Magallanes, Señor, fue el primer hombre
que, abriendo este camino, le dio nombre.
Por falta de pilotos, o encubierta
causa, quizá importante y no sabida,
esta secreta senda descubierta
quedó para nosotros escondida;
ora sea yerro de la altura cierta,
ora que alguna isleta, removida
del tempestuoso mar y viento airado
encallando en la boca, la ha cerrado.
Digo que norte sur corre la tierra,
y báñala del oeste la marina;
a la banda de leste va una sierra
La Araucana
21
que el mismo rumbo mil leguas camina;
en medio es donde el punto de la guerra
por uso y ejercicio más se afina.
Venus y Amón aquí no alcanzan parte,
sólo domina el iracundo Marte.
Pues en este distrito demarcado,
por donde su grandeza es manifiesta,
está a treinta y seis grados el Estado

que tanta sangre ajena y propia cuesta;
éste es el fiero pueblo no domado
que tuvo a Chile en tal estrecho puesta,
y aquel que por valor y pura guerra
hace en torno temblar toda la tierra.
Es Arauco, que basta, el cual sujeto
lo más deste gran término tenía
con tanta fama, crédito y conceto,
que del un polo al otro se estendía,
y puso al español en tal aprieto
cual presto se verá en la carta mía;
veinte leguas contienen sus mojones,
poséenla diez y seis fuertes varones.
De diez y seis caciques y señores
es el soberbio Estado poseído,
en militar estudio los mejores
que de bárbaras madres han nacido;
reparo de su patria y defensores,
ninguno en el gobierno preferido.
Alonso de Ercilla
22
Otros caciques hay, mas por valientes
son éstos en mandar los preeminentes.
Sólo al señor de imposición le viene
servicio personal de sus vasallos,
y en cualquiera ocasión cuando conviene
puede por fuerza al débito apreamiallos;
pero así obligación el señor tiene
en las cosas de guerra dotrinallos
con tal uso, cuidado y diciplina,
que son maestros después desta dotrina.
En lo que usan los niños en teniendo
habilidad y fuerza provechosa,
es que un trecho seguido ha de ir corriendo
por una áspera cuesta pedregosa
y al puesto y fin del curso revolviendo,
le dan al vencedor alguna cosa.
Vienen a ser tan sueltos y alentados
que alcanzan por aliento los venados.
Y desde la niñez al ejercicio
los apremian por fuerza y los incitan,
y en el bélico estudio y duro oficio,
entrando en más edad, los ejercitan.
Si alguno de flaqueza da un indicio,
del uso militar lo inhabilitan,
y el que sale en las armas señalado
conforme a su valor le dan el grado.

Los cargos de la guerra y preminencia
no son por flacos medios proveídos,
ni van por calidad, ni por herencia,
ni por hacienda y ser mejor nacidos;
mas la virtud del brazo y la excelencia,
ésta hace los hombres preferidos,
ésta ilustra, habilita, perficiona
y quilata el valor de la persona.
Los que están a la guerra dedicados
no son a otro servicio constreñidos,
del trabajo y labranza reservados,
y de la gente baja mantenidos;
pero son por las leyes obligados
destar a punto de armas proveídos,
y a saber diestramente gobernallas
en las lícitas guerras y batallas.
Las armas dellos más ejercitadas
son picas, alabardas y lanzones,
con otras puntas largas enastadas
de la fación y forma de punzones;
hachas, martillo, mazas barreadas,
dardos, sargentas, flechas y bastones,
lazos de fuertes mimbres y bejucos,
tiros arrojadizos y trabucos.
Algunas destas armas han tomado
de los cristianos nuevamente agora,
que el contino ejercicio y el cuidado

enseña y aprovecha cada hora,
y otras, según los tiempos, inventado:
que es la necesidad grande inventora,
y el trabajo solícito en las cosas,
maestro de invenciones ingeniosas.
Tienen fuertes y dobles coseletes,
arma común a todos los soldados,
y otros a la manera de sayetes,
que son, aunque modernos, más usados;
grebas, brazaletes, golas, capacetes
de diversas hechuras encajados,
hechos de piel curtida y duro cuero,
que no basta a ofenderle el fino acero.
Cada soldado una arma solamente
ha de aprender, y en ella ejercitarse,
y es aquella a que más naturalmente

en la niñez mostrare aficionarse;
desta sola procura diestramente
saberse aprovechar, y no empacharse
en jugar de la pica el que es flechero,
ni de la maza y flechas el piquero.
Hacen su campo, y muéstranse en formados
escuadrones distintos muy enteros,
cada hila de más de cien soldados;
entre una pica y otra los flecheros
que de lejos ofenden desmandados
bajo la protección de los piqueros,
La Araucana
25
que van hombro con hombro, como digo,
hasta medir a pica al enemigo.
Si el escuadrón primero que acomete
por fuerza viene a ser desbaratado,
tan presto a socorrerle otro se mete,
que casi no da tiempo a ser notado.
Si aquél se desbarata, otro arremete,
y estando ya el primero reformado,
moverse de su término no puede
hasta ver lo que al otro le sucede.
De pantanos procuran guarnecerse
por el daño y temor de los caballos,
donde suelen a veces acogerse
si viene a suceder desbaratallos;
allí pueden seguros rehacerse,
ofenden sin que puedan enojallos,
que el falso sitio y gran inconveniente
impide la llegada a nuestra gente.
Del escuadrón se van adelantando
los bárbaros que son sobresalientes,
soberbios cielo y tierra despreciando,
ganosos de estremarse por valientes.
Las picas por los cuentos arrastrando,
poniéndose en posturas diferentes,
diciendo: «Si hay valiente algún cristiano,
salga luego adelante mano a mano».
Alonso de Ercilla
26
Hasta treinta o cuarenta en compañía,
ambiciosos de crédito y loores,
vienen con grande orgullo y bizarría
al son de presurosos atambores;
las armas matizadas a porfía
con varias y finísimas colores

de poblados penachos adornados,
saltando acá y allá por todos lados.
Hacen fuerzas o fuertes cuando entienden
ser el lugar y sitio en su provecho,
o si ocupar un término pretenden,
o por algún aprieto y grande estrecho;
de do más a su salvo se defienden
y salen de rebato a caso hecho,
recogiéndose a tiempo al sitio fuerte,
que su forma y hechura es desta suerte:
señalado el lugar, hecha la traza,
de poderosos árboles labrados
cercan una cuadrada y ancha plaza
en valientes estacas afirmados,
que a los de fuera impide y embaraza
la entrada y combatir, porque, guardados
del muro los de dentro, fácilmente
de mucha se defiende poca gente.
Solían antiguamente de tablones
hacer dentro del fuerte otro apartado,
puestos de trecho a trecho unos troncones
en los cuales el muro iba fijado
con cuatro levantados torreones

a caballero, del primer cercado,
de pequeñas troneras lleno el muro
para jugar sin miedo y más seguro.
En torno desta plaza poco trecho
cercan de espesos hoyos por defuera:
cuál es largo, cuál ancho, y cuál estrecho,
y así van sin faltar desta manera,
para el incauto mozo que de hecho
apresura el caballo en la carrera
tras el astuto bárbaro engañoso
que le mete en el cerco peligroso.
También suelen hacer hoyos mayores
con estacas agudas en el suelo,
cubiertos de carrizo; yerba y flores,
porque puedan picar más sin recelo;
allí los indiscretos corredores,
teniendo sólo por remedio el cielo,
se sumen dentro, y quedan enterrados
en las agudas puntas estacados.
De consejo y acuerdo una manera
tienen de tiempo antiguo acostumbrada,
que es hacer un convite y borrachera

cuando sucede cosa señalada;
y así cualquier señor, que la primera
nueva del tal suceso le es llegada,
despacha con presteza embajadores
a todos los caciques y señores

28
haciéndoles saber como se ofrece
necesidad y tiempo de juntarse,
pues a todos les toca y pertenece,
que es bien con brevedad comunicarse.
Según el caso, así se lo encarece,
y el daño que se sigue dilatarse,
lo cual, visto que a todos les conviene,
ninguno venir puede que no viene.
Juntos, pues, los caciques del senado,
propóneles el caso nuevamente,
el cual por ellos visto y ponderado,
se trata del remedio conveniente;
y resueltos en uno y decretado,
si alguno de opinión es diferente,
no puede en cuanto al débito eximirse,
que allí la mayor voz ha de seguirse.
Después que cosa en contra no se halla,
se va el nuevo decreto declarando
por la gente común y de canalla,
que alguna novedad está aguardando.
Si viene a averiguarse por batalla,
con gran rumor lo van manifestando
de trompas y atambores altamente,
porque a noticia venga de la gente.
Tienen un plazo puesto y señalado
para se ver sobre ello y remirarse;
tres días se han de haber ratificado

29
en la difinición sin retratarse,
y el franco y libre término pasado,
es de ley imposible revocarse
y así como a forzoso acaecimiento,
se disponen al nuevo movimiento.
Hácese este concilio en un gracioso
asiento de mil florestas escogido,
donde se muestra el campo más hermoso
de infinidad de flores guarnecido;
allí de un viento fresco y amoroso
los árboles se mueven con ruido,

cruzando muchas veces por el prado
un claro arroyo limpio y sosegado,
do una fresca y altísima alameda
por orden y artificio tienen puesta
en torno de la plaza y ancha rueda,
capaz de cualquier junta y grande fiesta,
que convida a descanso, y al sol veda
la entrada y paso en la enojosa siesta;
allí se oye la dulce melodía
del canto de las aves y armonía.
Gente es sin Dios ni ley, aunque respeta
aquel que fue del cielo derribado,
que como, a poderoso y gran profeta
es siempre en sus cantares celebrado.
Invocan su furor con falsa seta
y a todos sus negocios es llamado,
Alonso de Ercilla
30
teniendo cuanto dice por seguro
del próspero suceso o mal futuro.
Y cuando quieren dar una batalla
con él lo comunican en su rito;
si no responde bien, dejan de dalla
aunque más les insista el apetito.
Caso grave y negocio no se halla
do no sea convocado este maldito:
llámanle Eponamón, y comúnmente
dan este nombre a alguno si es valiente.
Usan el falso oficio de hechiceros,
ciencia a que naturalmente se inclinan,
en señales mirando y en agüeros
por las cuales sus cosas determinan;
veneran a los necios agoreros
que los casos futuros adivinan:
el agüero acrecienta su osadía
y les infunde miedo y cobardía.
Algunos destos son predicadores
tenidos en sagrada reverencia,
que sólo se mantienen de loores,
y guardan vida estrecha y abstinencia.
Estos son los que ponen en errores
al liviano común con su elocuencia,
teniendo por tan cierta su locura,
como nos la Evangélica Escritura.
La Araucana
31
Y éstos que guardan orden algo estrecha

no tienen ley ni Dios ni que hay pecados,
mas sólo aquel vivir les aprovecha
de ser por sabios hombres reputados;
pero la espada, lanza, el arco y flecha
tienen por mejor ciencia otros soldados,
diciendo que al agüero alegre o triste
en la fuerza y el ánimo consiste.
En fin, el hado y clima desta tierra,
si su estrella y pronósticos se miran,
es contienda, furor, discordia, guerra
y a solo esto los ánimos aspiran.
Todo su bien y mal aquí se encierra,
son hombres que de súbito se aíran,
de condiciones feroces, impacientes,
amigos de domar estrañas gentes.
Son de gestos robustos, desbarbados,
bien formados los cuerpos y crecidos,
espaldas grandes, pechos levantados,
recios miembros, de niervos bien fornidos;
ágiles, desenvueltos, alentados,
animosos, valientes, atrevidos,
duros en el trabajo y sufridores
de fríos mortales, hambres y calores.
No ha habido rey jamás que sujetase
esta soberbia gente libertada,
ni estranjera nación que se jatase

de haber dado en sus términos pisada,
ni comarcana tierra que se osase
mover en contra y levantar espada.
Siempre fue esenta, indómita, temida,
de leyes libre y de cerviz erguida.
El potente rey Inga, aventajado
en todas las antárticas regiones,
fue un señor en estremo aficionado
a ver y conquistar nuevas naciones,
y por la gran noticia del Estado
a Chile despachó sus orejones;
mas la parlera fama desta gente
la sangre les templó y ánimo ardiente.
Pero los nobles Ingas valerosos
los despoblados ásperos rompieron,
y en Chile algunos pueblos belicosos
por fuerza a servidumbre los trujeron,
a do leyes y edictos trabajosos
con dura mano armada introdujeron,

haciéndolos con fueros disolutos
pagar grandes subsidios y tributos.
Dado asiento en la tierra y reformado
el campo con ejército pujante,
en demanda del reino deseado
movieron sus escuadras adelante.
No hubieron muchas millas caminado,
cuando entendieron que era semejante
La Araucana
33
el valor a la fama que alcanzada
tenía el pueblo araucano por la espada.
Los promaucaes de Maule, que supieron
el vano intento de los Ingas vanos,
al paso y duro encuentro les salieron,
no menos en buen orden que lozanos;
y las cosas de suerte sucedieron
que llegando estas gentes a las manos,
murieron infinitos orejones,
perdiendo el campo y todos los pendones.
Los indios promaucaes es una gente
que está cien millas antes del Estado,
brava, soberbia, próspera y valiente,
que bien los españoles la han probado;
pero con cuanto digo, es diferente
de la fiera nación, que cotejado
el valor de las armas y excelencia,
es grande la ventaja y diferencia.
Los Ingas, que la fuerza conocían
que en la provincia indómita se encierra
y cuán poco a los brazos ganarían
llegada al cabo la empezada guerra,
visto el errado intento que traían,
desamparando la ganada tierra,
volvieron a los pueblos que dejaron
donde por algún tiempo reposaron.
Alonso de Ercilla
34
Pues don Diego de Almagro, Adelantado
que en otras mil conquistas se había visto,
por sabio en todas ellas reputado,
animoso, valiente, franco y quisto,
a Chile caminó determinado
de estender y ensanchar la fe de Cristo.
Pero llegando al fin deste camino,
dar en breve la vuelta le convino.
A sólo el de Valdivia esta vitoria

con justa y gran razón le fue otorgada
y es bien que se celebre su memoria,
pues pudo adelantar tanto su espada.
Éste alcanzó en Arauco aquella gloria
que de nadie hasta allí fuera alcanzada;
la altiva gente al grave yugo trujo
y en opresión la libertad redujo.
Con una espada y capa solamente,
ayudado de industria que tenía,
hizo con brevedad de buena gente
una lucida y gruesa compañía,
y con designio y ánimo valiente
toma de Chile la derecha vía,
resuelto en acabar desta salida
la demanda difícil o la vida.
Viose en el largo y áspero camino
por hambre, sed y frío en gran estrecho;
pero con la constancia que convino

puso al trabajo el animoso pecho,
y el diestro hado y próspero destino
en Chile le metieron, a despecho
de cuantos estorbarlo procuraron,
que en su daño las armas levantaron.
Tuvo a la entrada con aquellas gentes
batallas y recuentros peligrosos
en tiempos y lugares diferentes
que estuvieron los fines bien dudosos;
pero al cabo por fuerza los valientes
españoles con brazos valerosos,
siguiendo el hado y con rigor la guerra
ocuparon gran parte de la tierra.
No sin gran riesgo y pérdidas de vidas
asediados seis años sostuvieron,
y de incultas raíces desabridas
los trabajados cuerpos mantuvieron,
do a las bárbaras armas oprimidas
a la española devoción trujeron
por ánimo constante y raras pruebas,
criando en los trabajos fuerzas nuevas.
Después entró Valdivia conquistando
con esfuerzo y espada rigurosa
los promaucaes, por fuerza sujetando
curios, cauquenes, gente belicosa;
y el Maule y raudo Itata atravesando,
llegó al Andalién, do la famosa

Alonso de Ercilla
36
ciudad fundó de muros levantada,
felice en poco tiempo y desdichada.
Una batalla tuvo aquí sangrienta,
donde a punto llegó de ser perdido
pero Dios le acorrió en aquella afrenta,
que en todas las demás le había acorrido.
Otros dello darán más larga cuenta,
que les está este cargo cometido;
allí fue preso el bárbaro Ainauillo;
honor de los pencones y caudillo.
De allí llegó al famoso Biobío
el cual divide a Penco del Estado,
que del Nibequetén, copioso río,
y de otros viene al mar acompañado.
De donde con presteza y nuevo brío,
en orden buena y escuadrón formado
pasó de Andalicán la áspera sierra
pisando la araucana y fértil tierra.
No quiero detenerme más en esto
pues que no es mi intención dar pesadumbre,
y así pienso pasar por todo presto,
huyendo de importunos la costumbre;
digo con tal intento y presupuesto,
que antes que los de Arauco a servidumbre
viniesen, fueron tantas las batallas,
que dejo de prolijas de contallas.
La Araucana
37
Ayudó mucho el inorante engaño
de ver en animales corregidos
hombres que por milagro y caso estraño
de la región celeste eran venidos;
y del súbito estruendo y grave daño
de los tiros de pólvora sentidos,
como a inmortales dioses los temían
que con ardientes rayos combatían.
Los españoles hechos hazañosos
el error confirmaban de inmortales,
afirmando los más supersticiosos
por los presentes los futuros males;
y así tibios, suspensos y dudosos,
viendo de su opresión claras señales,
debajo de hermandad y fe jurada
dio Arauco la obediencia jamás dada.
Dejando allí el seguro suficiente

adelante los nuestros caminaron;
pero todas las tierras llanamente,
viendo Arauco sujeta se entregaron,
y reduciendo a su opinión gran gente,
siete ciudades prósperas fundaron:
Coquimbo, Penco, Angol y Santiago,
la Imperial, Villarica, y la del Lago.
El felice suceso, la vitoria,
la fama y posesiones que adquirían
los trujo a tal soberbia y vanagloria,
Alonso de Ercilla
38
que en mil leguas diez hombres no cabían,
sin pasarles jamás por la memoria
que en siete pies de tierra al fin habían
de venir a caber sus hinchazones,
su gloria vana y vanas pretensiones.
Crecían los intereses y malicia
a costa del sudor y daño ajeno,
y la hambrienta y mísera codicia,
con libertad paciendo, iba sin freno.
La ley, derecho, el fuero y la justicia
era lo que Valdivia había por bueno:
remiso en graves culpas y piadoso,
y en los casos livianos riguroso.
Así el ingrato pueblo castellano
en mal y estimación iba creciendo,
y siguiendo el soberbio intento vano,
tras su fortuna próspera corriendo;
pero el Padre del cielo soberano
atajó este camino, permitiendo
que aquel a quien él mismo puso el yugo,
fuese el cuchillo y áspero verdugo.
El Estado araucano, acostumbrado
a dar leyes, mandar o ser temido,
viéndose de su trono derribado
y de mortales hombres oprimido,
de adquirir libertad determinado,
reprobando el subsidio padecido,
La Araucana
39
acude al ejercicio de la espada,
ya por la paz ociosa desusada.
Dieron señal primero y nuevo tiento
(por ver con qué rigor se tomaría),
en dos soldados nuestros, que a tormento
mataron sin razón y causa un día.

Disimulóse aquel atrevimiento,
y con esto crecióles la osadía;
no aguardando a más tiempo abiertamente
comienzan a llamar y juntar gente.
Principio fue del daño no pensado
el no tomar Valdivia presta emienda
con ejemplar castigo del Estado,
pero nadie castiga en su hacienda.
El pueblo sin temor desvergonzado
con nueva libertad rompe la rienda
del homenaje hecho y la promesa,
como el segundo canto aquí lo espresa.
Alonso de Ercilla
40

Canto II

Pónese la discordia que entre los caciques de Arauco hubo sobre la eleción de capitán general, y el medio que se tomó por el consejo del cacique colocolo, con la entrada que por engaño los bárbaros hicieron en la casa fuerte de Tucapel y la batalla que con los españoles tuvieron

Muchos hay en el mundo que han llegado
a la engañosa alteza, desta vida,
que Fortuna los ha siempre ayudado
y dádoles la mano a la subida
para después de haberlos levantado,
derribarlos con mísera caída,
cuando es mayor el golpe y sentimiento
y menos el pensar que hay mudamiento.
No entienden con la próspera bonanza
que el contento es principio de tristeza,
ni miran en la súbita mudanza
del consumidor tiempo y su presteza;
mas con altiva y vana confianza
quieren que en su fortuna haya firmeza,
la cual, de su aspereza no olvidada,
revuelve con la vuelta acostumbrada.
Con un revés de todo se desquita,
que no quiere que nadie se le atreva,
y mucho más que da siempre les quita,
no perdonando cosa vieja y nueva;
de crédito y de honor los necesita
La Araucana
41
que en el fin de la vida está la prueba,
por el cual han de ser todos juzgados
aunque lleven principios acertados.
Del bien perdido, al cabo, ¿qué nos queda

sino pena, dolor y pesadumbre?
Pensar que en él Fortuna ha de estar queda,
antes dejará el sol de darnos lumbre:
que no es su condición fijar la rueda
y es malo de mudar vieja costumbre;
el más seguro bien de la Fortuna
es no haberla tenido vez alguna.
Esto verse podrá por esta historia,
ejemplo dello aquí puede sacarse,
que no bastó riqueza, honor y gloria
con todo el bien que puede desearse
a llevar adelante la vitoria;
que el claro cielo al fin vino a turbarse,
mudando la Fortuna en triste estado
el curso y orden, próspera del hado.
La gente nuestra ingrata se hallaba
en la prosperidad que arriba cuento,
y en otro mayor bien que me olvidaba,
hallado en pocas casas, que es contento.
De tal manera en él se descuidaba
(cierta señal de triste acaecimiento)
que en una hora perdió el honor y estado
que en mil años de afán había ganado.
Alonso de Ercilla
42
Por dioses, como dije, eran tenidos
de los indios los nuestros; pero olieron
que de mujer y hombre eran nacidos,
y todas sus flaquezas entendieron.
Viéndolos a miserias sometidos
el error inorante conocieron,
ardiendo en viva rabia avergonzados
por verse de mortales conquistados.
No queriendo a más plazo difirirlo
entrellos comenzó luego a tratarse
que, para en breve tiempo concluirlo
y dar el modo y orden de vengarse,
se junten a consulta a difinirlo,
do venga la sentencia a pronunciarse,
dura, ejemplar, cruel, irrevocable,
horrenda a todo el mundo y espantable.
Iban ya los caciques ocupando
los campos con la gente que marchaba
y no fue menester general bando,
que el deseo de la guerra los llamaba
sin promesas ni pagas, deseando
el esperado tiempo que tardaba,

para el decreto y áspero castigo
con muerte y destruición del enemigo.
De algunos que en la junta se hallaron
es bien que haya memoria de sus nombres,
que siendo incultos bárbaros, ganaron

con no poca razón claros renombres,
pues en tan breve término alcanzaron
grandes vitorias de notables hombres,
que dellas darán fe los que vivieren,
y los muertos allá donde estuvieren.
Tucapel se llamaba aquel primero
que al plazo señalado había venido;
éste fue de cristianos carnicero,
siempre en su enemistad endurecido;
tiene tres mil vasallos el guerrero,
de todos como rey obedecido.
Ongol luego llegó, mozo valiente,
gobierna cuatro mil, lucida gente.
Cayocupil, cacique bullicioso,
no fue el postrero que dejó su tierra,
que allí llegó el tercero, deseoso
de hacer a todo el mundo él solo guerra;
tres mil vasallos tiene este famoso,
usado tras las fieras en la sierra.
Millarapué, aunque viejo, el cuarto vino
que cinco mil gobierna de contino.
Paicabi se juntó aquel mismo día,
tres mil diestros soldados señorea.
No lejos Lemolemo dél venía,
que tiene seis mil hombres de pelea.
Mareguano, Gualemo y Lebopía
se dan priesa a llegar, porque se vea

que quieren ser en todo los primeros;
gobiernan estos tres, tres mil guerreros.
No se tardó en venir, pues, Elicura
que al tiempo y plazo puesto había llegado,
de gran cuerpo, robusto en la hechura,
por uno de los fuertes reputado;
dice que ser sujeto es gran locura
quien seis mil hombres tiene a su mandado.
Luego llegó el anciano Colocolo,
otros tantos y más rige éste solo.
Tras éste a la consulta Ongolmo viene,

que cuatro mil guerreros gobernaba.
Purén en arribar no se detiene,
seis mil súbditos éste administraba.
Pasados de seis mil Lincoya tiene
que bravo y orgulloso ya llegaba,
diestro, gallardo, fiero en el semblante,
de proporción y altura de gigante.
Peteguelén, cacique señalado,
que el gran valle de Arauco le obedece
por natural señor, y así el Estado
este nombre tomó, según parece,
como Venecia, pueblo libertado,
que en todo aquel gobierno más florece,
tomando el nombre dél la señoría,
así guarda el Estado el nombre hoy día.

Éste no se halló personalmente
por estar impedido de cristianos,
pero de seis mil hombres que el valiente
gobierna, naturales araucanos,
acudió desmandada alguna gente
a ver si es menester mandar las manos.
Caupolicán el fuerte no venía,
que toda Pilmayquén le obedecía.
Tomé y Andalicán también vinieron,
que eran del araucano regimiento,
y otros muchos caciques acudieron,
que por no ser prolijo no los cuento.
Todos con leda faz se recibieron,
mostrando en verse juntos gran contento.
Después de razonar en su venida
se comenzó la espléndida comida.
Al tiempo que el beber furioso andaba
y mal de las tinajas el partido,
de palabra en palabra se llegaba
a encenderse entre todos gran ruido;
la razón uno de otro no escuchaba,
sabida la ocasión do había nacido,
vino sobre cuál era el más valiente
y digno del gobierno de la gente.
Así creció el furor, que derribando
las mesas, de manjares ocupadas,
aguijan a las armas, desgajando

las armas al depósito obligadas;

y dellas se aperciben, no cesando
palabras peligrosas y pesadas,
que atizaban la cólera encendida
con el calor del vino y la comida.
El audaz Tucapel claro decía
que el cargo del mandar le pertenece;
pues todo el universo conocía
que si va por valor, que lo merece:
«Ninguno se me iguala en valentía;
de mostrarlo estoy presto si se ofrece
-añade el jatancioso- a quien quisiere;
y a aquel que esta razón contradijere...».
Sin dejarle acabar dijo Elicura:
«A mí es dado el gobierno desta danza,
y el simple que intentare otra locura
ha de probar el hierro de mi lanza».
Ongolmo, que el primero ser procura,
dice: «Yo no he perdido la esperanza
en tanto que este brazo sustentare,
y con él la ferrada gobernare».
De cólera Lincoya y rabia insano
responde: «Tratar deso es devaneo,
que ser señor del mundo es en mi mano,
si en ella libre este bastón poseo».
«Ninguno, dice Angol, será tan vano
que ponga en igualárseme el deseo,

pues es más el temor que pasaría,
que la gloria que el hecho le daría».
Cayocupil, furioso y arrogante
la maza esgrime, haciéndose a lo largo,
diciendo: «Yo veré quién es bastante
a dar de lo que ha dicho más descargo;
haceos los pretensores adelante,
veremos de cuál dellos es el cargo;
que de probar aquí luego me ofrezco,
que más que todos juntos lo merezco».
«Alto, sús, que yo acepto el desafío
-responde Lemolemo-, y tengo en nada
poner a prueba lo que es mío,
que más quiero librarlo por la espada;
mostraré ser verdad lo que porfío,
a dos, a cuatro, a seis en la estacada;
y si todos quistión queréis conmigo
os haré manifiesto lo que digo».
Purén, que estaba aparte, habiendo oído

la plática enconosa y rumor grande,
diciendo, en medio dellos se ha metido
que nadie en su presencia se desmande.
Y ¿quién imaginar es atrevido
que donde está Purén más otro mande?
La grita y el furor se multiplica,
quién esgrime la maza, y quién la pica.

48
Tomé y otros caciques se metieron
en medio destos bárbaros de presto,
y con dificultad los despartieron
que no hicieron poco en hacer esto:
de herirse lugar aun no tuvieron
y en voz airada, ya el temor pospuesto,
Colocolo, el cacique más anciano,
a razón así tomó la mano:
«Caciques del Estado defensores:
codicia de mandar no me convida
a pesarme de veros pretensores
de cosa que a mí tanto era debida
porque, según mi edad, ya veis, señores,
que estoy al otro mundo de partida;
mas el amor que siempre os he mostrado,
a bien aconsejaros me ha incitado.
¿Por qué cargos honrosos pretendemos
y ser en opinión grande tenidos,
pues que negar al mundo no podemos
haber sido sujetos y vencidos?
Y en esto averiguarnos no queremos,
estando de españoles oprimidos:
mejor fuera esa furia ejecutalla
contra el fiero enemigo en la batalla.
¿Qué furor es el vuestro, ¡oh araucanos!,
que a perdición os lleva sin sentillo?
¿Contra vuestras entrañas tenéis manos,

49
y no contra el tirano en resistillo?
Teniendo tan a golpe a los cristianos
¿volvéis contra vosotros el cuchillo?
Si gana de morir os ha movido
no sea en tan bajo estado y abatido.
Volved las armas y ánimo furioso
a los pechos de aquellos que os han puesto
en dura sujeción, con afrentoso
partido, a todo el mundo manifiesto;

lanzad de vos el yugo vergonzoso,
mostrad vuestro valor y fuerza en esto,
no derraméis la sangre del Estado
que para redemirnos ha quedado.
No me pesa de ver la lozanía
de vuestro corazón, antes me esfuerza,
mas temo que esta vuestra valentía
por mal gobierno el buen camino tuerza;
que, vuelta entre nosotros la porfía,
degolláis vuestra patria con su fuerza;
cortad, pues, si ha de ser desa manera,
esta vieja garganta la primera.
Que esta flaca persona, atormentada
de golpes de fortuna, no procura
sino el agudo filo de una espada
pues no la acaba tanta desventura.
Aquella vida es bien afortunada
que la temprana muerte le asegura,

pero a nuestro bien público atendiendo,
quiero decir en esto lo que entiendo.
Pares sois en valor y fortaleza,
el cielo os igualó en el nacimiento;
de linaje, de estado y de riqueza
hizo a todos igual repartimiento;
y en singular por ánimo y grandeza
podéis tener del mundo el regimiento,
que este gracioso don no agradecido
nos ha al presente término traído.
En la virtud de vuestro brazo espero
que puede en breve tiempo remediarse;
mas ha de haber un capitán primero,
que todos por él quieran gobernarse.
Este será quien más un gran madero
sustentare en el hombro sin pararse,
y pues que sois iguales en la suerte,
procure cada cual de ser más fuerte».
Ningún hombre dejó de estar atento
oyendo del anciano las razones;
y puesto ya silencio al parlamento
hubo entrellos diversas opiniones;
al fin, de general consentimiento
siguiendo las mejores intenciones,
por todos los caciques acordado
lo propuesto del viejo fue acetado.

51
Podría de alguno ser aquí una cosa
que parece sin término notada,
y es que una provincia poderosa,
en la milicia tanto ejercitada,
de leyes y ordenanzas abundosa,
no hubiese una cabeza señalada
a quien tocase el mando y regimiento,
sin allegar a tanto rompimiento.
Respondo a esto que nunca sin caudillo
la tierra estuvo, electo del senado;
que, como dije, en Penco el Ainauillo
fue por nuestra nación desbaratado,
y viniendo de paz, en un castillo
se dice, aunque no es cierto, que un bocado
le dieron de veneno en la comida,
donde acabó su cargo con la vida.
Pues el madero súbito traído,
no me atrevo a decir lo que pesaba,
que era un macizo líbano fornido
que con dificultad se rodeaba.
Paicabí le aferró menos sufrido,
y en los valientes hombros le afirmaba;
seis horas lo sostuvo aquel membrudo
pero llegar a siete jamás pudo.
Cayocupil al tronco aguija presto,
de ser el más valiente confiado,
y encima de los altos hombros puesto
Alonso de Ercilla
52
lo deja a las cinco horas de cansado;
Gualemo lo probó, joven dispuesto,
mas no pasó de allí y esto acabado,
Angol el grueso leño tomó luego;
duró seis horas largas en el juego.
Purén tras él lo trujo medio día,
y el esforzado Ongolmo más de medio;
y cuatro horas y media Lebopía,
que de sufrirlo más no hubo remedio.
Lemolemo siete horas le traía,
el cual jamás en todo este comedio
dejó de andar acá y allá saltando
hasta que ya el vigor le fue faltando.
Elicura a la prueba se previene
y en sustentar el líbano trabaja;
a nueve horas dejarle le conviene
que no pudiera más si fuera paja;

Tucapelo catorce lo sostiene
encareciendo todos la ventaja;
pero en esto Licoya apercebido
mudó en un gran silencio aquel ruido.
De los hombros el manto derribando
las terribles espaldas descubría,
y el duro y grave leño levantando
sobre el fornido asiento lo ponía;
corre ligero aquí y allí mostrando
que poco aquella carga le impedía.
La Araucana
53
Era de sol a sol el día pasado
y el peso sustentaba aún no cansado.
Venía apriesa la noche, aborrecida
por la ausencia del sol, pero Diana
les daba claridad con su salida,
mostrándose a tal tiempo más lozana.
Lincoya con la carga no convida,
aunque ya despuntaba la mañana,
hasta que llegó el sol al medio cielo,
que dio con ella entonces en el suelo.
No se vio allí persona en tanta gente
que no quedase atónita de espanto,
creyendo no haber hombre tan potente
que la pesada carga sufra tanto;
la ventaja le daban juntamente
con el gobierno, mando y todo cuanto
a digno general era debido,
hasta allí justamente merecido.
Ufano andaba el bárbaro y contento
de haberse más que todos señalado,
cuando Cupolicán aquel asiento,
sin gente, a la ligera, había llegado;
tenía un ojo sin luz de nacimiento
como un fino granate colorado,
pero lo que en la vista le faltaba,
en la fuerza y esfuerzo le sobraba.
Alonso de Ercilla
54
Era este noble mozo de alto hecho
varón de autoridad, grave y severo,
amigo de guardar todo derecho,
áspero y riguroso, justiciero;
de cuerpo grande y relevado pecho,
hábil, diestro, fortísimo y ligero,
sabio, astuto, sagaz, determinado,

y en casos de repente reportado.
Fue con alegre muestra recebido,
-aunque no sé si todos se alegraron-;
el caso en esta suma referido
por su término y puntos le contaron.
Viendo que Apolo ya se había escondido
en el profundo mar, determinaron
que la prueba de aquél se dilatase
hasta que la esperada luz llegase.
Pasábase la noche en gran porfía
que causó esta venida entre la gente;
cuál se atiene a Lincoya y cuál decía
que es el Caupolicano más valiente.
Apuestas en favor y contra había;
otros, sin apostar, dudosamente,
hacia el oriente vueltos aguardaban
si los febeos caballos asomaban.
Ya la rosada Aurora comenzaba
las nubes a bordar de mil labores
y a la usada labranza despertaba

la miserable gente y labradores,
y a los marchitos campos restauraba
la frescura perdida y sus colores,
aclarando aquel valle la luz nueva,
cuando Cupolicán viene a la prueba.
Con un desdén y muestra confiada
asiendo del troncón duro y ñudoso,
como si fuera vara delicada
se le pone en el hombro poderoso.
La gente enmudeció maravillada
de ver el fuerte cuerpo tan nervoso,
la color a Lincoya se le muda,
poniendo en su vitoria mucha duda.
El bárbaro sagaz de espacio andaba
y a todo priesa entraba el claro día;
el sol las largas sombras acortaba
mas él nunca descrece en su porfía.
Al ocaso la luz se retiraba
ni por esto flaqueza en él había;
las estrellas se muestran claramente,
y no muestra cansancio aquel valiente.
Salió la clara luna a ver la fiesta
del tenebroso albergue húmido y frío,
desocupando el campo y la floresta
de un negro velo lóbrego y sombrío.

Caupolicán no afloja de su apuesta,
antes con mayor fuerza y mayor brío
Alonso de Ercilla
56
se mueve y representa de manera
como si peso alguno no trujera.
Por entre dos altísimos ejidos
la esposa de Titón ya parecía,
los dorados cabellos esparcidos
que de la fresca helada sacudía,
con que a los mustios prados florecidos
con el húmido humor reverdecía,
y quedaba engastado así en las flores
cual perlas entre piedras de colores.
El carro de Faetón sale corriendo
del mar por el camino acostumbrado;
sus sombras van los montes recogiendo
de la vista del sol, y el esforzado
varón, el grave peso sosteniendo,
acá y, allá se mueve no cansado,
aunque otra vez la negra sombra espesa
tornaba a parecer corriendo a priesa.
La luna su salida provechosa
por un espacio largo dilataba;
al fin, turbia, encendida y perezosa,
de rostro y luz escasa se mostraba.
Paróse al medio curso más hermosa
a ver la estraña prueba en qué paraba,
y viéndola en el punto y ser primero
se derribó en el ártico hemisfero,
y el bárbaro, en el hombro la gran viga,
La Araucana
57
sin muestra de mudanza y pesadumbre,
venciendo con esfuerzo la fatiga
y creciendo la fuerza por costumbre.
Apolo en seguimiento de su amiga
tendido había los rayos de su lumbre
y el hijo de Leocán, en el semblante
más firme que al principio y más constante.
Era salido el sol, cuando el inorme
peso de las espaldas despedía,
y un salto dio en lanzándole disforme,
mostrando que aún más ánimo tenía;
el circunstante pueblo en voz conforme
pronunció la sentencia y le decía:
«Sobre tan firmes hombros descargamos

el peso y grande carga que tomamos».
El nuevo juego y pleito difinido,
con las más cerimonias que supieron
por sumo capitán fue recibido
y a su gobernación se sometieron.
Creció en reputación, fue tan temido
y en opinión tan grande le tuvieron,
que ausentes muchas leguas dél temblaban
y casi como a rey le respetaban.
Es cosa en que mil gentes han parado
y están en duda muchos hoy en día,
pareciéndoles que esto que he contado
es alguna fición y poesía;
Alonso de Ercilla
58
pues en razón no cabe que un senado
de tan gran diciplina y pulicía
pusiese una elección de tanto peso
en la robusta fuerza y no en el seso.
Sabed que fue artificio, fue prudencia
del sabio Colocolo, que miraba
la dañosa discordia y diferencia
y el gran peligro en que su patria andaba,
conociendo el valor y suficiencia
deste Caupolicán que ausente estaba,
varón en cuerpo y fuerzas estremado,
de rara industria y ánimo dotado.
Así propuso astuta y sabiamente
(para que la eleción se dilatase)
la prueba al parecer impertinente
en que Caupolicán se señalase,
y en esta dilación tan conveniente
dándole aviso, a la elección llegase,
trayendo así el negocio por rodeo
a conseguir su fin y buen deseo.
Celebraba con pompa allí el senado
de la justa eleción la fiesta honrosa
y el nuevo capitán, ya con cuidado
de dar principio a alguna grande cosa,
manda a Palta, sargento, que, callado,
de la gente más presta y animosa
La Araucana
59
ochenta diestros hombres aperciba
y a su cargo apartados los reciba.
Fueron, pues, escogidos los ochenta
de más esfuerzo y menos conocidos;

entre ellos dos soldados de gran cuenta
por quien fuesen mandados y regidos,
hombres diestros, usados en afrenta,
a cualquiera peligro apercebidos;
el uno se llamaba Cayeguano,
el otro Alcatipay de Talcaguano.
Tres castillos los nuestros ocupados
tenían para el seguro de la tierra,
de fuertes y anchos muros fabricados,
con foso que los ciñe en torno y cierra,
guarnecidos de pláticos soldados
usados al trabajo de la guerra,
caballos, bastimento, artillería,
que en espesas troneras asistía.
Estaba el uno cerca del asiento
adonde era la fiesta celebrada,
y el araucano ejército contento
mostrando no temer al mundo en nada,
que con discurso vano y movimiento
quería llevarlo todo a pura espada;
pero Caupolicán más cuerdamente
trataba del remedio conveniente.
Alonso de Ercilla
60
Había entre ellos algunas opiniones
de cercar el castillo más vecino;
otros, que con formados escuadrones
a Penco enderezasen el camino;
dadas de cada parte sus razones
Caupolicán en nada desto vino,
antes al pabellón se retiraba
y a los ochenta bárbaros llamaba.
Para entrar el castillo fácilmente
les da industria y manera disfrazada,
con expresa instrución que plaza y gente
metan a fuego y a rigor de espada,
porque él luego tras ellos diligente
ocupará los pasos y la entrada;
después de haberlos bien amonestado,
pusieron en efecto lo tratado.
Era en aquella plaza y edificio
la entrada a los de Arauco defendida,
salvo los necesarios al servicio
de la gente española estatuida
a la defensa della y ejercicio
de la fiera Belona embravecida;
y así los cautos bárbaros soldados

de feno, yerba y leña iban cargados.
Sordos a las demandas y preguntas
siguen su intento y el camino usado,
las cargas en hilera y orden juntas,

61
habiendo entre los haces sepultado
astas fornidas de ferradas puntas;
y así contra el castillo, descuidado
del encubierto engaño, caminaban
y en los vedados límites entraban.
El puente, muro y puerta atravesando
miserables, los gestos afligidos,
algunos de cansados cojeando,
mostrándose marchitos y encogidos;
pero dentro las cargas desatando,
arrebatan las armas atrevidos,
con amenaza, orgullo y confianza
de la esperada y súbita venganza.
Los fuertes españoles salteados,
viendo la airada muerte tan vecina,
corren presto a las armas, alterados
de la estraña cautela repentina,
y a vencer o morir determinados,
cuál con celada, cuál con coracina,
salen a resistir la furia insana
de la brava y audaz gente araucana.
Asáltanse con ímpetu furioso,
suenan los hierros de una y otra parte;
allí muestra su fuerza el sanguinoso
y más que nunca embravecido Marte.
De vencer cada uno deseoso,
buscaba nuevo modo, industria y arte

62
de encaminar el golpe de la espada
por do diese a la muerte franca entrada.
La saña y el coraje se renueva
con la sangre que saca el hierro duro;
ya la española gente a la india lleva
a dar de las espaldas en el muro;
ya el infiel escuadrón con fuerza nueva
cobra el perdido campo mal seguro,
que estaba de los golpes esforzados
cubierto de armas, y ellos desarmados.
Viéndose en tanto estrecho los cristianos,
de temor y vergüenza constreñidos,

las espadas aprietan en las manos
en ira envueltos y en furor metidos;
cargan sobre los fieros araucanos
por el ímpetu nuevo enflaquecidos;
entran en ellos, hieren y derriban
y a muchos de cuidado y vida privan.
Siempre los españoles mejoraban
haciendo fiero estrago y tan sangriento
en los osados indios, que pagaban
el poco seso y mucho atrevimiento.
Casi defensa en ellos no hallaban,
pierden la plaza y cobran escarmiento;
al fin de tal manera los trataron
que a fuerza de los muros los lanzaron.

63

Apenas Cayeguán y Talcaguano
salían, cuando con paso apresurado
asomó el escuadrón caupolicano
teniendo el hecho ya por acabado;
mas viendo el esperado efeto vano
y el puente del castillo levantado,
pone cerco sobre él, con juramento
de no dejarle piedra en el cimiento.
Sintiendo un español mozo que había
demasiado temor en nuestra gente,
más de temeridad que de osadía
cala sin miedo y sin ayuda el puente
y puesto en medio dél, alto decía:
«Salga adelante, salga el más valiente,
uno por uno a treinta desafío
y a mil no negaré este cuerpo mío».
No tan presto las fieras acudieron
al bramar de la res desamparada,
que de lejos sin orden conocieron
del pueblo y moradores apartada,
como los araucanos cuando oyeron
del valiente español la voz osada,
partiendo más de ciento presurosos
del lance y cierta presa codiciosos.
No porque tantos vengan temor tiene
el gallardo español ni esto le espanta,
antes al escuadrón que espeso viene

64

por mejor recebirle se adelanta.
El curso enfrena, el ímpetu detiene

de los fieros contrarios, que con tanta
furia se arroja entre ellos sin recelo,
que rodaron algunos por el suelo.
De dos golpes a dos tendió por tierra,
la espada revolviendo a todos lados;
aquí esparce una junta y allí cierra
adonde vee los más amontonados;
igual andaba la desigual guerra
cuando los españoles bien armados
abriendo con presteza un gran postigo
salen a la defensa del amigo.
Acuden los contrarios de otra parte
y en medio de aquel campo y ancho llano
al ejercicio del sangriento Marte
viene el bando español y araucano;
la primera batalla se desparte,
que era de ciento a un solo castellano;
vuelven el crudo hierro no teñido
contra los que del fuerte habían salido.
Arrójanse con furia, no dudando,
en las agudas armas por juntarse
y con las duras puntas van tentando
las partes por do más pueden dañarse.
Cual los Cíclopes suelen, martillando
en las vulcanas yunques, fatigarse,

así martillan, baten y cercenan,
y las cavernas cóncavas atruenan.
Andaba la vitoria así igualmente,
mas gran ventaja y diferencia había
en el número y copia de la gente
aunque el valor de España lo suplía;
pero el soberbio bárbaro impaciente
viendo que un nuestro a ciento resistía,
con diabólica furia y movimiento
arranca a los cristianos del asiento.
Los españoles, sin poder sufrillo,
dejan el campo y de tropel corriendo
se lanzan por las puertas del castillo,
al bárbaro la entrada resistiendo,
levan el puente, calan el rastrillo,
reparos y defensas preveniendo;
suben tiros y fuegos a lo alto,
temiendo el enemigo y fiero asalto.
Pero viendo ser todo perdimiento
y aprovecharles poco o casi nada,

de voto y de común consentimiento
su clara destruición considerada,
acuerdan de dejar el fuerte asiento;
y así en la escura noche deseada
cuando se muestra el mundo más quieto
la partida pusieron en efeto.
Alonso de Ercilla
66
A punto estaban y a caballo cuando
abren las puertas, derribando el puente
y a los prestos caballos aguijando
el escuadrón embisten de la frente,
rompen por él hiriendo y tropellando,
y sin hombre perder, dichosamente
arriban a Purén, plaza segura,
cubiertos de la noche y sombra escura.
Mientras esto en Arauco sucedía,
en el pueblo de Penco, más vecino
que a la sazón en Chile florecía,
fértil de ricas minas de oro fino,
el capitán Valdivia residía,
donde la nueva por el aire vino
que afirmaba con término asignado
la alteración y junta del Estado.
El común, siempre amigo de ruido,
la libertad y guerra deseando,
por su parte alterado y removido,
se va con este són desentonando;
al servicio no acude prometido,
sacudiendo la carga y levantando
la soberbia cerviz desvengonzada,
negando la obediencia a Carlos dada.
Valdivia, perezoso y negligente,
incrédulo, remiso y descuidado,
hizo en la Concepción copia de gente,
La Araucana
67
más que en ella, en su dicha confiado;
el cual, si fuera un poco diligente,
hallaba en pie el castillo arruinado,
con soldados, con armas, municiones,
seis piezas de campaña y dos cañones.
Tenía con la Imperial concierto hecho
que alguna gente armada le enviase,
la cual a Tucapel fuese derecho
donde con él a tiempo se juntase;
resoluto en hacer allí de hecho

un ejemplar castigo que sonase
en todos los confines de la tierra,
porque jamás moviesen otra guerra.
Pero dejó el camino provechoso
y, descuidado dél, torció la vía,
metiéndose por otro, codicioso,
que era donde una mina de oro había;
y de ver el tributo y don hermoso
que de sus ricas venas ofrecía,
paró de la codicia embarazado,
cortando el hilo próspero del hado.
A partir, como dije antes, llegaba
al concierto en el tiempo prometido,
mas el metal goloso que sacaba
le tuvo a tal sazón embebecido;
después salió de allí y se apresuraba
cuando fuera mejor no haber salido.
Alonso de Ercilla
68
Quiero dar fin al canto porque pueda
decir de la codicia lo que queda.
La Araucana
69

Canto III

Valdivia con pocos españoles y algunos indios amigos camina a la casa de Tucapel, para hacer el castigo. Mátanle los araucanos, los corredores en el camino en un paso estrecho y danle después la batalla, en la cual fue muerto él y toda su gente por el gran esfuerzo y valentía de Lautaro

¡Oh incurable mal! ¡oh gran fatiga,
con tanta diligencia alimentada!
¡Vicio común y pegajosa liga,
voluntad sin razón desenfrenada,
del provecho y bien público enemiga,
sedienta bestia, hidrópica, hinchada,
principio y fin de todos nuestros males!
¡oh insaciable codicia de mortales!
No en el pomposo estado a los señores
contentos en el alto asiento vemos,
ni a pobrecillos bajos labradores
libres desta dolencia conocemos;
ni el deseo y ambición de ser mayores
que tenga fin y límites sabemos:
el fausto, la riqueza y el estado
hincha, pero no harta al más templado.
A Valdivia mirad, de pobre infante
si era poco el estado que tenía,

cincuenta mil vasallos que delante
le ofrecen doce marcos de oro al día;
esto y aun mucho más no era bastante,
Alonso de Ercilla
70
y así la hambre allí lo detenía.
Codicia fue ocasión de tanta guerra
y perdición total de aquesta tierra.
Ésta fue quien halló los apartados
indios de las antárticas regiones;
por ésta eran sin orden trabajados
con dura imposición y vejaciones,
pero rotas las cinchas, de apretados,
buscaron modo y nuevas invenciones
de libertad, con áspera venganza,
levantando el trabajo la esperanza.
¡Cuán cierto es, cómo claro conocemos,
que al doliente en salud consejo damos
y aprovecharnos dellos no sabemos
pero de predicarlos nos preciamos!
Cuando en la sosegada paz nos vemos,
¡qué bien la dura guerra platicamos!,
¡qué bien damos consejos y razones
lejos de los peligros y ocasiones!
¡Cómo de los que yerran abominan
los que están libres en seguro puerto!,
¡qué bien de allí las cosas encaminan
y dan en todo un medio y buen concierto!
¡Con qué facilidad se determinan,
visto el suceso y daño descubierto!
La Araucana
71
Dios sabe aquel que a la derecha vía,
metido en la ocasión acertaría.
Valdivia iba siguiendo su jornada
y el duro disponer del hado duro,
no con la furia y priesa acostumbrada,
presago y con temor del mal futuro;
sospechoso de bárbara emboscada,
por hacer el camino más seguro,
echó algunos delante para prueba
pero jamás volvieron con la nueva.
Viendo los nuestros ya que al plazo puesto
los tardos corredores no volvían,
unos juzgan el daño manifiesto,
otros impedimentos les ponían;
hubo consejo y parecer sobre esto,

al cabo en caminar se resolvían,
ofreciéndose todos a una suerte,
a un mismo caso y a una misma muerte.
Aunque el temor allí tras esto vino
en sus valientes brazos se atrevieron
y a su próspera suerte y buen destino
el dudoso suceso cometieron;
no dos leguas andadas del camino,
las amigas cabezas conocieron
de los sangrientos cuerpos apartadas,
y en empinados troncos levantadas.
Alonso de Ercilla
72
No el horrendo espectáculo presente
causó en los firmes ánimos mudanza;
antes con ira y cólera impaciente
se encienden más, sedientos de venganza
y de rabia incitados nuevamente
maldicen y murmuran la tardanza;
sólo Valdivia calla y teme el punto,
pero rompió el silencio y pena junto
diciendo: «¡Oh compañeros, do se encierra
todo esfuerzo, valor y entendimiento!
Ya veis la desvergüenza de la tierra
que en nuestro daño da bandera al viento.
Veis quebrada la fe, rota la guerra,
los pactos van del todo en rompimiento,
siento la áspera trompa en el oído
y veo un fuego diabólico encendido.
Bien conocéis la fuerza del Estado,
con tanto daño nuestro autorizada;
mirad lo que Fortuna os ha ayudado,
guiando con su mano vuestra espada;
el trabajo y la sangre que ha costado,
que della está la tierra alimentada
y pues tenemos tiempo y aparejo,
será bueno tomar nuevo consejo.
Quién estos son tendréis en la memoria,
pues hay tanta razón de conocellos,
que si dellos no hubiésemos vitoria
y en campo no pudiésemos vencellos,
será tal su arrogancia y vanagloria
La Araucana
73
que el mundo no podrá después con ellos
dudoso estoy, no sé, no sé qué haga,
que a nuestro honor y causa satisfaga».

La poca edad y menos esperiencia
de los mozos livianos que allí había
descubrió con la usada inadvertencia
a tal tiempo su necia valentía,
diciendo: «¡Oh capitán!, danos licencia
que solos diez, sin otra compañía,
el bando asolaremos araucano
y haremos el camino y paso llano.
Lo que jamás hicimos en estrecho,
no es bien por nuestro honor que lo hagamos,
pues es cierto que cuanto habemos hecho,
volviendo atrás un paso, lo manchamos;
mostremos al peligro osado pecho,
que en él está la gloria que buscamos».
Valdivia, de la réplica sentido,
enmudeció de rabia y de corrido.
¡Oh, Valdivia, varón acreditado,
cuánto la verde plática sentiste!
No solías tú temer como soldado,
mas de buen capitán ahora temiste;
vas a precisa muerte condenado,
que como diestro y sabio la entendiste,
pero quieres perder antes la vida
que sea en ti una flaqueza conocida.
Alonso de Ercilla
74
En esto a caso llega un indio amigo,
y a sus pies, en voz alta, arrodillado,
le dice: «¡Oh capitán!, mira que digo
que no pases el término vedado;
veinte mil conjurados, yo testigo,
en Tucapel te esperan, protestado
de pasar sin temor la muerte honrosa,
antes que vivir vida vergonzosa».
Alguna turbación dio de repente
lo que el amigo bárbaro propuso;
discurre un miedo helado por la gente,
la triste muerte en medio se les puso;
pero el Gobernador osadamente,
que también hasta allí estaba confuso,
les dice: «Caballeros, ¿qué dudamos?,
¿sin ver los enemigos nos turbamos?»
Al caballo con ánimo hiriendo,
sin más les persuadir, rompe la vía;
de los miembros el miedo sacudiendo,
le sigue la esforzada compañía;
y en breve espacio el valle descubriendo

de Tucapel, bien lejos parecía
el muro antes vistoso levantado,
por los anchos cimientos asolado.
Valdivia aquí paró y dijo: «¡Oh constante
española nación de confianza!
Por tierra está el castillo tan pujante,

que en él sólo estribaba mi esperanza;
el pérfido enemigo veis delante,
ya os amenaza la contraria lanza;
en esto más no tengo que avisaros
pues sólo el pelear puede salvaros».
Estaba, como digo, así hablando,
que aún no acababa bien estas razones,
cuando por todas partes rodeando
los iban con espesos escuadrones,
las astas de anchos hierros blandeando,
gritando: «¡Engañadores y ladrones!
La tierra dejaréis hoy con la vida,
pagándonos la deuda tan debida».
Viendo Valdivia serle ya forzoso
que la fuerza y fortuna se probase,
mandó que al escuadrón menos copioso
y más vecino, a fin que no cerrase,
saliese Bobadilla, el cual, furioso,
sin que Valdivia más le amonestase,
con poca gente y con esfuerzo grande
asalta el escuadrón de Mareande.
La piquería del bárbaro calada
a los pocos soldados atendía;
pero al tiempo del golpe levantada,
abriendo un gran portillo, se desvía.
Dales sin resistir franca la entrada,
y en medio el escuadrón los recogía;

las hileras abiertas se cerraron
y dentro a los cristianos sepultaron.
Como el caimán hambriento, cuando siente
el escuadrón de peces, que cortando
viene con gran bullicio la corriente,
el agua clara en torno alborotando,
que, abriendo la gran boca, cautamente
recoge allí el pescado, y apretando
las cóncavas quijadas lo deshace,
y al insaciable vientre satisface,

pues de aquella manera recogido
fue el pequeño escuadrón del homicida,
y en un espacio breve consumido
sin escapar cristiano con la vida.
Ya el araucano ejército, movido
por la ronca trompeta obedecida,
con gran estruendo y pasos ordenados
cerraba sin temor por todos lados.
La escuadra de Mareande encarnizada
tendía el paso con más atrevimiento;
viéndola así Valdivia adelantada,
no escarmentado, manda a su sargento
que escogiendo la gente más granada
dé sobre ella con recio movimiento;
pero diez españoles solamente
pusieron a la muerte osada frente.

Contra el escuadrón bárbaro importuno
ir se dejan sin miedo a rienda floja,
y en el encuentro de los diez, ninguno
dejó allí de sacar la lanza roja;
desocupó la silla sólo uno,
que con la basca y última congoja
de la rabiosa muerte el pecho abierto,
sobre la llaga en tierra cayó muerto.
Y los nueve después también cayeron
haciendo tales hechos señalados,
que digna y justamente merecieron
ser de la eterna fama levantados;
hechos pedazos todos diez murieron,
quedando de su muerte antes vengados.
En esto la española trompa oída
dio la postrer señal de arremetida.
Salen los españoles, de tal suerte
los dientes y las lanzas apretando,
que de cuatro escuadrones, al más fuerte
le van un largo trecho retirando;
hieren, dañan, atropellan, dan la muerte,
piernas, brazos, cabezas cercenando;
los bárbaros por esto no se admiran,
antes cobran el campo y los retiran.
Sobre la vida y muerte se contiende
-perdone Dios a aquel que allí cayere-,
del un bando y del otro así se ofende

que de ambas partes mucha gente muere
bien se estima la plaza y se defiende,
volver un paso atrás ninguno quiere;
cubre la roja sangre todo el prado,
tornándole de verde colorado.
Del rigor de las armas homicidas
los templados arneses reteñían,
y las vivas entrañas escondidas
con carniceros golpes descubrían;
cabezas de los cuerpos divididas
que aún el vital espíritu tenían
por el sangriento campo iban rodando,
vueltos los ojos ya paladeando.
El enemigo hierro riguroso
todo en color de sangre lo convierte;
siempre el acometer es más furioso,
pero ya el combatir es menos fuerte.
Ninguno allí pretende otro reposo
que el último reposo de la muerte;
el más medroso atiende con cuidado
a sólo procurar morir vengado.
La rabia de la muerte y fin presente
crió en los nuestros fuerza tan estraña,
que con deshonra y daño de la gente
pierden los araucanos la campaña.
Al fin dan las espaldas, claramente
suenan voces: «¡Vitoria! ¡España! ¡España!»

79
Mas el incontrastable y duro hado
dio un estraño principio a lo ordenado.
Un hijo de un cacique conocido
que a Valdivia de paje le servía,
acariciado dél y favorido,
en su servicio a la sazón venía;
del amor de su patria comovido
viendo que a más andar se retraía,
comienza a grandes voces a animarla
y con tales razones a incitarla:
«¡Oh ciega gente, del temor guiada!
¿A dó volvéis los temerosos pechos?
que la fama en mil años alcanzada
aquí perece y todos vuestros hechos.
La fuerza pierden hoy, jamás violada,
vuestras leyes, los fueros y derechos
de señores, de libres, de temidos
quedáis siervos, sujetos y abatidos.

Manchái la clara estirpe y decendencia
y engerís en el tronco generoso
una incurable plaga, una dolencia,
un deshonor perpetuo, ignominioso.
Mirad de los contrarios la impotencia,
la falta del aliento y el fogoso
latir de los caballos, las ijadas
llenas de sangre y de sudor bañadas.
Alonso de Ercilla
80
No os desnudéis del hábito y costumbre
que de nuestros agüelos mantenemos,
ni el araucano nombre de la cumbre
a estado tan infame derribemos.
Huid el grave yugo y servidumbre;
al duro hierro osado pecho demos;
¿por qué mostráis espaldas esforzadas
que son de los peligros reservadas?
Fijad esto que digo en la memoria,
que el ciego y torpe miedo os va turbando.
Dejad de vos al mundo eterna historia,
vuestra sujeta patria libertando.
Volved, no rehuséis tan gran vitoria
que os está el hado próspero llamando;
a lo menos firmad el pie ligero,
a ver cómo en defensa vuestra muero».
En esto una nervosa y gruesa lanza
contra Valdivia, su señor, blandía,
dando de sí gran muestra y esperanza,
por más los persuadir arremetía.
Y entre el hierro español así se lanza
como con gran calor en agua fría
se arroja el ciervo en el caliente estío
para templar el sol con algún frío.
De sólo el primer bote uno atraviesa,
otro apunta por medio del costado,
y aunque la dura lanza era muy gruesa,
La Araucana
81
salió el hierro sangriento al otro lado.
Salta, vuelve, revuelve con gran priesa,
y barrenando el muslo a otro soldado,
en él la fuerte pica fue rompida
quedando un grueso trozo en la herida.
Rota la dañosa asta, luego afierra
del suelo una pesada y dura maza;
mata, hiere, destronca y echa a tierra,

haciendo en breve espacio larga plaza;
en él se resumió toda la guerra;
cesa el alcance y dan en él la caza,
mas él aquí y allí va tan liviano,
que hieren por herirle el aire vano.
¿De quién prueba se oyó tan espantosa,
ni en antigua escritura se ha leído
que estando de la parte vitoriosa
se pase a la contraria del vencido?
¿y que sólo valor, y no otra cosa
de un bárbaro mochacho haya podido
arrebatar por fuerza a los cristianos
una tan gran vitoria de las manos?
No los dos Publios Decios, que las vidas
sacrificaron por la patria amada,
ni Curcio, Horacio, Scévola y Leonidas
dieron muestra de sí tan señalada,
ni aquellos que en las guerras tan reñidas
alcanzaron gran fama por la espada,
Alonso de Ercilla
82
Furio, Marcelo, Fulvio, Cincinato,
Marco Sergio, Filón, Sceva y Dentato.
Decidme: estos famosos ¿qué hicieron
que al hecho deste bárbaro igual fuese?;
¿qué empresa o qué batalla acometieron
que a lo menos en duda no estuviese?;
¿a que riesgo y peligro se pusieron
que la sed de reinar no los moviese
y de intereses grandes insistidos
que a los tímidos hacen atrevidos?
Muchos emprenden hechos hazañosos
y se ofrecen con ánimo a la muerte,
de fama y vanagloria codiciosos,
que no saben sufrir un golpe fuerte;
mostrándose constantes y animosos
hasta que ven ya declinar su suerte,
faltándoles valor y esfuerzo a una
roto el crédito frágil de fortuna.
Éste el decreto y la fatal sentencia
en contra de su patria declarada
turbó y redujo a nueva diferencia
y al fin bastó a que fuese revocada.
Hizo a Fortuna y hados resistencia,
forzó su voluntad determinada,
y contrastó el furor del vitorioso,
sacando vencedor al temeroso.

La Araucana
83
Estaba el suelo de armas ocupado
y el desigual combate más revuelto,
cuando Caupolicano reportado
a las amigas voces había vuelto;
también habían sus gentes reparado
con vergonzoso ardor en ira envuelto,
de ver que un solo mozo resistía
a lo que tanta gente no podía.
Cual suele acontecer a los de honrosos
ánimos, de repente inadvertidos,
o cuando en los lugares sospechosos
piensan otros que van desconocidos,
que en pendencias y encuentros peligrosos
huyen; pero si ven que conocidos
fueron de quién los sigue, avergonzados
vuelven furiosos, del honor forzados,
así los araucanos revolviendo
contra los vencedores arremeten,
y las rendidas armas esgrimiendo,
a voces de morir todos prometen.
Treme y gime la tierra del horrendo
furor con que ambas partes se acometen,
derramando con rabia y fuerza brava
aquella poca sangre que quedaba.
Diego Oro allí derriba a Paynaguala,
que de una punta le atraviesa el pecho;
pero Caupolicano le señala,
Alonso de Ercilla
84
dejándole gozar poco del hecho.
Al sesgo la ferrada maza cala,
aunque el furioso golpe fue al derecho
pues quedó por de dentro la celada
de los bullentes sesos rociada.
Tras éste, otro tendió desfigurado,
tanto que nunca más fue conocido,
que la armada cabeza y todo el lado
donde el golpe alcanzó, quedó molido.
Valdivia con Ongolmo se ha topado,
y hanse el uno y el otro acometido;
hiere Valdivia a Ongolmo en una mano,
haciendo el araucano el golpe en vano.
Pasa recio Valdivia y va furioso,
que con Ongolmo más no se detiene,
y adonde Leucotón, mozo animoso,

estaba en una gran pendencia, viene,
que contra Juan de Lamas y Reinoso
solo su parte y opinión mantiene,
el cual con su destreza y mucho seso
la guerra sustentaba en igual peso.
Partióse esta batalla, porque cuando
Valdivia llegó adonde combatía,
parte acudió del araucano bando,
que en su ayuda y defensa se metía.
Fuese el daño y destrozo renovando;
de un cabo y de otro gente concurría,

85
sube el alto rumor a las estrellas
sacando de los hierros mil centellas.
Gran rato anduvo en término dudoso
la confusa vitoria desta guerra,
lleno el aire de estruendo sonoroso,
roja de sangre y húmida la tierra.
Quién busca y sólo quiere un fin honroso,
quién a los brazos con el otro cierra,
y por darle más presto cruda muerte,
tienta con el puñal lo menos fuerte.
A Iuan de Gudiel no le fue sano
el tenerse en la lucha por maestro,
porque sin tiempo y con esfuerzo vano
cerró con Guaticol, no menos diestro.
Y en aquella sazón Purén, su hermano,
que estaba cerca dél, en el siniestro
lado le abrió con daga una herida
por do la muerte entró y salió la vida.
Andrés de Villarroel, ya enflaquecido
por la falta de sangre derramada,
andaba entre los bárbaros metido,
procurando la muerte más honrada.
También Juan de las Peñas, mal herido,
rompiendo por la espesa gente armada,
se puso junto dél, y así la suerte
los hizo a un tiempo iguales en la muerte.

86
Era la diferencia incomparable
del número infiel al bautizado;
es el un escuadrón inumerable,
el otro hasta sesenta numerado;
ya la incierta Fortuna variable
que dudosa hasta entonces había estado,

aprobó la maldad y dio por justa
la causa y opinión hasta allí injusta.
Dos mil amigos bárbaros soldados
que el bando de Valdivia sustentaban,
en el flechar del arco ejercitados
el sangriento destrozo acrecentaban
derramando más sangre, y esforzados
en la muerte también acompañaban
a la española gente no vencida
en cuanto sustentar pudo la vida.
Cuando de aqueste y cuando de aquel canto
mostraba el buen Valdivia esfuerzo y arte,
haciendo por la espada todo cuanto
pudiera hacer el poderoso Marte.
No basta a reparar él solo tanto,
que falta de los suyos la más parte;
los otros, aunque ven su fin tan cierto,
ningún medio pretenden ni concierto.
De dos en dos, de tres en tres cayendo
iba la desangrada y poca gente;
siempre el ímpetu bárbaro creciendo

con el ya declarado fin presente.
Fuese el número flaco resumiendo
en catorce soldados solamente
que constantes rendir no se quisieron
hasta que al crudo hierro se rindieron.
Sólo quedó Valdivia acompañado
de un clérigo que acaso allí venía,
y viendo así su campo destrozado,
el mal remedio y poca compañía,
dijo: «Pues pelear es escusado,
procuremos vivir por otra vía».
Pica en esto al caballo a toda priesa
tras él corriendo el clérigo de misa.
Cual suelen escapar de los monteros
dos grandes jabalís fieros, cerdosos,
seguidos de solícitos rastreros,
de la campestre sangre cudiciosos,
y salen en su alcance los ligeros
lebreles irlandeses generosos,
con no menor cudicia y pies livianos,
arrancan tras los míseros cristianos.
Tal tempestad de tiros, Señor, lanzan
cual el turbión que granizando viene,
en fin a poco trecho los alcanzan,

que un paso cenagoso los detiene;
los bárbaros sobre ellos se abalanzan,
por valiente el postrero no se tiene,
Alonso de Ercilla
88
murió el clérigo luego, y maltratado
trujeron a Valdivia ante el senado.
Caupolicán, gozoso en verle vivo
y en el estado y término presente,
con voz de vencedor y gesto altivo
le amenaza y pregunta juntamente;
Valdivia como mísero captivo
responde, y pide humilde y obediente
que no le dé la muerte y que le jura
dejar libre la tierra en paz segura.
Cuentan que estuvo de tomar movido
del contrito Valdivia aquel consejo;
mas un pariente suyo empedernido,
a quien él respetaba por ser viejo,
le dice: «¿Por dar crédito a un rendido
quieres perder tal tiempo y aparejo?»
Y apuntando a Valdivia en el celebro,
descarga un gran bastón de duro nebro.
Como el dañoso toro que, apremiado
con fuerte amarra al palo está bramando
de la tímida gente rodeado
que con admiración le está mirando;
y el diestro carnicero ejercitado,
el grave y duro mazo levantando,
recio al cogote cóncavo deciende
y muerto estremeciéndose le tiende;
La Araucana
89
así el determinado viejo cano
que a Valdivia escuchaba con mal ceño,
ayudándose de una y otra mano,
en algo levantó el ferrado leño.
No hizo el crudo viejo golpe en vano,
que a Valdivia entregó al eterno sueño
y en el suelo con súbita caída
estremeciendo el cuerpo, dio la vida.
Llamábase este bárbaro Leocato,
y el gran Caupolicán, dello enojado,
quiso enmendar el libre desacato,
pero fue del ejército rogado;
salió el viejo de aquello al fin barato
y el destrozo del todo fue acabado,

que no escapó cristiano desta prueba
para poder llevar la triste nueva.
Dos bárbaros quedaron con la vida
solos de los tres mil, que como vieron
la gente nuestra rota y de vencida,
en un jaral espeso se escondieron;
de allí vieron el fin de la reñida
guerra, y puestos en salvo lo dijeron,
que, como las estrellas se mostraron,
sin ser de nadie vistos se escaparon.
La escura noche en esto se subía
a más andar a la mitad del cielo,
y con las alas lóbregas cubría

el orbe y redondez del ancho suelo,
cuando la vencedora compañía,
arrimadas las armas sin recelo,
danzas en anchos cercos ordenaban,
donde la gran vitoria celebraban.
Fue la nueva en un punto discurriendo
por todo el araucano regimiento,
y antes que el sol se fuese descubriendo,
el campo se cubió de bastimento.
Gran multitud de gente concurriendo,
se forma un general ayuntamiento
de mozos, viejos, niños y mujeres,
partícipes en todos los placeres.
Cuando la luz las aves anunciaban
y alegres sus cantares repetían,
un sitio de altos árboles cercaban
que una espaciosa plaza contenían;
y en ellos las cabezas empalaban
que de españoles cuerpos dividían;
los troncos, de su rama despojados,
eran de los despojos adornados;
y dentro de aquel círculo y asiento,
cercado de una amena y gran floresta,
en memoria y honor del vencimiento
celebran de beber la alegre fiesta;
y el vino así aumentó el atrevimiento
que España en gran peligro estaba puesta;

pues que promete el mínimo soldado
de no dejar cimiento levantado.
Era allí la opinión generalmente

que sin tardar, doblando las jornadas,
partiese un grueso numero de gente
a dar en las ciudades descuidadas;
que tomadas de salto y de repente,
serían con solo el miedo arruinadas
y la patria en su honor restituida,
no dejando cristiano con la vida.
Y dado orden bastante y esto hecho,
para acabar de esecutar su saña,
con gran poder y ejército, de hecho
querían pasar la vuelta de la España,
pensándola poner en tanto estrecho
por fuerza de armas, puestos en campaña,
que fuesen cultivadas las iberas
tierras de las naciones estranjeras.
El hijo de Leocano bien entiende
el vano intento y quiere desviarlo,
que, como diestro y sabio, otro pretende,
y por mejor camino enderezarlo.
El tiempo espera y la sazón atiende
que estén mejor dispuestos a tratarlo;
la fiesta era acabada y borrachera
cuando a todos les habla en tal manera:

«Menos que vos, señores, no pretendo
la dulce libertad tan estimada,
ni que sea nuestra patria yo defiendo
en el sublime trono restaurada;
mas hase de atender a que pudiendo
ganar, no se aventure a perder nada;
y así con este celo y fin procuro
no poner en peligro lo seguro.
Tomad con discreción los pareceres
que van a la razón más arrimados;
pues cobrar vuestros hijos y mujeres
está en ir los principios acertados;
vuestra fama, el honor, tierra y haberes
a punto están de ser recuperados,
que el tiempo, que es el padre del consejo
en las manos nos pone el aparejo.
A Valdivia y los suyos habéis muerto,
y una importante plaza destruido;
venir a la venganza será cierto
luego que en las ciudades sea sabido.
Demos al enemigo el paso abierto,
esto asegura más nuestro partido.

Vengan, vengan con furia a rienda suelta,
que difícil será después la vuelta.
La vitoria tenemos en las manos
y pasos en la tierra mil seguros
de ciénegas, lagunas y pantanos,

espesos montes, ásperos y duros;
mejor pelean aquí los araucanos,
españoles mejor dentro en sus muros;
cualquier hombre en su casa acometido
es más sabio, más fuerte y atrevido.
Esto os vengo a decir porque se entienda
cuanto con más seguro acertaremos,
para poder tomar la justa emienda,
que en sitios escogidos esperemos,
donde no habrá en el mundo quien defienda
la razón y derecho que tenemos,
cuando temor tuviesen de buscarnos,
a sus casas iremos a alojarnos».
Con atención de todos escuchada
fue la oración que el General hacía,
siendo de los más dellos aprobada,
por ver que a su remedio convenía;
la gente ya del todo sosegada,
Caupolicán al joven se volvía
por quien fue la vitoria, ya perdida,
con milagrosa prueba conseguida.
Por darle más favor, le tenía asido
con la siniestra de la diestra mano,
diciéndole: «Oh varón, que has estendido
el claro nombre y límite araucano!
Por ti ha sido el Estado redimido,
tú le sacaste del poder tirano,

a ti solo se debe esta vitoria
digna de premio y de inmortal memoria.
«Y, señores, pues es tan manifiesto,
(esto dijo volviéndose al senado)
el punto en que Lautaro nos ha puesto
(que así el valiente mozo era llamado),
yo, por remuneralle en algo desto,
con vuestra autoridad que me habéis dado,
por paga, aunque a tal deuda insuficiente,
le hago capitán y mi teniente.
Con la gente de guerra que escogiere,

pues que ya de sus obras sois testigos,
en el sitio en que más le pareciere
se ponga a recebir los enemigos,
adonde hasta que vengan los espere;
porque yo con la resta y mis amigos
ocuparé la entrada de Elicura,
aguardando la misma coyuntura».
Del grato mozo el cargo fue acetado
con el favor que el general le daba;
aprobólo el común aficionado,
si alguno le pesó, no lo mostraba;
y por el orden y uso acostumbrado,
el gran Caupolicán le tresquilaba,
dejándole el copete en trenza largo,
insignia verdadera de aquel cargo.
La Araucana
95
Fue Lautaro industrioso, sabio, presto,
de gran consejo, término y cordura,
manso de condición y hermoso gesto,
ni grande ni pequeño de estatura;
el ánimo en las cosas grandes puesto,
de fuerte trabazón y compostura;
duros los miembros, recios y nervosos,
anchas espaldas, pechos espaciosos.
Por él las fiestas fueron alargadas,
ejercitando siempre nuevos juegos
de saltos, luchas, pruebas nunca usadas,
danzas de noche en torno de los fuegos;
había precios y joyas señaladas,
que nunca los troyanos ni los griegos,
cuando los juegos más continuaron,
tan ricas y estimadas las sacaron.
Llegó a Caupolicán, estando en esto,
un bárbaro, turbado, sin aliento,
perdida la color, mudado el gesto,
cubierto de sudor y polvoriento,
diciéndole: «Señor, socorre presto,
tu campo es roto y cierto el perdimiento
que la gente que estaba en la emboscada
es muerta la más della y destrozada.
Por tierra de Elicura son bajados
catorce valentísimos guerreros,
de corazas finísimas armados
Alonso de Ercilla
96
sobre caballos prestos y ligeros;

por estos solos son desbaratados
dos escuadrones tuyos de piqueros
y visto el gran estrago, al improviso
partí corriendo a darte dello aviso».
Caupolicán, con muestra no alterada,
hizo que del temor se asegurase,
diciendo que tan poca gente armada
al cabo era imposible que escapase;
y con la diligencia acostumbrada
mandó al nuevo teniente que guiase
con la más presta gente por la vía,
que luego con el resto le seguía.
Lautaro, en lo acetar no perezoso,
escogiendo una escuadra suficiente,
marcha con toda priesa, codicioso
de ganar opinión entre la gente.
Mas de Marte el estruendo sonoroso
me llama, que me tardo injustamente;
de los catorce es tiempo que se trate,
y del sangriento y áspero combate.
Estiéndase su fama y sea notoria,
pues que tanto su espada resplandece,
y dellos se eternice la memoria,
si valor en las armas lo merece:
testimonio dará dello la historia;
pero acabar el canto me parece,

que a decir tan gran cosa no me atrevo,
si no es con nuevo aliento y canto nuevo.

Canto IV

Vienen catorce españoles por concierto a juntarse con Valdivia en la fuerza de Tucapel; hallan los indios en una emboscada, con los cuales tuvieron un porfiado recuentro, llega Lautaro con gente de refresco; mueren siete españoles y todos los amigos que llevan; escápanse los otros por una gran ventura

¡Cuán buena es la justicia y qué importante!
Por ella son mil males atajados;
que si el rebelde Arauco está pujante
con todos sus vecinos alterados
y pasa su furor tan adelante,
fue por no ser a tiempo castigados;
la llaga que al principio no se cura,
requiere al fin más áspera la cura.
Que no es virtud, mas vicio y negligencia

cuando de un daño otro mayor se espera,
el no curar con hierro la dolencia,
si del mal lo requiere la manera;
mas no con tal rigor que la clemencia
pierda su fuerza y la virtud entera:
clemente es y piadoso el que sin miedo
por escapar el brazo corta el dedo.
No quiero yo decir que a cada paso
traiga el hierro en la mano la justicia,
sino según la gravedad del caso
y la importancia y fin de la malicia;
pues vemos claro en el presente paso

que al cabo, corrompida de avaricia,
dio a la maldad lugar que se arraigase
y en los ánimos más se apoderase.
Mas no se ha de entender, como el liviano
que se entrega al primero movimiento,
que por ser justiciero es inhumano
y por alcanzar crédito es sangriento;
y como aquel que con injusta mano,
sin término, sin causa y fundamento,
por sólo liviandad y vanagloria
quiere dejar de su maldad memoria.
No faltara materia y coyuntura
para mostrar la pluma aquí curiosa;
mas no quiero meterme en tal hondura,
que es cosa no importante y peligrosa;
el tiempo lo dirá y no mi escritura,
que quizás la tendrán por sospechosa;
sólo diré que es opinión de sabios
que adonde falta el rey sobran agravios.
Pero a nuestro propósito tornando,
dejaré de tratar de sinrazones,
que es trabajar en vano, derramando
al viento en el desierto las razones;
de los nuestros diré que peleando
estaban con los fieros escuadrones,
ganando fama y prez, honor y gloria,
haciendo cosas dignas de memoria.

Fue hecho tan notable, que requiere
mucha atención y autorizada pluma,
y así digo que aquel que le leyere
en que fue de los grandes se resuma;

diré cuanto en mi estilo yo pudiere,
aunque toda será una breve suma
y los nombres también de los soldados
que con razón merecen ser loados:
Almagro, Cortés, Córdoba, Nereda,
Morán, Gonzalo Hernández, Maldonado,
Peñalosa, Vergara, Castañeda,
Diego García Herrero el arriscado,
Pero Niño, Escalona y otro queda
con el cual es el número acabado:
don Leonardo Manrique es el postrero,
igual en el valor siempre al primero.
Estos catorce son los que venían
a verse con Valdivia en el concierto,
que del pueblo Imperial partido habían
sin saber que Valdivia fuese muerto;
por la alta cuesta de Purén subían,
y en el más alto asiento y descubierto
los caminos de rama veen sembrados,
señal de paga y junta de soldados.
Conocen que la tierra está alterada
y que de gentes hacen llamamiento;
no torcieron por esto la jornada,

ni les mudó el temor el firme intento;
la fresca y nueva aurora colorada
daba con su venida gran contento,
y las sombras del sol se retraían
cuando el licúreo valle descubrían.
Aquí estaban los indios emboscados
esperando a los nuestros si viniesen,
por cogerlos sin orden descuidados
antes que del peligro se advirtiesen
de un bosque a mano hecho rodeados
para que más cubiertos estuviesen,
hasta que, inadvertidos del engaño,
pudiesen a su salvo hacer el daño.
Los catorce españoles abajaban
por un repecho, al valle enderezando,
donde ocultos los bárbaros estaban,
cubiertos de los ramos aguardando;
los nuestros con el bosque aún no igualaban
cuando los indios, súbito sonando
bárbaras trompas, roncos tamborinos,
los pasos ocuparon y caminos.
En cazador no entró tanta alegría,

cuando más sin pensar la liebre echada
de súbito por medio de la vía
salta de entre los pies alborotada,
cuanto causó la muestra y vocería
del vecino escuadrón de la emboscada
Alonso de Ercilla
102
a nuestros españoles, que al instante
arrojan los caballos adelante.
En un punto los bárbaros formaron
de puntas de diamante una muralla;
pero los españoles no pararon
hasta de parte a parte atravesalla;
hombres, picas y mazas tropellaron,
revuelven, por dar fin a la batalla,
con más valor y esfuerzo que esperanza,
vista de los contrarios la pujanza.
De tres dos escuadrones desviados
el paso les cercaron y huida;
viéndose así de bárbaros cercados,
piensan abrir por ellos la salida;
otra vez arremeten apiñados
y aunque una escuadra dellos fue rompida,
volvieron a sus puestos recogidos
quedando desta vuelta mal heridos.
Dos veces embistieron desta suerte,
las cerradas escuadras tropellando;
mas viéndose cercanos a la muerte,
prosiguen su derrota enderezando
al desolado sitio y casa fuerte
a diestro y a siniestro derribando,
que los indios entrellos van mezclados,
hiriéndolos también por todos lados.
La Araucana
103
Estréchase el camino de Elicura
por la pequeña falda de una sierra;
la causa y la razón desta angostura
es un lago que el valle abajo cierra.
Para los nuestros esto fue ventura,
pues siguen su jornada haciendo guerra,
que solo un español que atrás venía
la bárbara arrogancia resistía.
Ellos, que iban así por una espesa
mata, al calar de un áspero collado
veen un indio salir a toda priesa,
el vestido y el rostro demudado,

el cual en el camino se atraviesa,
y del seno sacó un papel cerrado
que Juan Gómez de Almagro el propio día
dando aviso a Valdivia escrito había.
El mismo mensajero veen lloroso
que dellos adelante había partido;
de Valdivia el suceso lastimoso
les dijo y lo demás acontecido
y que el castillo el bárbaro furioso
le había por los cimientos destruido;
viendo el remedio y presupuesto vano,
tomaron a la diestra un sitio llano.
Era el sitio de lomas rodeado,
aunque por esta senda y paso abierto,
del este, norte, oeste está abrigado,

y el sur le hiere casi en descubierto,
por do seguido va el camino usado
de los ligeros bárbaros cubierto,
en espaciosa hila prolongada,
sedientos de la sangre baptizada.
Tras los nuestros los bárbaros saliendo,
en el llano asimismo repararon,
y la gente esparcida recogiendo,
dos gruesos escuadrones reformaron;
los catorce españoles conociendo
que era mejor romper; se aparejaron;
mueven los escuadrones concertados,
por el fuerte Lincoya gobernados.
Con flautas, cuernos, roncos instrumentos
alto estruendo, alaridos desdeñosos,
salen los fieros bárbaros sangrientos
contra los españoles valerosos,
que convertir esperan en lamentos
los arrogantes gritos orgullosos;
tanto el esfuerzo y ánimo les crece
que poca gente en contra les parece.
Aunque allí un español disfigurado,
que yo no digo aquí cuál dellos era,
dijo, viendo tan poca gente al lado:
«¡Oh si nuestro escuadrón de ciento fuera!»
Pero Gonzalo Hernández animado,
vuelto al cielo, responde: «A Dios pluguiera

fuéramos solos doce y dos faltaran,

que doce de la fama nos llamaran».
Los caballos en esto apercibiendo,
firmes y recogidos en las sillas,
sueltan las riendas, y los pies batiendo,
parten contra las bárbaras cuadrillas;
las poderosas lanzas requiriendo,
afiladas en sangre las cuchillas,
llamando en alta voz a Dios del cielo,
hacen gemir y retemblar el suelo.
Calan de fuerte fresno como vigas
los bárbaros las picas al momento,
de la suerte que suelen las espigas
derribarse al furor del recio viento;
no bastaron las armas enemigas
al ímpetu español y movimiento,
que los nuestros rompieron por un lado,
dejando el escuadrón aportillado.
A un tiempo los caballos volteando,
lejos las rotas lanzas arrojadas,
vuelven al enemigo y fiero bando,
en alto ya desnudas las espadas;
otra vez arremeten, no bastando
infinidad de puntas enastadas,
puestas en contra de la airada gente,
a que no se mezclasen igualmente.
Alonso de Ercilla
106
Los unos, que no saben ser vencidos,
los otros a vencer acostumbrados,
son causa que se aumenten los heridos
y que bajen los brazos más pesados;
de llamas los arneses encendidos,
con gran fuerza y presteza golpeados,
formaban un rumor, que el alto cielo
del todo parecía venir al suelo.
El buen Gonzalo Hernández, presumiendo
imitar al de Córdoba famoso,
iba por el ejército rompiendo
no menos diestro y fuerte que animoso;
Peñalosa y Vergara, conociendo
que vencer o morir era forzoso,
hacen de sus personas arriscadas
de esfuerzo y fuerzas pruebas señaladas.
El valiente soldado de Escalona
la rigurosa espada ejercitando,
aventura y señala su persona,
mil bárbaros valientes señalando;

Don Leonardo Manrique no perdona
los golpes que recibe, antes doblando
los suyos con gran priesa y mayor ira,
los castiga, maltrata y los retira.
Otro, pues, que de Córdoba se llama,
mozo de grande esfuerzo y valentía,
tanta sangre araucana allí derrama

que hizo cien viudas aquel día;
por una que venganza al cielo clama,
saltan todas las otras de alegría;
que al fin son las mujeres variables,
amigas de mudanzas y mudables.
Cortés y Pero Niño por un lado
hacen un fiero estrago y cruda guerra;
Morán, Gómez de Almagro y Maldonado
siembran de cuerpos bárbaros la tierra;
el Herrero, como hombre acostumbrado
y diestro en golpear, mata y atierra;
pues Nereda también, que era maestro,
hiere, derriba a diestro y a siniestro.
Como si fueran a morir desnudos,
las rabiosas espadas así cortan;
con tanta fuerza bajan golpes crudos
que poco fuertes armas les importan;
lo que sufrir no pueden los escudos,
los insensibles cuerpos lo comportan
en furor encendidos, de tal suerte,
que no sienten los golpes ni aun la muerte.
Antes de rabia y cólera abrasados
con poderosos golpes los martillan,
y de muchos con fuerza redoblados
los cargados caballos arrodillan;
abollan los arneses relevados,
abren, desclavan, rompen, deshebillan,

ruedan las rotas piezas y celadas
y el aire atruena el son de las espadas.
Lincoya, combatiendo y derribando,
anima con hervor los escuadrones,
contra su fuerza y maza no bastando
de crestas altas fuertes morriones.
Cortés un golpe suyo reparando,
la cabeza inclinó entre los arzones,
llevándole el caballo medio muerto,

suelto el freno, corriendo a campo abierto.
Con el cuello inclinado, adormecido,
acá y allá el caballo le traía;
pero tornando luego en su sentido,
vergonzoso las riendas recogía;
vuelve a buscar aquel que le ha herido,
y al punto que miró le conocía;
que al mayor araucano que allí andaba
de los hombros arriba le llevaba.
Conócelo también en la braveza
que mostraba, animando allí su gente,
y en la facilidad y ligereza
con que esgrime la maza diestramente.
Como el suelto lebrel por la maleza
se arroja al jabalí fiero y valiente,
así asalta Cortés al araucano,
la adarga al pecho, el duro hierro en mano.
La Araucana
109
Al través le hirió por un costado,
no le valiendo el coselete duro;
mas de aquella manera le ha mudado
que mudara un peñasco o fuerte muro;
pasa recio el caballo espoleado,
y Cortés, de Lincoya ya seguro,
por medio de la espesa escuadra hiende
y al un lado y al otro muchos tiende.
Almagro cuerpo a cuerpo combatía
con el joven Guacón soldado fuerte;
pero presto la lid se decidía,
que poco se mostró neutral la suerte;
de un golpe Almagro al bárbaro hería,
por donde una ancha puerta abrió a la muerte,
sale della de sangre roja un río
y ocupa el desangrado cuerpo el frío.
Airado Castañeda en la batalla
mata, tropella, daña, hiere, ofende,
acaso a Narpo a la derecha halla
y allí la rigurosa espada tiende;
no le valió el jubón de fina malla,
ni un peto de dos cueros le defiende,
que la furiosa punta no calase
y el cuerpo del espíritu privase.
La gente una con otra se embravece,
crece el hervor, coraje y la revuelta
y el río de la corriente sangre crece,
Alonso de Ercilla

110
bárbara y española toda envuelta;
del grueso aliento el aire se escurece,
alguna infernal furia andaba suelta
que por llevar a tantos en un día,
diabólico furor les infundía.
Tanto el tesón entre ellos ha durado,
que espanta cómo alzar pueden los brazos;
estaban por el uno y otro lado
de amontonados cuerpos los ribazos.
El sol había en su curso declinado,
cuando ya sin vigor, hechos pedazos,
de manera igualmente enflaquecían,
que moverse adelante no podían.
Como el aliento y fuerza van faltando
a dos valientes toros animosos
cuando en la fiera lucha porfiando
se muestran igualmente poderosos,
que se van poco a poco retirando
rostro a rostro con pasos perezosos,
cubiertos de un humor y espeso aliento,
y esparcen con los pies la arena al viento,
los dos puestos así se retiraron,
sin sangre y sin vigor desalentados,
que jamás las espadas se mostraron,
mas siempre frente a frente careados,
ambos a un mismo tiempo repararon;
a un punto hicieron alto, y desviados

111
los unos de los otros tanto estaban,
que aun un tiro de flecha no distaban.
Mirábanse del uno y otro bando
en el sitio y contrario alojamiento
cubiertos de agua y sangre ijadeando,
que no pueden hartarse del aliento;
los fatigados miembros regalando,
el pecho y boca abierta al fresco viento
que con templados soplos respiraba,
mitigando del sol la fuerza brava.
Y desde allí con lenguas injuriosas
a falta de las manos se ofendían,
diciéndose palabras afrentosas
la muerte con rigor se prometían;
y a vueltas desto, flechas peligrosas
los enemigos arcos despedían,
que aunque el aliento y fuerza les faltaba,

el rabioso rencor las arrojaba.
Yo no sé de cuál brazo descansado
una flecha con ímpetu saliendo,
a manera de rayo arrebatado
el aire con rumor iba rompiendo;
tocó en soslayo a Córdoba en un lado,
y la furiosa punta no prendiendo,
torció a Morán el curso y encarnada
por el ojo derecho abrió la entrada.
Alonso de Ercilla
112
El buen Morán con mano cruda y fuerte
sacó la flecha y ojo en ella asido;
Gonzalo al duro paso de la muerte
le apercibe y esfuerza condolido;
pero Morán gritó: «No estoy de suerte
que me sienta de esfuerzo enflaquecido;
que solo, así herido, soy bastante
a vencer cuantos veis que están delante».
Pica el caballo temerariamente,
que galopear no puede de cansado,
contra todo aquel número de gente
que en escuadrón estaba reformado;
pero Gonzalo Hernández diligente
se le puso delante acelerado,
que ya Lincoya al paso le salía
y al puesto, aunque por fuerza, lo volvía.
Con grande alarde, estruendo y movimiento,
sobre la cumbre de una verde loma,
tendidas las banderas por el viento,
Lautaro con la presta gente asoma.
Como cuando de lejos el hambriento
león, viendo la presa, placer toma,
y mira acá y allá feroz rugiendo,
el vedijoso cuello sacudiendo,
Lautaro así veloz por un repecho
bajaba, enderezando a los de España,
pensando él solo dar fin aquel hecho,
La Araucana
113
si no le desamparan la campaña.
Delante de su gente va gran trecho,
digna es de celebrarse tal hazaña:
solos catorce esperan, hechos piezas,
rotos los brazos, piernas y cabezas.
Cuatro mil sobrevienen vitoriosos;
apiñados los nuestros los esperan,

no de ver tanta gente temerosos,
porque aun morir con más honor quisieran.
Los fieros enemigos orgullosos
en alta voz gritaban: «¡Mueran! ¡Mueran!»,
y el lincoyano ejército animado
también acometió por otro lado.
Lanzaron los caballos los cristianos
batiendo bien de espacio el hueco suelo,
contra los descansados araucanos
que fieros amenazan tierra y cielo;
vienen con tardos pies a prestas manos,
y del primer encuentro, hecho un hielo,
Pero Niño tocó la blanca arena,
bañándola de sangre en larga vena.
Atravesóle el cuerpo la herida,
aunque en atribuirla hay desconcierto;
unos dicen que Angol fue el homicida,
otros que Leocotón, y esto es más cierto;
cualquier dellos que fue, de gran caída
Pero Niño quedó en el campo muerto

con un trozo de pica atravesado
donde fue del tropel despedazado.
También el de Manrique volteando
a los pies de Lautaro muerto vino;
rompen los otros doce, enderezando
por las espesas armas al camino;
pero Ongolmo, los pies apresurando,
de un golpe derribó fuera de tino
a Nereda, que en guerras era experto;
Cortés, de muy herido, cayó muerto
Tras él al suelo fue Diego García,
de una llaga mortal abierto el pecho;
de otro golpe Escalona se tendía,
que Tucapel le acierta por derecho;
los demás españoles en la vía
(considere quien ya se vio en estrecho)
con cuánta priesa baten las ijadas
de los lasos caballos desangradas.
El fiero Tucapel haciendo guerra
a todos con audacia los asalta,
y en viendo que estos dos baten la tierra,
gallardo por encima dellos salta;
topa a Almagro y con él ligero cierra
en los pies levantado y la maza alta,
que sobre él derribándola venía

con toda la pujanza que tenía.
La Araucana
115
O fue mal tiento o furia que llevaba,
o que el Sumo Señor quiso librallo,
que el tiro a la cabeza señalaba
y a dar vino en las ancas del caballo;
con tanta fuerza el golpe le cargaba
que Almagro más no pudo meneallo,
quedando derrengado de manera
que si fuera de masa o blanda cera.
Almagro con presteza por un lado,
viendo el caballo cojo, se derriba;
ora fue su ventura y diestro hado
ora siniestro del que tras él iba,
el cual era el valiente Maldonado
que envuelto en sangre y polvo al punto arriba
que el golpe segundaba Tucapelo
y por poco con él diera en el suelo.
Con el jinete estribo en el derecho
lado al bárbaro encuentra de pasada,
y cuanto cinco pasos o más trecho
lo lleva hacia adelante por la estrada;
brama el bárbaro ardiendo de despecho:
víbora no se vio más enconada
ni pisado escorpión vuelve tan presto,
como el indio volvió el airado gesto.
Muda el intento, muda la sentencia
que contra Juan de Almagro dado había,
y la furiosa maza e impaciencias
Alonso de Ercilla
116
al triste Maldonado revolvía;
cala un golpe con toda su potencia
mas el presto caballo se desvía;
Tucapel de furioso el tiro yerra
y el ferrado troncón metió por tierra.
No escapó Maldonado de la muerte
que al punto llega el bravo Lemolemo
con un largo bastón ñudoso y fuerte
a manera le corvo y grueso remo,
y un golpe le señala de tal suerte
que no le erró el ferrado y duro estremo
ni la celada prestó de estofa llena,
que los sesos saltaron por la arena.
En esto una gran nube tenebrosa
el aire y cielo súbito turbando,

con una escuridad triste y medrosa
del sol la luz escasa fue ocupando;
salta Aquilón con furia procelosa
los árboles y plantas inclinando,
envuelto en raras gotas de agua gruesas
que luego descargaron más espesas.
Como el diestro atambor que apercibiendo
al duro asalto y fiera batería,
va con los tardos golpes previniendo
la presta y animosa compañía,
pero el punto y señal última oyendo
suena la horrenda y áspera armonía,
La Araucana
117
así el negro ñublado turbolento
lanza un diluvio súbito y violento.
En escura tiniebla el cielo vuelto,
la furiosa tormenta se esforzaba;
agua, piedras y rayos todo envuelto
en espesos relámpagos lanzaba;
el araucano ejército revuelto
por acá y por allá se derramaba;
crece la tempestad horrenda tanto
que a los más esforzados puso espanto.
De Juan Gómez la prospera ventura
hizo que al punto el cielo se cerrase,
y a tiniebla de la noche escura
gran rato en su favor se anticipase;
turbado se metió en una espesura
hasta tanto que el ímpetu pasase
de aquella gente bárbara furiosa,
de la española sangre codiciosa.
Cuando vio en su violencia el torbellino
y que él podía salir más encubierto,
el bosque deja y toma su camino,
que el temor se le muestra bien abierto;
cayendo y levantando al cabo vino
de sangre, lodo y de sudor cubierto,
junto donde los nuestros esperaban
si las furiosas aguas aplacaban.
Alonso de Ercilla
118
Estaban del camino desviados
y uno de los caballos relinchando,
el español con pasos sosegados
al alegre rumor se fue acercando;
llegó donde los seis amedrentados

con baja voz estaban dél tratando
y en aquella sazón se les presenta,
dándoles del suceso entera cuenta.
Con espanto fue luego conocido,
que entre ellos ya por muerto se tenía,
y cada uno de lástima movido
a morir en su ayuda se ofrecía;
mas él, como animoso y entendido,
viendo que aprovechar no le podía,
dice: «De mí, señores, nadie cure,
la vida el que pudiere la asegure».
Esto no dijo bien, cuando esforzado
por el bosque tomó una senda incierta,
y aquella más usada deja a un lado,
de gente y pueblos bárbaros cubierta;
otro trance mayor le está guardado,
pero pues hay de Chile historia cierta
allí lo podrá ver el que quisiere,
si gana de saberlo le viniere.
El coronista Estrella escribe al justo
de Chile y del Pirú en latín la historia
con tanta erudición que será justo

que dure eternamente su memoria;
y la vida de Carlos Quinto Augusto,
y en verso los encomios y la gloria
de varones ilustres en milicia,
gobernación, en letras y justicia.
Vuelvo a los seis guerreros, que sintiendo
la desgracia de Almagro, lo mostraban;
pero ayudalle en ella no pudiendo,
a la Imperial ciudad enderezaban;
la tempestad furiosa iba creciendo,
relámpagos y truenos no cesaban
hasta que salió el sol y el claro día
la plaza de Purén les descubría.
Era un castillo, el cual con poca gente
le había Juan Gómez antes sustentado,
hallándose una noche de repente
de multitud de bárbaros cercado;
repelidos al fin gallardamente,
fue por su industria el cerco levantado.
No escribo esta batalla, aunque famosa,
por no tardarme tanto en cada cosa.
Allí los seis guerreros arribados
fueron con tierna muestra recebidos

de los caros amigos, admirados
de verlos a tal término traídos;
míseros, afligidos, demudados,
flacos, roncos, deshechos, consumidos,

120
corriendo sangre y lodo, sin celadas,
las armas con las carnes destrozadas.
Casi veinticuatro horas sustentaron
las armas, defendiendo su partido,
que nunca en este tiempo descansaron
haciendo lo que habéis, Señor oído;
un rato en el castillo reposaron
del cual la noche atrás habían salido,
no con poco temor de los de casa
y más cuando supieron lo que pasa.
La sangre les cuajó un temor helado,
gran turbación les puso a todos, cuando
el caso de Valdivia desastrado
les fueron por sus términos narrando;
y así viendo el castillo mal parado,
de consejo común considerando
la pujanza que el bárbaro traía,
le dejaron desierto el mismo día.
Hacia Cautén tomaron la jornada
llevando a Almagro acaso de camino,
que por venir la noche tan cerrada
libre salió del campo lautarino;
la fuerza fue por tierra derribada,
que luego el enemigo pueblo vino
talando municiones y comidas
que en el castillo estaban recogidas.

121
Dieron vuelta los bárbaros gozosos
hacia do su ejército venía,
retumbando en los montes cavernosos
el alegre rumor y vocería;
y por aquellos prados espaciosos
con la vitoria y gozo de aquel día
tales cantos y juegos inventaban
que el cansancio con ellos engañaban.
Juntos, el general con grave muestra
los habla y los recibe alegremente,
y asiendo blandamente de la diestra
al valiente Lautaro, su teniente,
una escuadra le entrega de maestra,

escogida, gallarda y buena gente,
en armas y trabajo ejercitada
para cualquier empresa y gran jornada.
A Lautaro dejemos, pues, en esto,
que mucho su proceso me detiene,
forzoso a tratar dél volveré presto,
que llegar hasta Penco me conviene,
pues hace tanto a nuestro presupuesto
decir cómo a la guerra se previene
que sangrienta y mortal se aparejaba,
y el justo sentimiento que mostraba.
Ya la Fama, ligera embajadora
de tristes nuevas y de grandes males,
a Penco atormentaba de hora en hora,

esforzando su voz ruines señales,
cuando llegan los indios a deshora,
los dos que ya conté que en los jarales,
viendo a Valdivia roto, se escondieron,
y éstos el triste caso refirieron.
Por mensajeros ciertos entendiendo
el duro y desdichado acaecimiento,
viejos, mujeres, niños concurriendo,
se forma un triste y general lamento;
el cielo con aguda voz rompiendo
hinchen de tristes lástimas el viento
nuevas viudas, huérfanas, doncellas,
era una dolorosa cosa vellas.
Los blancos rostros, más que flores bellos,
eran de crudos puños ofendidos,
y manojos dorados de cabellos
andaban por los suelos esparcidos;
vieran pechos de nieve y tersos cuellos
de sangre y vivas lágrimas teñidos,
y rotos por mil partes y arrojados
ricos vestidos, joyas y tocados.
No con menor estruendo los varones
de la edad más robusta juntamente
daban de su dolor demonstraciones
pero con otro modo diferente;
suenan las armas, suenan municiones,
suena el nuevo aparato de la gente,

y la ronca trompeta del dios Marte
a guerra incita ya por toda parte.

Unos botas espadas afilaban,
otros petos mohosos enlucían,
otros las viejas cotas remallaban,
hierros otros en astas enjerían;
cañones reforzados apuntaban,
al viento las banderas descogían
y en alardosa muestra los soldados
iban por todas partes ocupados.
Caudillo era y cabeza de la gente
Francisco Villagrán, varón tenido
por sabio en la milicia y suficiente,
con suma diligencia prevenido;
de Pedro de Valdivia fue teniente,
después de su persona obedecido;
sentido del suceso y caso fuerte
brama por la venganza de su muerte.
Las mujeres de nuevos alaridos
hieren el alto cóncavo del cielo,
viendo al peligro puestos los maridos
y ellas en tal trabajo y desconsuelo;
con lagrimosos ojos y gemidos
echadas de rodillas por el suelo,
les ponen los hijuelos por delante,
pero cosa a moverlos no es bastante.
Alonso de Ercilla
124
Ya de lo necesario aparejados
en demanda del bárbaro salían,
de arneses lucidísimos armados
que vistosos de lejos parecían;
las mujeres por torres y tejados
con fijos ojos tiernos los seguían
y echándoles de allí mil bendiciones
vuelven a Dios el ruego y peticiones.
Del tropel se despiden ciudadano,
que del pueblo saliera a acompañallos,
y en busca del ejército araucano
pican a toda priesa los caballos;
dejan a la siniestra a Mareguano,
y a la diestra, de Talca los vasallos
hijo de Talcaguano, que su tierra
la ciñe casi en torno el mar y sierra.
De los seguros límites pasando,
pisan de Andalicán la enjuta arena
y el espacioso llano atravesando,
suben las lomas, y el rumor no suena;
y al pie del cerro andálico llegando,

sin entender lo que Lautaro ordena,
sólo el miedo de entrar por el Estado
les mitigó el furor demasiado.
Un paso peligroso, agrio y estrecho
de la banda del norte está a la entrada,
por un monte asperísimo y derecho,
La Araucana
125
la cumbre hasta los cielos levantada;
está tras éste un llano, poco trecho,
y luego otra menor cuesta tajada
que divide el distrito andalicano
del fértil valle y límite araucano.
Esta cuesta Lautaro había elegido
para dar la batalla, y por concierto
tenía todo su ejército tendido
en lo más alto della y descubierto;
viendo que a pie en lo llano es mal partido
seguir a los caballos campo abierto,
el alto y primer cerro deja esento,
pensando allí alcanzarlos por aliento.
Porque se tome bien del sitio el tino
quiero aquí figurarle por entero.
La subida no es mala del camino,
mas todo es lo demás despeñadero;
tiene al poniente al bravo mar vecino
que bate al pie de un gran derrumbadero
y en la cumbre y más alto de la cuesta
se allana cuanto un tiro de ballesta.
Estaba el alto cerro coronado
del poderoso ejército enemigo
y el camino al entrar desocupado,
sin defensa ni estorbo, como digo;
pasado el primer monte, había llegado
al pie deste segundo el bando amigo;
Alonso de Ercilla
126
pero aquí Villagrán confuso estuvo,
que el peligroso trance le detuvo
como el romano César, que dudoso
el pie en el Rubicón fijó a la entrada,
pensando allí de nuevo el peligroso
hecho que acometía y gran jornada.
Al fin soltó las riendas animoso,
diciendo: «¡Sús, la suerte ya es echada!...»;
así nuestro español rompió el camino
dando libre la rienda a su destino.

Apenas el primer paso había dado,
cuando luego tras él osadamente
por el fragoso monte levantado
alegre comenzó a subir la gente.
Lautaro, sin moverse, arrinconado,
franca les da la entrada llanamente:
diez mil hombres gobierna, gente usada
en el duro ejercicio de la espada.
Tenía su campo en torno de la cuesta,
y mandado que nadie se moviese
un paso a comenzar la dura fiesta
hasta que el són de arremeter se oyese,
con una irremisible pena puesta
para aquel que del término saliese;
que estaban así quedos y callados
cual si fueran en mármoles mudados.
La Araucana
127
Pues la española gente, deseando
ejercitar la vencedora diestra,
se va a los enemigos acercando
por la banda del bárbaro siniestra.
Lautaro al puesto término llegando,
presenta la batalla en bella muestra
con gran rumor de bárbaras trompetas,
atambores, bocinas y cornetas.
Paréceme, Señor, que será justo
dar fin al largo canto en este paso,
porque el deseo del otro mueva el gusto
y porque de cantar me siento laso.
Suplícos que el tardar no os dé desgusto
pareciéndoos que voy tan paso a paso,
que aun de gentes agravio una gran suma,
atento a no llevar prolija pluma.
Alonso de Ercilla
128

Canto V

En este quinto canto se contiene la reñida batalla que entre los españoles y araucanos hubo en la cuesta de Andalicán, donde por la astucia de Lautaro y el demasiado trabajo de los españoles fueron los nuestros desbaratados y muertos más de la mitad dellos juntamente con tres mil indios amigos

Siempre el benigno Dios por su clemencia
nos dilata el castigo merecido
hasta ver sin emienda la insolencia
y el corazón rebelde endurecido,
y es tanta la dañosa inadvertencia

que, aunque vemos el término cumplido
y ejemplo del castigo en el vecino,
no queremos dejar el mal camino.
Dígolo porque viene muy contenta
nuestra gente española a las espadas,
que en el fin de Valdivia no escarmienta
ni mira haber seguido sus pisadas;
presto la veréis dar estrecha cuenta
de las culpas presentes y pasadas,
que el verdugo Lautaro ardiendo en saña
se muestra con su gente en la campaña.
Villagrán con la suya a punto puesto
en el estrecho llano se detiene;
plantando seis cañones en buen puesto
ordena aquí y allí lo que conviene;
estuvo sin moverse un rato en esto

por ver el orden que Lautaro tiene,
que ocupaba su gente tanto trecho
que mitigó el ardor de más de un pecho.
De muchos fue esta guerra deseada
pero sabe ora Dios sus intenciones,
viendo toda la cuesta rodeada
de gente en concertados escuadrones;
la sangre, del temor ya resfriada
con presteza acudió a los corazones;
los miembros, del calor desamparados,
fueron luego de esfuerzo reformados.
Con nuevo encendimiento están bramando
porque la trompa del partir no suena;
tanto el trance y batalla deseando
que cualquiera tardanza les da pena.
De la otra parte el araucano bando,
sujeto a lo que su caudillo ordena,
rabiaba por cerrar; mas la obediencia
le pone duro freno y resistencia.
Como el feroz caballo que, impaciente,
cuando el competidor ve ya cercano,
bufa, relincha, y con soberbia frente
hiere la tierra de una y otra mano,
así el bárbaro ejército obediente,
viendo tan cerca el campo castellano,
gime por ver el juego comenzado
mas no pasa del término asignado.

Desta manera, pues, la cosa estaba,
ganosos de ambas partes por juntarse;
pero ya Villagrán consideraba
que era dalles más ánimo el tardarse.
Tres bandas de jinetes apartaba
de aquellos codiciosos de probarse,
que a la seña, sin más amonestallos
ponen las piernas recio a los caballos.
El campo con ligeros pies batiendo,
salen con gran tropel y movimiento;
Rauco se estremeció del son horrendo
y la mar hizo estraño sentimiento.
Los corregidos bárbaros, temiendo
de Lautaro el espreso mandamiento,
aunque por los herir se deshacían
el paso hacia delante no movían.
Con el concierto y orden que en Castilla
juegan las cañas en solene fiesta,
que parte y desembraza una cuadrilla,
revolviendo la darga al pecho puesta,
así los nuestros, firmes en la silla,
llegan hasta el remate de la cuesta,
y vuelven casi en cerco a retirarse
por no poder romper sin despeñarse.
Toman al retirar la vuelta larga,
y desta suerte muchas vueltas prueban;
pero todas las veces una carga

de flecha, dardo y piedra espesa llevan;
a algunos vale allí la buena darga,
las celadas y grebas bien aprueban,
que no pueden venir al corto hierro,
por ser peinado en torno el alto cerro.
Firme estaba Lautaro sin mudarse
y cercada de gente la montaña;
algunos que pretenden señalarse
salen con su licencia a la campaña.
Quieren uno por uno ejercitarse
de la pica y bastón con los de España,
o dos a dos o tres a tres soldados,
a la franca eleción de los llamados.
Usando de mudanzas y ademanes
vienen con muestra airosa y contoneo,
más bizarros que bravos alemanes,
haciendo aquí y allí gentil paseo;
como los diestros y ágiles galanes

en público ejercicio del torneo
así llegan gallardos a juntarse
y con las duras puntas a tentarse.
Quien piensa de la pica ser maestro
sale a probar la fuerza y el destino,
tentando el lado diestro y el siniestro,
buscando lo mejor con sabio tino;
cuál acomete, vanle y hurta presto,
hallando para entrar franco el camino;
Alonso de Ercilla
132
cuál hace el golpe vano y cuál tan cierto
que da con su enemigo en tierra muerto.
Otros destas posturas no se curan
ni paran en el aire y gentileza,
que el golpe sea mortal sólo procuran
y en el cuerpo y los pies llevar firmeza;
con ánimo arrojado se aventuran
llevados de la cólera y braveza;
ésta a veces los golpes hace vanos
y ellos venir más juntos a las manos.
Pero por más veloz en la corrida
el mozo Curiomán se señalaba,
que con gallarda muestra y atrevida
larga carrera sin temor tomaba
y blandiendo una lanza muy fornida
en medio de la furia la arrojaba,
que nunca la ballesta al torno armada
jara con tal presteza fue enviada.
Había siete españoles ya herido,
mas nadie se atraviesa a la venganza,
que era el valiente bárbaro temido
por su esfuerzo, destreza y gran pujanza;
en esto Villagrán, algo corrido
viéndole despedir la octava lanza,
dijo con voz airada: «¿No hay alguno
que castigue este bárbaro importuno?»
La Araucana
133
Diciendo esto miraba a Diego Cano,
el cual de osado crédito tenía,
que, una asta gruesa en la derecha mano,
su rabicán preciado apercebía;
y al tiempo cuando el bárbaro lozano
con fuerza estrema el brazo sacudía,
en la silla los muslos enclavados
hiere al caballo a un tiempo entrambos lados.

Con menudo tropel y gran ruido
sale el presto caballo desenvuelto
hacia el gallardo bárbaro atrevido,
que en esto las espaldas había vuelto;
pero el fuerte español, embebecido
en que no se le fuese, el freno suelto,
bate al caballo a priesa los talones
hasta los enemigos escuadrones.
No el araucano y fiero ayuntamiento
con las espesas picas derribadas,
ni el presuroso y recio movimiento
de mazas y de bárbaras espadas
pudieron resistir el duro intento
del airado español que las pisadas
del ligero araucano iba siguiendo,
la espesa turba y multitud rompiendo:
donde a pesar de tantos y a despecho
con grande esfuerzo y valerosa mano
rompe por ellos y la lanza al pecho
de aquel que dilató su muerte en vano;
y glorioso del bravo y alto hecho,

al caballo picó a la diestra mano,
abriendo con esfuerzo y diestro tino
por medio de las armas el camino.
Luego se arroja el escuadrón jinete
al araucano ejército llamando,
que a esperarle parece que acomete
y vase luego al borde retirando;
una, cuatro y diez veces arremete,
poco el arremeter aprovechando,
que en aquella sazón ninguna espada
había de sangre bárbara manchada.
Los cansados caballos trabajaban
mas poco del trabajo se aprovecha,
que los nuestros en vano les picaban,
heridos y hostigados de la flecha;
las bravezas de algunos aplacaban
viéndose en aquel punto y cuenta estrecha,
ellos lasos, los otros descansados,
los pasos y caminos ya cerrados.
La presta y temerosa artillería
a toda furia y priesa disparaba
y así en el escuadrón indio batía,
que cuanto topa enhiesto lo allanaba;
de fuego y humo el cerro se cubría,

el aire cerca y lejos retumbaba;
parece con estruendo abrirse el suelo
y respirar un nuevo Mongibelo.
La Araucana
135
Visto Lautaro serle conveniente
quitar y deshacer aquel ñublado
que lanzaba los rayos en su gente
y había gran parte della destrozado,
al escuadrón que a Leucotón valiente
por su valor le estaba encomendado,
le manda arremeter con furia presta,
y en alta voz diciendo le amonesta:
«¡Oh fieles compañeros vitoriosos
a quien Fortuna llama a tales hechos!
¡ Ya es tiempo que los brazos valerosos
nuestras causas aprueben y derechos!
¡Sús, sús, calad las lanzas animosos.
Rompan los hierros los contrarios pechos,
y por ellos abrid roja corriente
sin respetar a amigo ni a pariente!
A las piezas guiad, que si ganadas
por vuestro esfuerzo son, con tal vitoria
célebres quedarán vuestras espadas
y eterna al mundo dellas la memoria,
el campo seguirá vuestras pisadas
siendo vos los autores desta gloria».
Y con esto la gente envanecida
hizo la temeraria arremetida.
Por infame se tiene allí el postrero,
que es la cosa que entre ellos más se nota;
el más medroso quiere ser primero
Alonso de Ercilla
136
al probar si la lanza lleva bota:
no espanta ver morir al compañero
ni llevar quince o veinte una pelota
volando por los aires hechos piezas,
ni el ver quedar los cuerpos sin cabezas.
No los perturba y pone allí embarazo
ni punto los detiene el temor ciego;
antes si el tiro alguno lleva el brazo,
con el otro la espada esgrime luego;
llegan sin reparar hasta el ribazo
donde estaba la máquina del fuego;
viéranse allí las balas escupidas
por la bárbara furia detenidas.

Los demás arremeten luego en rueda
y de tiros la tierra y sol cubrían;
pluma no basta, lengua no hay que pueda
figurar el furor con que venían.
De voces, fuego, humo y polvoreda
no se entienden allí ni conocían;
mas poco aprovechó este impedimento
que ciegos se juntaban por el tiento.
Tardaron poco espacio en concertarse
las enemigas haces ya mezcladas,
lo que allí se vio más para notarse
era el presto batir de las espadas;
procuran ambas partes señalarse,
y así vieran cabezas y celadas

137
en cantidad y número partidas,
y piernas de sus troncos divididas.
Unos por defender la artillería
con tal ímpetu y furia acometida,
otros por dar remate a su porfía
traban una batalla bien reñida;
para un solo español cincuenta había,
la ventaja era fuera de medida;
mas cada cual por sí tanto trabaja
que iguala con valor a la ventaja.
No quieren que atrás vuelva el estandarte
de Carlos Quinto Máximo glorioso,
mas que, a pesar del contrapuesto Marte
vaya siempre adelante vitorioso,
el cual, terrible y fiero, a cada parte,
envuelto en ira y polvo sanguinoso,
daba nuevo vigor a las espadas
de tanto combatir aún no cansadas.
Renuévase el furor y la braveza
según es el herir apresurado,
con aquel mismo esfuerzo y entereza
que si entonces lo hubieran comenzado;
las muertes, el rigor y la crueza,
esto no puede ser sinificado,
que la espesa y menuda yerba verde
en sangre convertida el color pierde.

138
Villagrán la batalla en peso tiene,
que no pierde una mínima su puesto;
de todo lo importante se previene,

aquí va y allí acude y vuelve presto.
Hace de capitán lo que conviene
con usada esperiencia y fuera desto,
como osado soldado y buen guerrero
se arroja a los peligros el primero.
Andando envuelto en sangre a Torbo mira
que en los cristianos hace gran matanza;
lleva el caballo y él, llevado de ira,
requiere en la derecha bien la lanza;
en los estribos firme, al pecho tira
mas la codicia y sobra de pujanza
desatentó la presurosa mano,
haciendo antes de tiempo el golpe en vano.
Hiende el caballo desapoderado
por la canalla bárbara enemiga;
revuelve a Torbo el español airado
y en bajo el brazo la jineta abriga;
pásale un fuerte peto tresdoblado
y el jubón de algodón y en la barriga
le abrió una gran herida, por do al punto
vertió de sangre un lago y la alma junto.
Saca entera la lanza, y derribando
el brazo atrás, con ira la arrojaba;
vuela la furiosa asta rechinando

del ímpetu y pujanza que llevaba,
y a Corpillán que estaba descansando
por entre el brazo y cuerpo le pasaba,
y al suelo penetró sin dañar nada
quedando media braza en él fijada.
Y luego Villagrán, la espada fuera,
por medio de la hueste va a gran priesa,
haciendo con rigor ancha carrera
a donde va la turba más espesa.
No menos Pedro de Olmos de Aguilera
en todos los peligros se atraviesa,
habiendo él solo muerto por su mano
a Guancho, Canio, Pillo y Titaguano.
Hernando y Juan, entrambos de Alvarado,
daban de su valor notoria muestra
y el viejo gran jinete Maldonado
voltea el caballo allí con mano diestra,
ejercitando con valor usado
la espada que en herir era maestra,
aunque la débil fuerza envejecida
hace pequeño el golpe y la herida.

Diego Cano a dos manos, sin escudo,
no deja lanza enhiesta ni armadura,
que todo por rigor de filo agudo
hecho pedazos viene a la llanura;
pues Peña, aunque de lengua tartamudo,
se revuelve con tal desenvoltura
Alonso de Ercilla
140
cual Cesio entre las armas de Pompeo
o en Troya el fiero hijo de Peleo.
Por otra parte el español Reinoso,
de ponzoñosa rabia estimulado,
con la espada sangrienta va furioso
hiriendo por el uno y otro lado;
mata de un golpe a Palta y riguroso
la punta enderezó contra el costado
del fuerte Ron, y así acertó la vena
que la espada de sangre sacó llena.
Bernal, Pedro de Aguayo, Castañeda,
Ruiz, Gonzalo Hernández y Pantoja
tienen hecha de muertos una rueda
y la tierra de sangre toda roja;
no hay quien ganar del campo un paso pueda
ni el espeso herir un punto afloja,
haciendo los cristianos tales cosas
que las harán los tiempos milagrosas.
Mas eran los contrarios tanta gente,
y tan poco el remedio y confianza,
que a muchos les faltaba juntamente
la sangre, aliento, fuerza y la esperanza;
llevados, pues, al fin de la corriente,
sin poder resistir la gran pujanza,
pierden un largo trecho la montaña
con todas las seis piezas de campaña.
La Araucana
141
Del antiguo valor y fortaleza
sin aflojar los nuestros siempre usaron;
no se vio en español jamás flaqueza
hasta que el campo y sitio les ganaron;
mas viéndose a tal hora en estrecheza
que pasaba de cinco que empezaron,
comienzan a dudar ya la batalla
perdiendo la esperanza de ganalla.
Dudan por ver al bárbaro tan fuerte
cuando ellos en la fuerza iban menguando;
representóles el temor la muerte,

las heridas y sangre resfriando.
Algunos desaniman de tal suerte
que se van al camino retirando,
no del todo, Señor, desbaratados
mas haciéndoles rostro y ordenados.
Pero el buen Villagrán, haciendo fuerza
se arroja y contrapone al paso airado,
y con sabias razones los esfuerza,
como de capitán escarmentado,
diciendo: «Caballeros, nadie tuerza
de aquello que a su honor es obligado,
no os entreguéis al miedo, que es, yo os digo,
de todo nuestro bien gran enemigo.
Sacudidle de vos y veréis luego
la deshonra y afrenta manifiesta;
mirad que el miedo infame, torpe y ciego

más que el hierro enemigo aquí os molesta.
No os turbéis, reportaos, tened sosiego,
que en este solo punto tenéis puesta
vuestra fama, el honor, vida y hacienda,
y es cosa que después no tiene emienda.
¿A dó volvéis sin orden y sin tiento,
que los pasos tenemos impedidos?
¿Con cuanto deshonor y abatimiento
seremos de los nuestros acogidos?
La vida y honra está en el vencimiento,
la muerte y deshonor en ser vencidos:
mirad esto, y veréis huyendo cierta
vuestra deshonra, y más la vida incierta».
De la plaza no ganan cuanto un dedo
por esto y otras cosas que decía,
según era el terror y estraño miedo
en que el peligro puesto los había.
«¿Dónde quedar mejor que aquí yo puedo?»
diciendo Villagrán, con osadía
temeraria arremete tanta gente,
sólo para morir honradamente.
La vida ofrece de acabar contenta
por no estar al rigor de ser juzgado;
teme más que a la muerte alguna afrenta
y el verse con el dedo señalado;
no quiere andar a todos dando cuenta
si volver las espaldas fue forzado,

que por dolencia o mancha se reputa
tener puesto el honor hombre en disputa.
Cuán bien desto salió, que del caballo
al suelo le trujeron aturdido;
cuál procura prendello, cuál matallo,
pero las buenas armas le han valido.
Otros dicen a voces: «¡Desarmallo!»
Acude allí la gente y el ruido...
Mas quien saber el fin desto quisiere
al otro canto pido que me espere.
Alonso de Ercilla
144

Canto VI

Prosigue la comenzada batalla, con las estrañas, y diversas muertes que los araucanos ejecutaron en los vencidos y la poca piedad que con los niños y mujeres usaron, pasándolos todos a cuchillo

Al valeroso espíritu, ni suerte
ni revolver de hado riguroso
le pueden presentar caso tan fuerte,
que le traigan a estado vergonzoso.
Como ahora a Villagrán, que con su muerte
(no siendo de otro modo poderoso)
piensa atajar el áspero camino
a donde le tiraba su destino.
Sus soldados, el paso apresurando,
en confuso montón se retrujeron,
cuando en el nuevo y gran rumor mirando
a su buen capitán en tierra vieron.
Solos trece, la vida despreciando,
los rostros y las riendas revolvieron,
rasgando a los caballos los ijares
se arrojan a embestir tantos millares.
Con más valor que yo sabré decillo
el pequeño escuadrón ligero cierra,
abriendo en los contrarios un portillo
que casi puso en condición la guerra;
rompen hasta do el mísero caudillo
de golpes aturdido estaba en tierra,
La Araucana
145
sin ayuda y favor desamparado,
de la enemiga turba rodeado.
Todos a un tiempo quieren ser primeros
en esta presa y suerte señalada,
y estaban como lobos carniceros
sobre la mansa oveja desmandada,

cuando discordes con aullidos fieros
forman música en voz desentonada,
y en esto los mastines del ejido
llegan con gran presteza aquel ruido.
Así los enemigos apiñados
en medio al triste Villagrán tenían,
que, por darle la muerte embarazados
los unos a los otros se impedían;
mas los trece españoles esforzados
rompiendo a la sazón sobrevenían
de roja y fresca sangre ya cubiertos
de aquellos que dejaban atrás muertos.
Con gran presteza, del amor movidos,
a donde Villagrán veen se arrojaban,
y los agudos hierros atrevidos
de nuevo en sangre nueva remojaban.
Desamparan el cerco los heridos,
acá y allá medrosos se apartaban,
algunos sustentaban con más suerte
su parte y opinión hasta la muerte.
Alonso de Ercilla
146
Si un espeso montón se deshacía
desocupando el campo escarmentados,
otra junta mayor luego nacía,
y estaban sus lugares ocupados;
del sueño Villagrán aún no volvía,
mas tal maña se dieron sus soldados
y así las prestas armas revolvieron
que en su acuerdo a caballo lo pusieron.
A tardarse más tiempo fuera muerto
y a bien librar salió tan mal parado,
que, aunque estaba de planchas bien cubierto,
tenía el cuerpo molido y magullado;
pero del sueño súbito despierto
viendo trece españoles a su lado,
olvidando el peligro en que aún estaba,
entre los duros hierros se lanzaba.
Por medio del ejército enemigo
sin escarmiento ni temor hendía,
llevando en su defensa al bando amigo
que destrozando bárbaros venía.
Trillan, derriban, hacen tal castigo
que duran las reliquias hoy en día,
y durará en Arauco muchos años
el estrago y memoria de los daños.
Bernal hiere a Mailongo de pasada

de un valiente altabajo a fil derecho;
no le valió de acero la celada
La Araucana
147
que los filos corrieron hasta el pecho;
Aguilera al través tendió la espada
y al dispuesto Guamán dejó maltrecho,
haciendo ya el temor tan ancha senda
que bien pueden correr a toda rienda.
Salen, pues, los catorce vitoriosos
donde los otros de su bando estaban,
que turbados, sin orden, temerosos
de ver su muerte ya remolinaban;
no bastaron ni fueron poderosos
Villagrán y los otros que llegaban
a estorbar el camino comenzado,
que ya el temor gran fuerza había cobrado.
Viendo bravo y gallardo al araucano,
del todo de vencer desconfiados,
y los caballos sin aliento, en vano
de importunas espuelas fatigados,
a grandes voces dicen: «¡A lo llano!
No estemos desta suerte arrinconados...»
Y con nuevo temor y desatino
toman algunos dellos el camino.
Cual de cabras montesas la manada
cuando a lugar estrecho es reducida,
de diestros cazadores rodeada
y de importunos tiros perseguida,
que viéndose ofendida y apretada
una rompe el camino y la huida,
Alonso de Ercilla
148
siguiendo las demás a la primera:
así abrieron los nuestros la carrera.
Uno, dos, diez y veinte, desmandados
corren a la bajada de la cuesta,
sin orden y atención apresurados,
como si al palio fueran sobre apuesta.
Aunque algunos valientes ocupados
con firme rostro y con espada presta,
combatiendo animosos, no miraban
cómo así los amigos los dejaban.
No atienden al huir ni se previenen
de remedio tan flaco y vergonzoso;
antes en su batalla se mantienen
trayendo el fin a término dudoso,

y con heroicos ánimos detienen
de los indios el ímpetu furioso;
y la disposición del duro hado
en daño suyo y contra declarado.
Y así resisten, matan y destruyen,
contrastando al destino, que parece
que el valor araucano disminuyen
y el suyo con difícil prueba crece;
mas viendo a los amigos cómo huyen,
que a más correr la gente desparece,
hubieron de seguir la misma vía
que ya fuera locura y no osadía.

Quiero mudar en lloro amargo el canto,
que será a la sazón más conveniente
pues me suena en la oreja el triste llanto
del pueblo amigo y género inocente.
No siento el ser vencidos tanto cuanto
ver pasar las espadas crudamente
por vírgines, mujeres, servidores,
que penetran los cielos sus clamores.
La infantería española sin pereza
y gente de servicio iban camino,
que el miedo les prestaba ligereza
y más de la que algunos les convino;
pues con la turbación y gran torpeza
muchos perdieron de la cuesta el tino:
ruedan unos, los lomos quebrantados,
otros hechos pedazos despeñados.
Quedan por el camino mil tendidos,
los arroyos de sangre el llano riegan,
rompiendo el aire el planto y alaridos
que en són desentonado al cielo llegan,
y las lástimas tristes y gemidos
(puestas las manos altas) con que ruegan
y piden de la vida gracia en vano
al inclemente bárbaro inhumano.
El cual siempre les iba caza dando
con mano presta y pies en la corrida,
hiriendo sin respeto y derribando

la inútil gente, mísera, impedida,
que a la amiga nación iba invocando
la ayuda en vano a la amistad debida,
poniéndole delante con razones

la deuda, el interés y obligaciones.
Y aunque más las razones obligaban,
si alguno a defenderlos revolvía,
viendo cuánto los otros se alargaban,
alargarse también le convenía;
ni a los que por amigos se trataban
ni a las que por amigas se debía,
con quien había amistad y cuenta estrecha,
llamar, gemir, llorar les aprovecha.
Que ya los nuestros sin parar en nada
por la carrera de su sangre roja
dan siempre nueva furia en su jornada,
y a los caballos priesa y rienda floja,
que ni la voz de virgen delicada,
ni obligación de amigos los congoja;
la pena y la fatiga que llevaban
era que los caballos no volaban.
Sordos a aquel clamor y endurecidos
miden con sueltos pies el verde llano;
pero algunos, de lástima movidos
viendo el fiero espectáculo inhumano,
de una rabiosa cólera encendidos
vuelven contra el ejército araucano

que corre por el campo derramado,
la más parte en la presa embarazado.
Determinados de morir, revuelven
haciendo al sexo tímido reparo,
y de suerte en los bárbaros se envuelven
que a más de diez la vuelta costó caro;
por esto los primeros aun no vuelven
que quieren que el partido sea más claro,
y no poner la vida en aventura
cuanto lejos de allí, tanto segura.
Torna la lid de nuevo a refrescarse
de un lado y otro andaba igual trabada,
pecho con pecho vienen a juntarse,
lanza con lanza, espada con espada;
pueden los españoles sustentarse,
que la gente araucana derramada
el alcance sin orden proseguía
haciendo todo el daño que podía.
Cual banda de cornejas esparcidas
que por el aire claro el vuelo tienden,
que de la compañera condolidas
por los chirridos la prisión entienden,

las batidoras alas recogidas
a darle ayuda en círculo decienden:
el bárbaro escuadrón desta manera
al rumor endereza la carrera.
Alonso de Ercilla
152
La gente que de acá y allá discurre,
viendo el tumulto y aire polvoroso,
deja el alcance, y de tropel concurre
al són de las espadas sonoroso;
cada araucano con presteza ocurre
adonde era el favor más provechoso
y los sangrientos hierros en las manos,
cercan el escuadrón de los cristianos.
La copia de los bárbaros creciendo,
crece el són de las armas y refriega
y los nuestros se van disminuyendo,
que en su ayuda y socorro nadie llega;
pero con grande esfuerzo combatiendo,
ninguno la persona a ciento niega,
ni allí se vio español que se notase
que a su deuda una mínima faltase.
Mas de la suerte como si del cielo
tuvieran el seguro de las vidas,
se meten y se arrojan sin recelo
por las furiosas armas homicidas.
Caen por tierra y echan por el suelo,
dan y reciben ásperas heridas,
que el número dispar y aventajado
suple el valor y el ánimo sobrado.
Y así se contraponen, no temiendo
la muerte y furia bárbara importuna,
el ímpetu y pujanza resistiendo
La Araucana
153
de la gente, del hado y la fortuna;
mas contrastar a tantos no pudiendo
sin socorro, favor ni ayuda alguna,
dilatando el morir les fue forzoso
volver a su camino trabajoso.
Parece el esperar más desatino,
que van los delanteros como el viento;
usar de aquel remedio les convino
y no del temerario atrevimiento;
muchos mueren en medio del camino
por falta de caballos y de aliento
y de sangre también, que el verde prado

quedaba de su rastro colorado.
Flojos ya los caballos y encalmados,
los bárbaros por pies los alcanzaban
y en los rendidos dueños derribados
las fuerzas de los brazos ensayaban;
otros de los peones empachados
-digo, de los cristianos que a pie andaban-,
casi moverse al trote no podían,
que con sólo el temor los detenían.
Los cansados peones se contentan
con las colas o aciones aferradas,
y en vano lastimosos representan
estrechas amistades olvidadas;
de sí los de caballo los ausentan,
si no pueden a ruego, a cuchilladas,
Alonso de Ercilla
154
como a los más odiosos enemigos,
que no era a la sazón tiempo de amigos.
Atruena todo el valle el gran bullicio,
armas, grita y clamor triste se oía
de la gente española y de servicio
que a manos de los indios perecía;
no se vio tan sangriento sacrificio
ni tan estraña y cruda anotomía
como los fieros bárbaros hicieron
en dos mil y quinientos que murieron.
Unos vienen al suelo mal heridos,
de los lomos al vientre atravesados;
por medio de la frente otros hendidos;
otros mueren con honra degollados;
otros, que piden medios y partidos,
de los cascos los ojos arrancados,
los fuerzan a correr por peligrosos
peñascos sin parar precipitosos.
Y a las tristes mujeres delicadas
el debido respeto no guardaban,
antes con más rigor por las espadas,
sin escuchar sus ruegos, las pasaban;
no tienen miramiento a las preñadas,
mas los golpes al vientre encaminaban,
y aconteció salir por las heridas
las tiernas pernezuelas no nacidas.
La Araucana
155
Suben por la gran cuesta al que más puede,
y paga el perezoso y negligente,

que a ninguno más vida se concede
de cuanto puede andar ligeramente;
y aquel torpe es forzoso que se quede
que no es en la carrera diligente;
que la muerte, que airada atrás venía,
en afirmando el pie, le sacudía.
Aunque la cuesta es áspera y derecha,
muchos a la alta cumbre han arribado,
adonde una albarrada hallaron hecha
y el paso con maderos ocupado.
No tiene aquel camino otra deshecha,
que el cerro casi en torno era tajado:
del un lado le bate la marina,
del otro un gran peñol con él confina.
Era de gruesos troncos mal pulidos
el nuevo muro en breve tiempo hecho,
con arte unos en otros engeridos
que cerraban la senda y paso estrecho;
dentro estaban los indios prevenidos,
las armas sobre el muro y antepecho,
que según orgullosos se mostraban,
al cielo, no a la gente amenazaban.
Viendo los españoles ya cerrados
los pasos y cerrada la esperanza,
a pasar o morir determinados,

poniendo en Dios la firme confianza,
de la albarrada un trecho desviados
prueban de los caballos la pujanza,
corriendo un golpe dellos a romperla
y los bárbaros dentro a defenderla.
Así la gente estaba detenida,
que todo su trabajo no importaba
ni al peligro hallaba la salida
hasta que el viejo Villagrán llegaba;
que vista la escusada arremetida
cuán poco en el remedio aprovechaba,
sin temor de morir ni muestra alguna,
dio aquí el último tiento a la fortuna.
Estaba en un caballo derivado
de la española raza poderoso,
ancho de cuadra, espeso, bien trabado,
castaño de color, presto, animoso,
veloz en la carrera y alentado,
de grande fuerza y de ímpetu furioso,
y la furia sujeta y corregida

por un débil bocado y blanda brida,
El rostro le endereza, y al momento
bate el presto español recio la ijada,
que sale con furioso movimiento
y encuentra con los pechos la albarrada;
no hace en el romper más sentimiento
que si fuera en carrera acostumbrada,
La Araucana
157
abriendo tal camino que pasaron
todos los que debajo se escaparon.
Los bárbaros airados defendían
el paso, pero al cabo no pudieron,
que por más que las armas esgremían
los fuertes españoles los rompieron;
unos hacia la mano diestra guían,
otros tan buen camino no supieron,
tomando a la siniestra un mal sendero
que a dar iba en un gran despeñadero.
A la siniestra mano hacia el poniente
estaban dos caminos mal usados;
éstos debían de ser antiguamente
por do al agua bajaban los venados.
Digo en tiempos pasados, que al presente
por mil partes estaban derrumbados,
y el remate tajado con un salto
de más de ciento y veinte brazas de alto.
Por orden de natura no sabida
o por gran sequedad de aquella tierra
o algún diluvio grande y avenida,
fue causa de tajarse aquella sierra;
pues por allí la gente mal regida
ocupada del miedo de la guerra,
huyendo de la muerte ya sin tino
a dar derechamente en ella vino.
Alonso de Ercilla
158
La inadvertida gente iba rodando,
que repararse un paso no podía,
el segundo al primero tropellando,
y el tercero al segundo recio envía;
el número se va multiplicando,
un cuerpo mil pedazos se hacía,
siempre rodando con furor violento
hasta parar en el más bajo asiento.
Como el fiero Tifeo presumiendo
lanzar de sí el gran monte y pesadumbre,

cuando el terrible cuerpo estremeciendo
sacude los peñascos de la cumbre
que vienen con gran ímpetu y estruendo
hechos piezas abajo en muchedumbre,
así la triste gente mal guiada
rodando al llano va despedazada.
Pero aquella que el buen camino tiene
de verle con presteza el fin procura;
ninguno por el otro se detiene
que detenerse ya fuera locura;
rodar también a alguno le conviene,
que más de lo posible se apresura:
a caballo y a pie y aun de cabeza
llegaron a lo bajo en poca pieza.
Sueltos iban caballos por el prado
que muertos lo señores han caído;
otros desocuparlos fue forzado,

que por flojos la silla había perdido;
cuál ligero cabalga y cuál turbado,
del temor de la muerte ya impedido,
atinarlo al estribo no podía
y el caballo y sazón se le huía.
No aguardaban por estos mas corriendo
juegan a mucha priesa los talones,
al delantero sin parar siguiendo,
que no le alcanzarán a dos tirones,
votos, promesas entre sí haciendo
de ayunos, romerías, oraciones
y aun otros reservados sólo al Papa,
si Dios deste peligro los escapa.
Venían ya los caballos por el llano
las orejas tremiendo derramadas;
quiérenlos aguijar, mas es en vano,
aunque recio les abren las ijadas.
El hermano no escucha al caro hermano,
las lástimas allí son escusadas;
quien dos pasos del otro se aventaja,
por ganar otros dos muere y trabaja.
Como el que sueña que en el ancho coso
siente al furioso toro avecinarse,
que piensa atribulado y temeroso
huyendo de aquel ímpetu salvarse,
y se aflige y congoja presuroso
por correr, y no puede menearse,

160
así éstos a gran priesa a los caballos
no pueden aunque quieren aguijallos.
Haciendo el enemigo gran matanza
sigue el alcance y siempre los aqueja;
dichoso aquel que buen caballo alcanza,
que de su furia un poco más se aleja;
quién la darga abandona, quién la lanza,
quién de cansado el propio cuerpo deja,
y así la vencedora gente brava
la fiera sed con sangre mitigaba.
Aquel que por desdicha atrás venía,
ninguno (aunque sea amigo) le socorre;
despacio el más ligero se movía;
quien el caballo trota, mucho corre.
El cansancio y la sed los afligía
mas Dios, que en el mayor peligro acorre,
frenó el ímpetu y curso al enemigo,
según en el siguiente canto digo.

161

Canto VII

Llegan los españoles a la ciudad de la Concepción hechos pedazos, cuentan el destrozo y pérdida de nuestra gente y vista la poca que para resistir tan gran pujanza de enemigos en la ciudad había, y las muchas mujeres, niños y viejos que dentro estaban, se retiran en la ciudad de Santiago. Asimismo en este canto se contiene el saco, incendio y ruina de la ciudad de la concepción

Tener en mucho un pecho se debría
a do el temor jamás halló posada,
temor que honrosa muerte nos desvía
por una vida infame y deshonrada.
En los peligros grandes la osadía
merece ser de todos estimada;
el miedo es natural en el prudente
y el saberlo vencer es ser valiente.
Esto podrán decir los que picaban
los cansados caballos aguijando;
pues tanto de temor se apresuraban
que les daremos crédito aun callando;
con los prestos calcaños lo afirmaban,
con piernas, brazos, cuerpo ijadeando,
también los araucanos sin aliento,
la furia iban perdiendo y movimiento.
Que del grande trabajo fatigados
en el largo y veloz curso aflojaron,
y por el gran tesón desalentados

a seis leguas de alcance los dejaron.
Alonso de Ercilla
162
Los nuestros, del temor mas aguijados,
al entrar de la noche se hallaron
en la estrema ribera de Biobío
adonde pierde el nombre y ser de río,
y a la orilla un gran barco asido vieron
de una gruesa cadena a un viejo pino;
los más heridos dentro se metieron
abriendo por las aguas el camino;
y los demás con ánimo atendieron
hasta que el esperado barco vino
y con la diligencia comenzada
a la ciudad arriban deseada.
Puédese imaginar cuál llegarían
del trabajos y heridas maltratados;
algunos casi rostros no traían,
otros los traen de golpes levantados;
del infierno parece que salían:
no hablan ni responden, elevados
a todos con los ojos rodeaban
y más callando el daño declaraban.
Después que dio el cansancio y torpe espanto
licencia de decir lo que pasaba,
dejando el pueblo atónito ya cuanto,
súbito en triste tono levantaba
un alboroto y doloroso llanto,
que el gran desastre más solenizaba
y al són discorde y áspera armonía
la casa más vecina respondía.
La Araucana
163
Quién llora el muerto padre, quién marido,
quién hijos, quién sobrinos, quién hermanos;
mujeres como locas sin sentido
ansiosas tuercen las hermosas manos;
con el fresco dolor crece el gemido
y los protestos de acidente vanos;
los niños abrazados con las madres
preguntaban llorando por sus padres.
De casa en casa corren publicando
las voces y clamores esforzados;
los muertos que murieron peleando
y aquellos infelices despeñados;
mozas, casadas, viudas lamentando,
puestas las manos y ojos levantados

piden a Dios para dolor tan fuerte
el último remedio de la muerte.
La amarga noche sin dormir pasaban
al són de dolorosos instrumentos;
mas el día venido, se atajaban
con otro mayor mal estos lamentos,
diciendo que a gran furia se acercaban
los araucanos bárbaros sangrientos,
en una mano hierro, en otra fuego,
sobre el pueblo español, de temor ciego.
Ya la parlera Fama pregonando
torpes y rudas lenguas desataba;
las cosas de Lautaro acrecentando,

los enemigos ánimos menguaba;
que ya cada español casi temblando,
dando fuerza a la Fama, levantaba
al más flaco araucano hasta el cielo,
derramando en los ánimos un yelo.
Levántase un rumor de retirarse
y la triste ciudad desamparalla,
diciendo que no pueden sustentarse
contra los enemigos en batalla;
corrillos comenzaban a formarse;
la voz común aprueba el despoblalla,
algunos con razones importantes
reprobaban las causas no bastantes.
Dos varias partes eran admitidas
del temor y el amor de la hacienda;
la poca gente, muertes y heridas
dicen que la ciudad no se defienda;
las haciendas y rentas adquiridas
al liberal temor cogen la rienda,
mas luego se esforzó y creció de modo
que al fin se apoderó de todo en todo.
La gente principal claro pretende
desamparar el pueblo y propio nido;
el temeroso vulgo aun no lo entiende
mas tiende oreja atenta a aquel ruido;
visto el público trato, más no atiende,
que súbito, alterado y removido,

de nuevo esfuerza el llanto y las querellas
poniendo un alarido en las estrellas.
Quién a su casa corre pregonando

la venida del bárbaro guerrero;
quién aguija a la silla, procurando
cincharla en el caballo más ligero;
las encerradas vírgines llorando
por las calles, sin manto ni escudero,
atónitas, de acá y de allá perdidas,
a las madres buscaban desvalidas.
Como las corderillas temerosas
de las queridas madres apartadas,
balando van perdidas, presurosas,
haciendo en poco espacio mil paradas,
ponen atenta oreja a todas cosas,
corren aquí y allí desatinadas,
así las tiernas vírgines llorando,
a voces a las madres van llamando.
De rato en rato se renueva y crece
el llanto, la aflición y el alarido;
tal vez hay que de súbito enmudece,
reduciendo el sentir sólo al oído;
cualquier sombra Lautaro les parece,
su rigurosa voz cualquier ruido,
alzan la grita y corren, no sabiendo
más de ver a los otros ir corriendo.
Alonso de Ercilla
166
Era cosa de oír bien lastimosa
los sospiros, clamores y lamento,
haciéndoles mayores cualquier cosa
que trae de nuevo el miedo por el viento;
desampara la turba temerosa
sus casas, posesión y heredamiento,
sedas, tapices, camas, recamados,
tejos de oro y de plata atesorados.
Si alguno hace protestos requiriendo
que no sea la ciudad desamparada,
responde el principal: «Yo no lo entiendo,
ni de mi voluntad soy parte en nada».
Pero el temor un viejo posponiendo,
les dice: «¡Gente vil, acobardada,
deshonra del honor y ser de España!
¿Qué es esto?, ¿dónde vais?, ¿quién os engaña?»
No fue esta correción de algún provecho
ni otras cosas que el viejo les decía;
muestran todos hacerse a su despecho
y van al que más corre ya la vía.
Es justo que la fama cante un hecho
digno de celebrarse hasta el día

que cese la memoria por la pluma
y todo pierda el ser y se consuma.
Doña Mencía de Nidos, una dama
noble, discreta, valerosa, osada,
es aquella que alcanza tanta fama

167
en tiempo que a los hombres es negada;
estando enferma y flaca en una cama,
siente el grande alboroto y esforzada
asiendo de una espada y un escudo,
salió tras los vecinos como pudo.
Ya por el monte arriba caminaban,
volviendo atrás los rostros afligidos
a las casas y tierras que dejaban,
oyendo de gallinas mil graznidos;
los gatos con voz hórrida maullaban,
perros daban tristísimos aullidos:
Progne con la turbada Filomena
mostraban en sus cantos grave pena.
Pero con más dolor doña Mencía,
que dello daba indicio y muestra clara,
con la espada desnuda los seguía,
y en medio de la cuesta y dellos para;
el rostro a la ciudad vuelto, decía:
«¡Oh valiente nación, a quien tan cara
cuesta la tierra y opinión ganada
por el rigor y filo de la espada!,
decidme ¿qué es de aquella fortaleza,
que contra los que así teméis mostrastes?
¿Qué es de aquel alto punto y la grandeza
de la inmortalidad a que aspirastes?
¿Qué es del esfuerzo, orgullo, la braveza
y el natural valor de que os preciastes?

168
¿Adónde vais, cuitados de vosotros,
que no viene ninguno tras nosotros?
¡Oh cuántas veces fuistes imputados,
de impacientes, altivos, temerarios,
en los casos dudosos arrojados,
sin atender a medios necesarios;
y os vimos en el yugo traer domados
tan gran número y copia de adversarios,
y emprender y acabar empresas tales
que distes a entender ser inmortales!
Volved a vuestro pueblo ojos piadosos,

por vos de sus cimientos levantado;
mirad los campos fértiles viciosos
que os tienen su tributo aparejado;
las ricas minas y los caudalosos
ríos de arenas de oro y el ganado
que ya de cerro en cerro anda perdido,
buscando a su pastor desconocido.
Hasta los animales que carecen
de vuestro racional entendimiento,
usando de razón, se condolecen,
y muestran doloroso sentimiento;
los duros corazones se enternecen
no usados a sentir, y por el viento
las fieras la gran lástima derraman
y en voz casi formada nos infaman.
La Araucana
169
Dejáis quietud, hacienda y vida honrosa
de vuestro esfuerzo y brazos adquirida,
por ir a casa ajena embarazosa
a do tendremos mísera acogida.
¿Qué cosa puede haber más afrentosa,
que ser huéspedes toda nuestra vida?
¡ Volved, que a los honrados vida honrada
les conviene o la muerte acelerada!
¡ Volved, no vais así desa manera,
ni del temor os deis tan por amigos,
que yo me ofrezco aquí, que la primera
me arrojaré en los hierros enemigos!
¡Haré yo esta palabra verdadera
y vosotros seréis dello testigos!
«¡Volved, volved!» gritaba, pero en vano,
que a nadie pareció el consejo sano.
Como el honrado padre recatado
que piensa reducir con persuasiones
al hijo, del propósito dañado,
y está alegando en vano mil razones;
que al hijo incorregible y obstinado
le importunan y cansan los sermones:
así al temor la gente ya entregada
no sufre ser en esto aconsejada.
Ni a Paulo le pasó con tal presteza
por las sienes la Iáculo serpiente,
sin perder de su vuelo ligereza,
Alonso de Ercilla
170
llevándole la vida juntamente,

como la odiosa plática y braveza
de la dama de Nidos por la gente;
pues apenas entró por un oído
cuando ya por el otro había salido.
Sin escuchar la plática, del todo
llevados de su antojo caminaban;
mujeres sin chapines por el lodo
a gran priesa las faldas arrastraban;
fueron doce jornadas deste modo
y a Mapochó al fin dellas arribaban.
Lautaro, que se siente descansado,
me da priesa, que mucho me he tardado.
No es bien que tanto dél nos descuidemos
pues él no se descuida en nuestro daño,
y adonde le dejamos volveremos,
que fue donde dejó el alcance estraño.
En muy poco papel resumiremos
un gran proceso y término tamaño,
que fuera necesario larga historia
para ponerlo estenso por memoria.
Mas con la brevedad ya profesada
me detendré lo menos que pudiere
y las cosas menudas, de pasada
tocaré lo mejor que yo supiere.
Pido que atenta oreja me sea dada,
que el cuento es grave y atención requiere,

para que con curiosa y fácil pluma
los hechos destos bárbaros resuma.
Que luego que el alcance hubo cesado
volviendo al hijo de Pillán gozoso,
que atrás un largo trecho había quedado
más por autoridad que de medroso,
al General despachan un soldado,
alojándose el campo en el gracioso
valle de Talcamávida importante,
de pastos y comidas abundante.
Un bárbaro valiente que tenía
la estancia y heredad en aquel valle,
halló un indio cristiano por la vía;
pero no se preciando de matalle,
prisionero a su casa le traía
y comienza en tal modo a razonalle:
«La vida, ¡oh miserable!, quiero darte
aunque no la mereces por tu parte.
Pues que ya a la guerra tú venías,

gozando del honor de los guerreros,
¿por qué con las mujeres te escondías
viendo a hierro morir tus compañeros?
Mujer debes de ser, pues que temías
tanto de alguna espada los aceros;
y así quiero que tengas el oficio
en todo lo que toca a mi servicio».

Mandó que del oficio se encargase
que a la mujer honesta es permitido,
y la posada y cena concertase
en tanto que del sueño convencido
los fatigados miembros recrease;
y habiéndose a su cama recogido,
al mundo el sol dos vueltas había dado
y no había el araucano despertado,
sepultado en un sueño tan profundo
como si de mil años fuera muerto,
hasta que el claro sol dio luz al mundo
a la vuelta tercera; que despierto
pidió la usada ropa, y lo segundo
si estaba la comida ya en concierto;
el diligente siervo respondía
que después de guisada estaba fría,
diciéndole también como había estado
cincuenta horas de término en el lecho,
del trabajo y manjares olvidado,
con todo lo demás que se había hecho;
y que el comer estaba aparejado
si del sueño se hallaba satisfecho.
El bárbaro responde: «No me espanto
de haber sin despertar dormido tanto;
que el cuidoso Lautaro apercibido,
por hacer desear vuestra llegada,
la gente en escuadrones ha tenido
con tanta diciplina castigada,
que aun el sentarnos era defendido
en acabando Apolo su jornada,

hasta que ya los rayos de su lumbre
nos daban de la vuelta certidumbre.
Si alguno de su puesto se movía,
sin esperar descargo le empalaba,
y aquel que de cansado se dormía
en medio de dos picas le colgaba;

quien cortaba una espiga allí moría,
demás de la ración que se le daba:
con órdenes estrechas y precetos
nos tuvo, como digo, así sujetos.
Desta suerte estuvimos los soldados
más de catorce noches aguardando,
las picas altas, a ellas arrimados,
vuestra tarda venida deseando;
del sueño y del cansancio quebrantados
pasando gran trabajo, hasta cuando
supimos que llegábades ya junto,
que nos quitó el cansancio en aquel punto».
Viendo el silencio que en el valle había
le pregunta si el campo era partido;
el mozo dice: «Ayer antes del día
salió de aquí con súbito ruido;
afirmarte la causa no sabría
aunque por claras muestras he entendido
que la ciudad de Penco torreada
era del español desamparada».
Alonso de Ercilla
174
Así era la verdad: que caminado
habían los escuadrones vencedores
hacia el pueblo español, desamparado
de los inadvertidos moradores.
La codicia del robo y el cuidado
les puso espuelas y ánimos mayores;
siete leguas del valle a Penco había
y arribaron en sólo medio día.
A vista de las casas ya la gente
se reparte por todos los caminos,
porque el saco del pueblo sea igualmente
lleno de ropa, y falto de vecinos;
apenas la señal del partir siente
cuando cual negra banda de estorninos
que se abate al montón del blanco trigo,
baja al pueblo el ejército enemigo.
La ciudad yerma en gran silencio atiende
el presto asalto y fiera arremetida
de la bárbara furia, que deciende
con alto estruendo y con veloz corrida;
el menos codicioso allí pretende
la casa más copiosa y bastecida;
vienen de gran tropel hacia las puertas
todas de par en par francas y abiertas.
Corren toda la casa en el momento

y en un punto escudriñan los rincones;
muchos por no engañarse por el tiento

175
rompen y descerrajan los cajones;
baten tapices, rimas y ornamento,
camas de seda y ricos pabellones,
y cuanto descubrir pueden de vista
que no hay quien los impida ni resista.
No con tanto rigor el pueblo griego
entró por el troyano alojamiento,
sembrando frigia sangre y vivo fuego,
talando hasta en el último cimiento
cuanto de ira, venganza y furor ciego,
el bárbaro, del robo no contento,
arruina, destruye, desperdicia
y aun no puede cumplir con su malicia.
Quién sube la escalera y quién abaja,
quién a la ropa y quién al cofre aguija,
quién abre, quién desquicia y desencaja,
quién no deja fardel ni baratija;
quién contiende, quién riñe, quién baraja,
quién alega y se mete a la partija,
por las torres, desvanes y tejados
aparecen los bárbaros cargados.
No en colmenas de abejas la frecuencia,
priesa y solicitud cuando fabrican
en el panal la miel con providencia,
que a los hombres jamás lo comunican,
ni aquel salir, entrar y diligencia
con que las tiernas flores melifican,

176
se puede comparar, ni ser figura
de lo que aquella gente se apresura.
Alguno de robar no se contenta
la casa que le da cierta ventura,
que la insaciable voluntad sedienta
otra de mayor presa le figura;
haciendo codiciosa y necia cuenta
busca la incierta y deja la segura,
y llegando, el sol puesto, a la posada,
se queda, por buscar mucho, sin nada.
También se roba entre ellos lo robado,
que poca cuenta y amistad había,
si no se pone en salvo a buen recado,
que allí el mayor ladrón más adquiría;

cuál lo saca arrastrando, cuál cargado
va, que del propio hermano no se fía;
más parte a ningún hombre se concede
de aquello que llevar consigo puede.
Como para el invierno se previenen
las guardosas hormigas avisadas,
que a la abundante troje van y vienen
y andan en acarretos ocupadas;
no se impiden, estorban, ni detienen;
dan las vacías el paso a las cargadas:
así los araucanos codiciosos
entran, salen y vuelven presurosos.
La Araucana
177
Quien buena parte tiene, más no espera,
que presto pone fuego al aposento;
no aguarda que los otros salgan fuera
ni tiene al edificio miramiento;
la codiciosa llama de manera
iba en tanto furor y crecimiento,
que todo el pueblo mísero se abrasa,
corriendo el fuego ya de casa en casa.
Por alto y bajo el fuego se derrama,
los cielos amenaza el són horrendo,
de negro humo espeso y viva llama
la infelice ciudad se va cubriendo;
treme la tierra en torno, el fuego brama
de subir a su esfera presumiendo;
caen de rica labor maderamientos
resumidos en polvos cenicientos.
Piérdese la ciudad más fértil de oro
que estaba en lo poblado de la tierra,
y adonde más riquezas y tesoro
según fama en sus términos se encierra.
¡Oh, cuántos vivirán en triste lloro,
que les fuera mejor continua guerra!
Pues es mayor miseria la pobreza
para quien se vio en próspera riqueza.
A quién diez a quién veinte y a quién treinta
mil ducados por año les rentara;
el más pobre tuviera mil de renta,
Alonso de Ercilla
178
de aquí ninguno dellos abajara;
la parte de Valdivia era sin cuenta
si la ciudad en paz se sustentara,
que en torno la cercaban ricas venas

fáciles de labrar y de oro llenas.
Cien mil casados súbditos servían
a los de la ciudad desamparada;
sacar tanto oro en cantidad podían,
que a tenerse viniera casi en nada.
Esto que digo y la opinión perdían
por aflojar el brazo de la espada,
ganados, heredades, ricas casas,
que ya se van tornando en vivas brasas.
La grita de los bárbaros se entona;
no cabe el gozo dentro de sus pechos
viendo que el fuego horrible no perdona
hermosas cuadras ni labrados techos,
en tanta multitud no hay tal persona
que de verlos se duela así deshechos,
antes sospiran, gimen y se ofenden,
porque tanto del fuego se defienden.
Paréceles que es lento y espacioso
pues tanto en abrasarlos se tardaba,
y maldicen al Tracio proceloso,
porque la flaca llama no esforzaba;
al caer de las casas sonoroso
un terrible alarido resonaba,

que junto con el humo y las centellas,
subiendo amenazaba las estrellas.
Crece la fiera llama en tanto grado
que las más altas nubes encendía;
Tracio con movimiento arrebatado
sacudiendo los árboles venía
y Vulcano al rumor, sucio y tiznado,
con los herreros fuelles acudía,
que ayudaron su parte al presto fuego
y así se apoderó de todo luego.
Nunca fue de Nerón el gozo tanto
de ver en la gran Roma poderosa
prendido el fuego ya por cada canto,
vista sola a tal hombre deleitosa;
ni aquello tan gran gusto le dio, cuanto
gusta la gente bárbara dañosa
de ver cómo la llama se estendía,
y la triste ciudad se consumía.
Era cosa de oír dura y terrible
los estallidos y fornace estruendo,
el negro humo espeso e insufrible,
cual nube en aire así se va imprimiendo;

no hay cosa reservada al fuego horrible,
todo en sí lo convierte, resumiendo
los ricos edificios levantados,
en antiguos corrales derribados.

Llegado al fin el último contento
de aquella fiera gente vengativa,
aun no parando en esto el mal intento,
ni planta en pie ni cosa dejan viva;
el incendio acabado como cuento,
un mensajero con gran priesa arriba
del hijo de Leocán, y su embajada
será en el otro canto declarada.

Canto VIII

Júntanse los caciques y señores principales a consejo general en el valle de Arauco. Mata Tucapel al cacique puchecalco, y Caupolicán viene con poderoso ejército sobre la ciudad imperial, fundada en el valle de Cautén

Un limpio honor del ánimo ofendido
jamás puede olvidar aquella afrenta,
trayendo al hombre siempre así encogido,
que dello sin hablar da larga cuenta;
y en el mayor contento, desabrido
se le pone delante, y representa
la dura y grave afrenta, con un miedo
que todos le señalan con el dedo.
Si bien esto los nuestros lo miraran
y al temor con esfuerzo resistieran,
sus haciendas y casas sustentaran
y en la justa demanda fenecieran;
de mil desabrimientos no gustaran
ni al terrero del vulgo se pusieran;
del vulgo, que jamás dice lo bueno,
ni en decir los defetos tiene freno.
Pero de un bando y de otro contemplada
la diferencia en número de gentes,
la ciudad sin reparos descercada,
con otra infinidad de inconvenientes,
y el ver puestas al filo de la espada
las gargantas de tantos inocentes,

niños, mujeres, vírgines sin culpa,
será bastante y lícita disculpa.

Si no es disculpa y causa lo que digo,
se puede atribuir este suceso
a que fue del Señor justo castigo,
visto de su soberbia el gran exceso,
permitiendo que el bárbaro enemigo,
aquel que fue su súbdito y opreso,
los eche de su tierra y posesiones
y les ponga el honor en opiniones.
Bien que en la Concepción copia de gente
estaba a la sazón, pero gran parte
de barba blanca y arrugada frente,
inútil en la dura y bélica arte,
y poca de la edad más suficiente
a resistir el gran rigor de Marte
y a la parcial Fortuna, que se muestra
en todos los sucesos ya siniestra.
¿Quién podrá con el bando lautarino,
viendo que su opinión tanto crecía
y la fortuna próspera el camino
en nuestro daño y su provecho abría?
No piensa reparar hasta el divino
cielo y arruinar su monarquía,
haciendo aquellos bárbaros bizarros
grandes fieros, bravezas y desgarros.
Pues al pueblo de Penco desolado

y de la fiera llama consumido
dije cómo a gran priesa había llegado
un indio mensajero conocido
que por Caupolicán era enviado;
y habiendo de su parte encarecido
la gran batalla, digna de memoria,
las gracias les rindió de la vitoria.
Dijo también, sin alargar razones,
que el General mandaba que partiese
Lautaro con los prestos escuadrones
y en el valle de Arauco se metiese,
donde el Senado y junta de varones
tratasen lo que más les conviniese,
pues en fértil valle hay aparejo
para la junta y general consejo.
En oyendo Lautaro aquel mandato
levanta el campo, sin parar camina,
deja gran tierra atrás, y en poco rato
al monte andalicano se avecina;
y por llegar de súbito rebato

el camino torció por la marina,
ganosos de burlar al bando amigo,
tomando el nombre y voz del enemigo.
Tanto marchó, que al asomar del día
dio sobre las escuadras de repente
con una baraúnda y vocería
que puso en arma y alteró la gente;
mas vuelto el alboroto en alegría,
conocida la burla claramente

los unos y los otros sin firmarse,
sueltas las armas, corren abrazarse.
Caupolicán, alegre, humano y grave
los recibe, abrazando al buen Lautaro
y con regalo y plática suave
le da prendas y honor de hermano caro;
la gente, que de gozo en sí no cabe,
por la ribera de un arroyo claro
en juntas y corrillos derramada,
celebran de beber la fiesta usada.
Algún tiempo pasaron después desto
antes que el gran Senado fuese junto,
tratando en su jornada y presupuesto
desde el principio al fin sin faltar punto;
pero al término justo y plazo puesto
llegó la demás gente y todo a punto,
los principales hombres de la tierra
entraron en consulta a uso de guerra.
Llevaba el General aquel vestido
con que Valdivia ante él fue presentado:
era de verde y púrpura tejido,
con rica plata y oro recamado,
un peto fuerte, en buena guerra habido,
de fina pasta y temple relevado,
la celada de claro y limpio acero,
y un mundo de esmeralda por cimero.
Todos los capitanes señalados
a la española usanza se vestían;
la gente del común y los soldados

se visten del despojo que traían;
calzas, jubones, cueros desgarrados,
en gran estima y precio se tenían;
por inútil y bajo se juzgaba
el que español despojo no llevaba.

A manera de triunfos, ordenaron
el venir a la junta así vestidos
y en el consejo, como digo, entraron
ciento y treinta caciques escogidos;
por su costumbre antigua se sentaron,
según que por la espada eran tenidos;
estando en gran silencio el pueblo ufano,
así soltó la voz Caupolicano:
«Bien entendido tengo yo, varones,
para que nuestra fama se acreciente,
que no es menester fuerza de razones,
mas sólo el apuntarlo brevemente
que, según vuestros fuertes corazones,
entrar la España pienso fácilmente
y al gran Emperador, invicto Carlo,
al dominio araucano sujetarlo.
Los españoles vemos que ya entienden
el peso de las mazas barreadas
pues ni en campo ni en muro nos atienden.
Sabemos cómo cortan sus espadas
y cuán poco las mallas los defienden
del corte de las hachas aceradas;
si sus picas son largas y fornidas,
con las vuestras han sido ya medidas.
Alonso de Ercilla
186
De vuestro intento asegurarme quiero
pues estoy del valor tan satisfecho,
que gruesos muros de templado acero
allanaréis, poniéndoles el pecho;
con esta confianza, el delantero
seguiré vuestro bando y el derecho
que tenéis de ganar la fuerte España
y conquistar del mundo la campaña.
La deidad desta gente entenderemos
y si del alto cielo cristalino
deciende, como dicen, abriremos
a puro hierro anchísimo camino;
su género y linaje asolaremos,
que no bastará ejército divino
ni divino poder, esfuerzo y arte
si todos nos hacemos a una parte.
En fin, fuertes guerreros, como digo,
no puede mi intención más declararse;
aquel que me quisiere por amigo
a tiempo está que puede señalarse.
Ténganme desde aquí por enemigo

el que quisiere a paces arrimarse».
Aquí dio fin, y su intención propuesta,
esperaba sereno la respuesta.
Ceja no se movió y aun el aliento
apenas al espíritu halló vía
mientras duró el soberbio parlamento
que el gran Caupolicano les hacía.
Hubo en el responder el cumplimiento
y cerimonia usada en cortesía;

a Lautaro tocaba, y escusado,
Lincoya así responde levantado:
«Señor: Yo no me he visto tan gozoso
después que en este triste mundo vivo,
como en ver manifiesto el valeroso
ánimo dese invicto pecho altivo
y así, por pensamiento tan glorioso,
me ofrezco por tu siervo y tu captivo,
que no quiero ser rey del cielo y tierra
si hubiese de acabarse aquí la guerra.
Y en testimonio desto yo te juro
de te seguir y acompañar de hecho,
ni por áspero caso, adverso y duro
a la patria volver jamás el pecho;
desto puedes, señor, estar seguro
y todo faltará y será deshecho
antes que la palabra acreditada
de un hombre como yo por prenda dada».
Así dijo; y tras él, aunque rogado,
el buen Peteguelén, curaca anciano,
de condición muy áspera enojado
pero afable en la paz, dócil y humano;
viejo, enjuto, dispuesto, bien trazado,
señor de aquel hermoso y fértil llano,
con espaciosa voz y grave gesto
propuso en sus razones sabias esto:

«Fuerte varón y capitán perfeto,
no dejaré de ser el delantero
a probar la fineza deste peto
y si mi hacha rompe el fino acero;
mas, como quien lo entiende, te prometo
que falta por hacer mucho primero
que salgan españoles desta tierra,
cuanto más ir a España a mover guerra.

Bien será que, señor, nos contentemos
con lo que nos dejaron los pasados
y a nuestros enemigos desterremos
que están en lo más dello apoderados;
después por el suceso entenderemos
mejor el disponer de nuestros hados.
Esto a mí me parece y quién quisiere
proponga otra razón, si mejor fuere».
Callando este cacique, se adelanta
Tucapelo, de cólera encendido,
y sin respeto así la voz levanta
con un tono soberbio y atrevido
diciendo: «A mí la España no me espanta
y no quiero por hombre ser tenido
si solo no arruino a los cristianos
ahora sean divinos, ahora humanos.
Pues lanzarlos de Chile y destruirlos
no será para mí bastante guerra
que pienso, si me esperan, confundirlos

en el profundo centro de la tierra;
y si huyen, mi maza ha de seguirlos,
que es la que deste mundo los destierra;
por eso no nos ponga nadie miedo
que aun no haré en hacerlo lo que puedo.
Y por mi diestro brazo os aseguro,
si la maza dos años me sustenta,
a despecho del cielo, a hierro puro,
de dar desto descargo y buena cuenta
y no dejar de España enhiesto muro
y aun el ánimo a más se me acrecienta,
que después que allanare el ancho suelo,
a guerra incitaré al supremo cielo.
Que no son hados, es pura flaqueza
la que nos pone estorbos y embarazos;
pensar que haya fortuna es gran simpleza:
la fortuna es la fuerza de los brazos.
La máquina del ciclo y fortaleza
vendrá primero abajo hecha pedazos
que Tucapel en esta y otra empresa
falte un mínimo punto en su promesa».
Peteguelén, la vieja sangre fría
se le encendió de rabia, y levantado
le dice: «¡Oh arrogante!, ¡la osadía
sin discreción jamás fue de esforzado...»
Pero Caupolicán, que conocía

del viejo a tiempo el ánimo arrojado,
Alonso de Ercilla
190
con discreción le ataja las razones
haciendo proponer a otros varones.
Purén se ofrece allí y Angol se ofrece
no con menor braveza y desatiento;
Ongolomo no quedó, según parece,
de mostrar su soberbio pensamiento;
del uno en otro multiplica y crece
el número en el mismo ofrecimiento.
Colocolo, que atento estaba a todo,
sacó la voz, diciendo de este modo:
«La verde edad os lleva a ser furiosos,
¡oh hijos!, y nosotros los ancianos
no somos en el mundo provechosos
más de para decir consejos sanos,
que no nos ciegan humos vaporosos
del juvenil hervor y años lozanos;
y así como más libres, entendemos
lo que siendo mancebos no podemos.
Vosotros, capitanes esforzados,
de sola una vitoria envanecidos,
estáis de tal manera levantados
que os parecen ya pocos los nacidos.
Templad, templad los pechos alterados
y esos vanos esfuerzos mal regidos;
no hagáis de españoles tal desprecio
que no venden sus vidas a mal precio.
La Araucana
191
Si dos veces por dicha los vencistes,
mirad cuando primero aquí vinieron
que resistir sus fuerzas no pudistes
pues más de cinco veces os vencieron.
En el licúreo campo ya lo vistes
lo que solos catorce allí hicieron;
no será poco hecho y buen partido
cobrar la tierra y crédito perdido.
Debemos procurar con seso y arte
redemir nuestra patria y libertarnos
dando vuestras bravezas menos parte,
pues más pueden dañar que aprovecharnos.
¡Oh hijo de Leocán!, quiero avisarte,
si quieres como sabio gobernarnos,
que temples esta furia y con maduro
seso pongas remedio en lo futuro.

El consejo más sano y conveniente
es que, el campo en tres bandas repartido,
a un tiempo, aunque por parte diferente,
dé sobre el Cautén, pueblo aborrecido;
bien que esté en su defensa buena gente,
es poca; y este asiento destruido,
Valdivia de allanar fácil sería
pues no alcanza arcabuz ni artillería.
Sólo a mí Santiago me da pena
pero modo a su tiempo buscaremos
para poderla entrar y La Serena

fácilmente después la allanaremos.
Aunque sujeto a lo que el hado ordena,
es el mejor camino que tenemos».
Acabando con esto el sabio viejo,
a muchos pareció bien su consejo.
Tras éste, otro curaca hechicero
de la vejez decrépita impedido
(Puchecalco se llama el agorero
por sabio en los pronósticos tenido),
con profundo sospiro, íntimo y fiero
comienza así a decir entristecido:
«Al negro Eponamón doy por testigo
de lo que siempre he dicho y ahora digo:
por un término breve se os concede
la libertad y habéis lo más gozado;
mudarse esta sentencia ya no puede
que está por las estrellas ordenado
y que Fortuna en vuestro daño ruede;
mirad que os llama ya el preciso hado
a dura sujeción y trances fuertes:
repárense a lo menos tantas muertes.
El aire de señales anda lleno,
y las noturnas aves van turbando
con sordo vuelo el claro día sereno,
mil prodigios funestos anunciando;
las plantas con sobrado humor terreno
se van, sin producir fruto, secando;

las estrellas, la luna, el sol lo afirman,
cien mil agüeros tristes lo confirman.
Mírolo todo y todo contemplando,
no sé en qué pueda yo esperar consuelo,
que de su espada el Orión armado

con gran ruina ya amenaza el suelo;
Júpiter se ha al ocaso retirado;
sólo Marte sangriento posee el cielo
que, denotando la futura guerra,
enciende un fuego bélico en la tierra.
Ya la furiosa Muerte irreparable
viene a nosotros con airada diestra
y la amiga Fortuna favorable
con diferente rostro se nos muestra;
y Eponamón horrendo y espantable,
envuelto en la caliente sangre nuestra,
la corva garra tiende, el cerro yerto,
llevándonos al no sabido puerto».
Tucapel, que de rabia reventando
estaba oyendo al viejo, más no atiende,
que dice: «Yo veré si adivinando,
de mi maza este necio se defiende».
Diciendo esto y la maza levantando,
la derriba sobre él y así lo tiende,
que jamás midió curso de planeta,
ni fue más adivino ni profeta.
Alonso de Ercilla
194
Quedóle desto el brazo tan sabroso
según la muestra, que movido estuvo
de dar tras el senado religioso,
y no sé la razón que lo detuvo.
Caupolicán, atónito y rabioso,
transportada la mente un rato estuvo,
mas vuelto en sí, con voz horrible y fiera
gritaba: «¡Capitanes!: ¡muera!, ¡muera!»
No le dio tanto gusto a aquella gente
lo que Caupolicano le decía,
cuanto al soberbio bárbaro impaciente
viendo que ocasión tal se le ofrecía;
era alto el tribunal, pero el valiente
los hace saltar dél tan a porfía,
que ciento y treinta que eran, en un punto
saltan los ciento, y él tras ellos junto.
Los que en el alto tribunal quedaron
son los en esta historia señalados,
que jamás de su asiento se mudaron
de donde lo miraban sosegados;
que de ver uno solo no curaron
mostrarse por tan poco alborotados,
aunque los que saltaron de tan alto
en menos estimaron aquel salto.

Cubierto Tucapel de fina malla
saltó como un ligero y suelto pardo
en medio de la tímida canalla;
haciendo plaza el bárbaro gallardo,
con silbos, grita, en desigual batalla,
La Araucana
195
con piedra, palo, flecha, lanza y dardo
le persigue la gente de manera
como si fuera toro o brava fiera.
Según suele jugar por gran destreza
el liviano montante un buen maestro,
hiriendo con estraña ligereza
delante, atrás, a diestro y a siniestro,
con más desenvoltura y más presteza
mostrándose en los golpes fuerte y diestro,
el fiero Tucapel en la pelea
con la pesada maza se rodea.
De tullir y mancar no se contenta,
ni para contentarse esto le basta;
sólo de aquellos tristes hace cuenta
que su maza los hace torta o pasta.
Rompe, magulla, muele y atormenta,
desgobierna, destroza, estropia y gasta;
tiros llueven sobre él arrojadizos
cual tempestad furiosa de granizos.
Pero sin miedo el bárbaro sangriento
por las espesas armas discurría;
brazos, cabezas, y ánimos sin cuento
soberbios quebrantó en solo aquel día
y cual menuda lluvia por el viento
la sangre y frescos sesos esparcía
no discierne al pariente del estraño,
haciéndolos iguales en el daño.
Alonso de Ercilla
196
Las armas eran sólo en defenderle
de la canalla bárbara araucana
que en montón trabajaba de ofenderle,
mas el temor la ofensa hacía liviana.
Era cierto, admirable cosa verle
saltar y acometer con furia insana
desmembrando la gente, sin poderse
de su maza y presteza defenderse.
Caupolicán del caso no pensado
en tal furor y cólera se enciende,
que estaba de bajar determinado

aunque su gravedad se lo defiende;
pero Lautaro, alegre y admirado,
miraba cómo solo así contiende
un hombre contra tanto barbarismo,
incrédulo y dudoso de sí mismo.
Y en esto al General, con el debido
respeto y ojos bajos en el suelo,
le dice: «Una merced, señor, te pido,
si algo merecen mi intención y celo,
y es que el gran desacato cometido
perdones francamente a Tucapelo;
pues ha mostrado en campo claramente
valer él más que toda aquella gente».
Perplejo el General estaba en duda
pero mirando al fin quién lo pedía,
luego el ejecutivo intento muda,

y con el rostro alegre respondía:
«El ha tenido en vos bastante ayuda
por la cual le perdono», y más decía
que fuese a las escuadras y mandase
que el combatirle más luego cesase.
Baja Lautaro al campo y prestamente
el rico cuerno a retirar tocaba,
al són del cual se recogió la gente,
que recogerse a nadie le pesaba;
sólo lo siente el bárbaro valiente,
que satisfecho a su labor no estaba
y volviendo a Lautaro el fiero gesto,
en alta y libre voz le dijo aquesto:
«¿Cómo, buen capitán, has estorbado,
el tomar desta vil canalla emienda
y verme destos rústicos vengado
para que mi valor mejor se entienda?»
Lautaro le responde: «Es escusado
quien viniere contigo a la contienda
que se pueda valer contra tu diestra,
según que dello has dado aquí la muestra.
»Comigo puedes ir, que te aseguro
que ningún daño y mal te sobrevenga».
Tucapel le responde: «Yo te juro
que un paso ese temor no me detenga.
Mi maza es la que a mí me da el seguro;
lo demás como quiera vaya y venga,

que el miedo es de los niños y mujeres.
¡Sús, alto! vamos luego a do quisieres».
Juntos los dos al tribunal llegando,
Tucapel, de Lautaro adelantado,
subió por la escalera no mostrando
punto de alteración por lo pasado;
el sagaz General, disimulando,
con graciosa aparencia le ha tratado
y de la rota plática el estilo
Lautaro, así diciendo, añudó el hilo:
«Invicto capitán, yo he estado atento
a lo que estos varones han propuesto,
y no sé figurarte el gran contento
que me da ver su esfuerzo manifiesto.
Si de servirte tengo sano intento,
mis obras por las tuyas dirán esto
pues para ser del todo agradecidas,
será poco perder por ti mil vidas.
Estos fuertes guerreros ayudarte
quieren a restaurar la propia tierra,
porque en ello les va también su parte
y por el vicio grande de la guerra;
no puedo yo dejar de aconsejarte
aunque todo el consejo en ti se encierra,
aquello que mejor me pareciere
y más bien al bien público viniere.

Es mi voto que debes atenerte
al consejo, con término discreto,
del sabio Colocolo, que por suerte
le cupo ser en todo tan perfeto;
así que, gran señor, sin detenerte
cumple que esto se ponga por efeto
antes que los cristianos se aperciban
porque más flacamente nos reciban.
Y pues que Mapochó sólo es temido
después que lo demás esté allanado,
por el potente Eponamón te pido
que el cargo de asolarle me sea dado;
la tierra palmo a palmo la he medido,
con españoles siempre he militado,
entiendo sus astucias e invenciones,
el modo, el arte, el tiempo y ocasiones.
Quinientos araucanos solamente
quiero para la empresa que yo digo
escogidos en toda nuestra gente:

un soldado de más no ha de ir conmigo.
Aquí lo digo, estando tú presente
y estos sabios caciques: que me obligo
de darte la ciudad puesta en las manos
con cien cabezas nobles de cristianos».
Aquí se cerró el bárbaro orgulloso,
y gran rato sobre ello platicaron;
pareciéndoles modo provechoso,

200
todos en este acuerdo concordaron;
después do estaba el pueblo deseoso
de saber novedades, se bajaron,
donde lo difinido y decretado
con general pregón fue declarado.
Estuvieron allí catorce días
en grande regocijo y mucha fiesta,
ocupados en juegos y alegrías,
y en quién más veces bebe sobre apuesta.
Después contra los pueblos del Mesías,
la alborozada gente en orden puesta,
marcha Caupolicán con la vanguardia,
quedando Lemolemo en retaguardia.
Cerca llegó el ejército furioso
de la Imperial, fundada en sitio fuerte,
donde el fiero enemigo vitorioso
la pensaba entregar presto a la muerte;
mas el Eterno Padre poderoso
lo dispone y ordena de otra suerte,
dilatando el azote merecido,
como veréis, prestando atento oído.

201

Canto IX

Llegan los araucanos a tres leguas de la imperial con grueso ejército. No ha efeto su intención por permisión divina. Dan vuelta a sus tierras adonde les vino nueva que los españoles estaban en el asiento de penco reedificando la ciudad de la concepción. Vienen sobre los españoles, y hubo entre ellos una recia batalla.

Si los hombres no veen milagros tantos
como se vieron en la edad pasada
es causa haber agora pocos santos
y estar la ley cristiana autorizada;
y así de cualquier cosa hacen espantos
que sobre el natural uso es obrada
y no sólo al Autor no dan creencia

mas ponen en su crédito dolencia.
Que si al enfermo quiere Dios sanarle
por su costumbre y tiempo convalece;
si al bajo miserable levantarle
por modos ordinarios le engrandece;
si al soberbio hinchado derribarle
por naturales términos se ofrece:
de suerte que las cosas desta vida
van por su natural curso y medida.
Por do vemos que Dios quiere y procura
hacer su voluntad naturalmente,
sirviendo de instrumento la natura
sobre la cual Él sólo es el potente;
Alonso de Ercilla
202
y así los que creyeron por fe pura
merecen más que si palpablemente
viesen lo que después de ya visible,
sacarlos de que fue sería imposible.
En contar una cosa estoy dudoso
que soy de poner dudas enemigo,
y es un estraño caso milagroso
que fue todo un ejército testigo;
aunque yo soy en esto escrupuloso
por lo que dello arriba, Señor, digo,
no dejaré en efeto de contarlo
pues los indios no dejan de afirmarlo.
Y manifiesto vemos hoy en día
que, porque la ley sacra se estendiese
nuestro Dios los milagros permitía
y que el natural orden se excediese;
presumirse podrá por esta vía
que para que a la fe se redujese
la bárbara costumbre y ciega gente
usase de milagros claramente.
Yo dije que el ejército araucano
de la Imperial tres leguas se alojaba
en un dispuesto asiento y campo llano
y que Caupolicán determinaba
entrar el pueblo con armada mano;
también cómo el castigo dilataba
La Araucana
203
Dios a su pueblo ingrato y sin emienda
usando de clemencia y larga rienda.
Estaba la Imperial desbastecida,
de armas, de munición y vitualla;

bien que la gente della era escogida
pero muy poca para dar batalla;
fuera por los cimientos destruida,
cualquier fuerza bastara arruinalla,
y persona de dentro no escapara,
si a vista el pueblo bárbaro llegara.
Cuando el campo de allí quería mudarse,
que ya la trompa a caminar tocaba,
súbito comenzó el aire a turbarse,
y de prodigios tristes se espesaba
nubes con nubes vienen a cerrarse,
turbulento rumor se levantaba,
que con airados ímpetus violentos
mostraban su furor los cuatro vientos.
Agua recia, granizo, piedra espesa
las intricadas nubes despedían;
rayos, truenos, relámpagos apriesa
rompen los cielos y la tierra abrían;
hacen los vientos ásperos represa
que en su entera violencia competían;
cuanto topa arrebata el torbellino,
alzándolo en furioso remolino.
Alonso de Ercilla
204
Un miedo igual a todos atormenta;
no hay corazón, no hay ánimo así entero
que en tanta confusión, furia y tormenta
no temblase, aunque más fuese de acero;
en esto Eponamón se les presenta
en forma de un dragón horrible y fiero
con enroscada cola envuelta en fuego
y en ronca y torpe voz les habló luego
diciéndoles que apriesa caminasen
sobre el pueblo español amedrentado,
que por cualquiera banda que llegasen
con gran facilidad sería tomado,
y que al cuchillo y fuego la entregasen
sin dejar hombre a vida y muro alzado.
Esto dicho, que todos lo entendieron,
en humo se deshizo y no lo vieron.
Al punto los confusos elementos
fueron sus movimientos aplacando,
y los desenfrenados cuatro vientos
se van a sus cavernas retirando;
las nubes se retraen a sus asientos
el cielo y claro sol desocupando;
sólo el miedo en el pecho más osado

no dejó su lugar desocupado.
La tempestad cesó y el raso cielo
vistió el húmido campo de alegría,
cuando con claro y presuroso vuelo

en una nube una mujer venía
cubierta de un hermoso y limpio velo
con tanto resplandor, que al mediodía
la claridad del sol delante della
es la que cerca dél tiene una estrella.
Desterrando el temor la faz sagrada
a todos confortó con su venida;
venía de un viejo cano acompañada,
al parecer de grave y santa vida.
Con una blanda voz y delicada
les dice: «¿A dónde andáis, gente perdida?
Volved, volved el paso a vuestra tierra,
no vais a la Imperial a mover guerra.
Que Dios quiere ayudar a sus cristianos
y darles sobre vos mando y potencia
pues ingratos, rebeldes, inhumanos
así le habéis negado la obediencia.
Mirad, no vais allá, porque en sus manos
pondrá Dios el cuchillo y la sentencia».
Diciendo esto y dejando el bajo suelo,
por el aire espacioso subió al cielo.
Los araucanos la visión gloriosa
de aquel velo blanquísimo cubierta
siguen con vista fija y codiciosa,
casi sin alentar, la boca abierta.
Ya que despareció, fue estraña cosa,
que, como quien atónito despierta,

los unos a los otros se miraban
y ninguna palabra se hablaban.
Todos de un corazón y pensamiento
sin esperar mandato ni otro ruego,
como si solo aquel fuera su intento
el camino de Arauco toman luego.
Van sin orden, ligeros como el viento,
paréceles que de un sensible fuego
por detrás las espaldas se encendían
y así con mayor ímpetu corrían.
Heme, Señor, de muchos informado
porque con más autoridad se cuente:

a veintitrés de abril, que hoy es mediado,
hará cuatro años cierta y justamente
que el caso milagroso aquí contado
aconteció, un ejército presente,
el año de quinientos y cincuenta
y cuatro sobre mil por cierta cuenta.
Va la verdad, en suma, declarada
según que de los bárbaros se sabe,
y no de fingimientos adornada,
que es cosa que en materia tal no cabe;
tiene ellos por cosa averiguada
(que no es en prueba desto poco grave)
que por esta visión hubo en dos años
hambres, dolencias, muertes y otros daños.
La Araucana
207
Que la mar reprimiendo sus vapores,
faltó la agua y vertientes de la sierra,
talando el sol en tierna edad las flores,
ayudado del fuego de la guerra.
Como creció la seca y las calores
por falta de humidad la árida tierra
rompió banco y alzóse con los frutos,
dejando de acudir con sus tributos.
Causó que una maldad se introdujese
en el distrito y término araucano,
y fue que carne humana se comiese,
inorme introducción, caso inhumano,
y en parricidio error se convirtiese
el hermano en sustancia del hermano;
tal madre hubo que al hijo muy querido
al vientre le volvió do había salido.
Digo, pues, que los bárbaros llegando
al valle de Purén, paterno suelo,
las armas por entonces arrimando,
dieron lugar al tempestuoso cielo.
En este tiempo, en estas partes, cuando
el encogido invierno con su hielo
del todo apoderándose en la tierra,
pone punto al discurso de la guerra,
espárcese y derrámase la gente,
dejan el campo y buscan los poblados,
cesa el fiero ejercicio comúnmente,
Alonso de Ercilla
208
la tierra cubren húmidos ñublados;
mas cuando enciende a Scorpio el sol ardiente

y la frígida nieve los collados
sacuden de sus cimas levantadas
ya de la nueva yerba coronadas;
en este tiempo el bullicioso Marte
saca su carro con horrible estruendo
y ardiendo en ira belicosa, parte
por el dispuesto Arauco discurriendo.
Hace temblar la tierra a cada parte
los ferrados caballos impeliendo
y en la diestra el sangriento hierro agudo,
bate con la siniestra el fuerte escudo.
Luego a furor movidos los guerreros
toman las armas, dejan el reposo;
acuden los remotos forasteros
al cebo de la guerra codicioso.
De los hierros renuevan los aceros,
tiemplan la cuerda al arco vigoroso,
el peso de las mazas acrecientan
y el duro fresno de las astas tientan.
La gente andaba ya desta manera
con el són de las armas y bullicio,
que codiciosa comenzar espera
el deseado bélico ejercicio;
juntáronse a la usada borrachera
(orden antigua y detestable vicio)

la más ilustre gente y señalada
a dar difinición en la jornada.
Tratando en general concilio estaban
del bien y aumentación de aquel Estado,
cuando cuatro soldados arribaban
con triste muestra y paso apresurado,
haciéndoles saber como ya andaban
en el sitio de Penco arruinado
cantidad de españoles trabajando,
un grueso y fuerte muro levantando,
diciéndoles: «Venimos, ¡oh guerreros!,
de parte de los pueblos comarcanos
con facultad bastante a prometeros,
si desterráis de nuevo a los cristianos,
que pagarán con suma de dineros
el trabajo y labor de vuestras manos;
y no habiendo el efeto deseado,
la tercia parte hayáis de lo asentado.
Viendo el poco reparo y resistencia
que sin vuestro favor todos tenemos,

les dimos llanamente la obediencia
que en el tiempo infelice dar solemos;
no fue por opresión, no fue violencia
pues, aunque desdichados, entendemos
cuán breve es el sospiro de la muerte
que pone fin y límite a la suerte;

mas, porque estando Arauco tan vecino
y fija en su favor la instable rueda,
la paz nos pareció mejor camino
para que remediar todo se pueda;
ya que lo estrague el áspero destino,
tiempo para morir después nos queda,
pues no estarán los brazos tan cansados
que no puedan abrir nuestros costados.
Y pues os es patente y manifiesta
la embajada y gran priesa que traemos
en ella hora tratada, que la respuesta
con la resolución esperaremos.
Brevedad os pedimos, que con ésta
podrá ser que sin riesgo derribemos
la soberbia española y confianza,
antes que les dé esfuerzo la tardanza».
No se puede decir el gran contento
que les dio a los caciques la embajada;
de todos desde allí en el pensamiento
antes que se acabase fue acetada;
pero tuvieron freno y sufrimiento
que la primera voz estaba dada
al hijo de Leocán, que consultado
así responde en nombre del senado:
«Estamos con razón maravillados
de lo que en este caso hemos oído;
¿y es verdad que hay cristianos tan osados

que quieren con nosotros más ruido?
Sús, Sús, que estos varones esforzados
acetan la promesa y el partido;
no dando entero fin a la jornada,
del trabajo no quieren llevar nada.
Bien os podéis volver luego con esto
que sin duda en efeto lo pondremos,
y sobre los cristianos, lo más presto
que se pueda dar orden, llegaremos;
donde se mostrará bien manifiesto

lo poco en que nosotros los tenemos
pero habéis de advertir con sabio modo
que aviso se nos dé siempre de todo».
Muy alegres los cuatro se partieron
por llevar tal respuesta, y caminando
en breve a sus señores se volvieron,
que estaban por momentos aguardando;
y visto el buen despacho que trujeron,
el contento y traición disimulando,
sufrían con discreción las vejaciones,
encubriendo las falsas intenciones.
Domésticos se muestran en el trato,
nadie toma la causa y la defiende,
conociendo que el medio más barato
del araucano ejército depende;
y con doble y solícito contrato
la esperada venganza se pretende

debajo de humildad y gran secreto
para que su intención viniese a efeto.
De nuestra gente y pueblo destrozado
gran descuido en hablar he yo tenido;
mas, como es en el mundo acostumbrado
desamparar la parte del vencido,
así yo tras el bando afortunado
he llevado camino tan seguido,
y si aquí la ocasión no me avisara,
jamás pienso que della me acordara.
Conté de la ciudad la despoblada
y de sus ciudadanos el camino;
púselos en el fin de la jornada,
do forzoso dejarlos me convino;
pues volviendo a la historia comenzada
y al duro proceder de su destino,
estuvieron el tiempo en Santiago
que yo dellos mención aquí no hago.
Retirados allí se reformaron
de todo el aparato conveniente
donde por los más votos acordaron
reedificar a Penco nuevamente.
Con gran trabajo y gasto levantaron
pequeña copia y número de gente.
Afirmar la ocasión desto no puedo,
si fue la poca paga o mucho miedo.

Al yermo Penco herboso habían llegado,
y un sitio que en mitad del pueblo había
le tenían de tapión fortificado
que en recogido cuadro le ceñía,
de dos fuertes bastiones abrigado,
que cada uno dos frentes descubría,
y a cada frente asiste una bombarda
que con maciza bala el paso guarda.
La gente comarcana con fingida
muestra la paz malvada aseguraba,
esperando la ayuda prometida
que a cencerros tapados caminaba;
pero no fue secreta esta partida
pues entre los cristianos se trataba
que el valiente Lautaro había pasado
las lomas con ejército formado.
Suénase que Purén allí venía,
Tomé, Pillolco, Angol y Cayeguano,
Tucapel, que con orgullo y bizarría
no le igualaba bárbaro araucano;
Ongolmo, Lemolemo y Lebopía,
Caniomangue, Elicura, Mareguano
Cayocupil, Lincoya, Lepomande,
Chilcano, Leucotón y Mareande.
Todos estos varones señalados
fueron para esta guerra apercebidos,
con otros dos mil pláticos soldados

en el copioso ejército escogidos.
Venían de fuertes petos arreados,
gruesas picas de hierros muy fornidos,
ferradas mazas, hachas aceradas,
armas arrojadizas y enastadas.
Desta manera el escuadrón camina
en la callada noche y sombra escura
debajo del gobierno y diciplina
del cuidoso Lautaro, que procura
llegar cuando la estrella matutina
alegra el mustio campo y la verdura,
antes que por aviso y doble trato
de su venida hubiese algún recato.
Pero los españoles, de un amigo
bárbaro que con ellos contrataba,
saben cómo el ejército enemigo
con riguroso intento se acercaba,
pues avisados desto, como digo,

y de cuanto en secreto se trataba,
al trance se aparejan y batalla,
requiriendo los fosos y muralla.
Era caudillo y capitán de España
el noble montañés Juan de Alvarado
hombre sagaz, solícito y de maña,
de gran esfuerzo y discreción dotado;
el cual con orden y presteza estraña
del presente peligro recatado,

sazón no pierde, tiempo y coyuntura,
antes las prevenciones apresura.
Que al punto apercebidos los soldados,
en su lugar cada uno dellos puesto,
manda a nueve guerreros más cursados
que salgan a correr la tierra presto
y en la cerrada noche confiados
llegan al campo bárbaro y en esto
del callado escuadrón fueron sentidos,
levantando terribles alaridos.
La grita, el sobresalto, los rumores,
el súbito alboroto de la guerra,
las sonorosas trompas y atambores
hacen gemir y estremecer la tierra;
en esto los astutos corredores,
atravesando una pequeña sierra,
toman la vuelta por más corta vía,
dando aviso a la amiga compañía.
Juan de Alvarado con ingenio y arte
de la fuerza lo flaco fortifica,
y en lo más necesario allí reparte
gente del arcabuz y de la pica;
proveído recaudo en toda parte,
a recebir al araucano pica
con la ligera escuadra de caballo,
por no mostrar temor en esperallo.

La nueva claridad del día siguiente
sobre el claro horizonte se mostraba,
y el sol por el dorado y fresco oriente
de rojo ya las nubes coloraba;
a tal hora Alvarado con su gente
del prevenido fuerte se alejaba
en busca de la escuadra lautarina
que a más andar también se le avecina.

Los nuestros media legua aún no se habían
de aquel su muro lejos alongado,
cuando al calar de un monte descubría
el araucano ejército ordenado.
Allí las limpias armas relucían
más que el claro cristal del sol tocado,
cubiertas de altas plumas las celadas
verdes, azules, blancas, encarnadas.
¿Quién pintaros podrá el contento cuando
sienten los araucanos el ruido,
que las diestras en alto levantando
pusieron en el cielo un alarido?
Mil instrumentos bárbaros tocando
con grande orgullo y paso más tendido
se vienen acercando a los de España,
sonando en torno toda la campaña.
Quieren los españoles responderlos
con el horrible són de armada mano;
calan el monte a fin de acometerlos

teniendo por mejor el sitio llano.
Bajas las lanzas vienen a romperlos,
pero la osada muestra salió en vano,
que los bárbaros, ya diciplinados,
del todo se cerraron apiñados.
Tan espesas las picas derribaron
con pie y con rostro firme hacia delante,
que no sólo el encuentro repararon
pero a desbaratarlos fue bastante;
los nuestros sin romper se retiraron
y ellos gloriosos con furor pujante,
por dar remate al venturoso lance
siguen con pies ligeros el alcance.
Apretándolos iban reciamente,
los nuestros resistiendo y peleando
hasta el estrecho paso de una puente
que allí Lautaro, al cuerno aliento dando,
el araucano ejército obediente
se va al són conocido reparando;
del fuerte tanto estrecho esto sería
cuanto tira un cañón de puntería.
Detúvose Lautaro con intento
de esperar al caliente mediodía,
porque de la mañana el fresco viento
los caballos y gente alentaría.
Reforma su escuadrón, haciendo asiento

a vista de los nuestros, que a porfía
Alonso de Ercilla
218
se habían al sitio fuerte recogido,
teniendo por mejor aquel partido.
Cuando el sol en el medio cielo estaba
no declinando a parte un solo punto,
y la aguda chicharra se entonaba
con un desapacible contrapunto,
el astuto Lautaro levantaba
su campo en escuadrón cerrado y junto,
con grande estruendo y paso concertado
hacia el sitio español fortificado.
Con audacia, desdén y confianza
Lautaro contra el fuerte caminaba;
síguele atrás la gente en ordenanza
y él con gracioso término arrastraba
una larga, ñudosa y gruesa lanza
que airoso poco a poco la terciaba
y tanto por el cuento la blandía
que juntar los estremos parecía.
Los pocos españoles salen fuera,
que encerrados no quieren esperallos;
de arcabuces delante una hilera,
otra de picas luego y los caballos
a los lados, y así desta manera
con fiera muestra vienen a buscallos;
llegados donde ya podían herirse
los unos a los otros dejan irse.
La Araucana
219
Y de rencor intrínseco aguijados
los movidos ejércitos venían;
suenan los arcabuces asestados,
del humo, fuego y polvo se cubrían;
los corvos arcos con vigor flechados
gran número de tiros despedían;
vuelan nubadas de armas enastadas
por los valientes brazos arrojadas.
Cuales contrarias aguas a toparse
van con rauda corriente sonorosa
que, resistiendo al tiempo del mezclarse,
aquélla más violenta y poderosa
a la menos pujante sin pararse
volverla contra el curso es cierta cosa,
así a nuestro escuadrón forzosamente
la arrebató la bárbara corriente.

No pudiendo sufrir la fuerza brava
del número de gente y movimiento,
al español el bárbaro llevaba
como a liviana paja el recio viento.
Entran sin orden, que ya rota andaba,
todos mezclados en el fuerte asiento
y dentro del cuadrado y ancho muro
comienzan pie con pie un combate duro.
Algunos españoles castigados
recogerse en la fuerza no quisieron,
que eran de corazones congojados

220
y de verse en estrecho rehuyeron;
quieren el campo abierto, y por los lados
del turbado montón se dividieron
pero los de más ser, con mano osada,
procuran amparar la plaza entrada.
Allí quieren morir o defenderse;
la carrera más larga otros tomaron,
que acordaron con tiempo guarecerse;
otros a la marina se llegaron
metiéndose en un barco, sin poderse
sufrir, las corvas áncoras alzaron;
satisfaciendo al miedo y bajo intento
las velas con presteza dan al viento.
Quien en llegar es algo perezoso,
viendo levar el áncora a la nave,
no duda en arrojarse al mar furioso
teniendo aquel morir por menos grave.
Quién antes no nadaba, de medroso
las olas rompe agora y nadar sabe:
mirad, pues, el temor a qué ha llegado,
que viene a ser de miedo el hombre osado.
Los que están en la fuerza retraídos,
como buenos guerreros se defienden;
muertos quieren quedar y no vencidos
que ya sólo un honrado fin pretenden;
y con tal presupuesto embravecidos,
sin esperanza de vivir ofenden,

221
haciendo en los contrarios tal estrago
que la plaza de sangre era ya lago.
Lautaro, gente y armas contrastando,
en la fuerza el primero entrado había,
y muerto a dos soldados en entrando

que en suerte le cupieron aquel día.
Lincoya iba hiriendo y derribando
mas ¿quién podrá decir la bravería
de Tucapel, que el cielo acometiera
si hallara algún camino o escalera?
No entró el fuerte por puerta ni por puente,
antes con desenvuelto y diestro salto
libre el foso salvó ligeramente
y estaba en un momento en lo más alto;
no le pudo seguir por allí gente,
él solo de aquel lado dio el asalto,
mas como si de mil fuera guardado
se arroja luego en medio del cercado.
Apenas puso el pie firme en la plaza,
cuando el furioso bárbaro esgrimiendo
la ejercitada, dura y gruesa maza,
iba los enemigos esparciendo.
No vale malla fina ni coraza
y las celadas fuertes, no pudiendo
sufrir los recios golpes que bajaban,
machucando los sesos se abollaban.
Alonso de Ercilla
222
Unos deja tullidos y contrechos,
otros para en su vida lastimados;
a quién hunde el pescuezo por los pechos,
a quién rompe los lomos y costados
cual si fueran de blanda cera hechos;
magulla, muele y deja derrengados
y en el mayor peligro osadamente
se arroja sin temor de armas y gente.
Contra Ortiz revolvió con muestra airada
que había muerto a Torquín, mozo animoso;
la maza alta y la vista en él clavada,
rompe por el tropel de armas furioso.
No sé cuál fue la espada señalada
ni aquel brazo pujante y provechoso,
que el mástil cercenó del araucano
y dos dedos con él de la una mano.
Con el encendimiento que llevaba
no sintió la herida de repente
mas, cuando el brazo y golpe descargaba,
que los dedos y maza faltar siente,
herida tigre hircana no es tan brava
ni acosado león tan impaciente
como el indio, que lleno de postema,
del cielo, infierno, tierra y mar blasfema.

Sobre las puntas de los pies estriba
y en ellas la persona más levanta
el brazo cuanto puede atrás derriba
La Araucana
223
y el trozo impele con violencia tanta
que a Ortiz, que alta la espada sobre él iba,
la celada y los cascos le quebranta,
y del grave dolor desvanecido
dio en el suelo de manos sin sentido.
El bárbaro, con esto no vengado,
viene sobre él con furia acelerada,
y con la diestra, aún no medrosa, airado,
a Ortiz arrebató la aguda espada.
Alzándole la cota por un lado,
le atravesó de la una a la otra ijada
y la alma del corpóreo alojamiento
hizo el duro y forzoso apartamiento.
La espada a la siniestra el indio trueca,
sintiéndose tullido de la diestra
y del golpe primero otro derrueca,
que también en herir era maestra.
Como suele segar la paja seca
el presto segador con mano diestra,
así aquel Tucapel con fuerza brava
brazos, piernas y cuello cercenaba.
Dejándose guiar por do la ira
le llevaba furioso discurriendo,
unos hiere, maltrata, otros retira,
la espesa selva de astas deshaciendo.
Acaso al Padre Lobo un golpe tira,
que contra cuatro estaba combatiendo,
Alonso de Ercilla
224
el cual sin ver el fin de aquella guerra
dio el alma a Dios y el cuerpo dio a la tierra.
El grave Leucotón, no menos fuerte,
con el valor que el cielo le concede
hiere, aturde, derriba y da la muerte,
que nadie en fuerza y ánimo le excede.
No sé cómo a escribirlo todo acierte,
que mi cansada mano ya no puede
por tanta confusión llevar la pluma
y así reduce mucho a breve suma.
También Angol, soberbio y esforzado,
su corvo y gran cuchillo en torno esgrime
hiere al joven Diego Oro y del pesado

golpe en la dura tierra el cuerpo imprime;
pero en esta sazón Juan de Alvarado
la furia de una punta le reprime,
que al tiempo que el furioso alfanje alzaba
por debajo del brazo le calaba.
No halló defensa la enemiga espada,
lanzándose por parte descubierta,
derecho al corazón hizo la entrada
abriendo una sangrienta y ancha puerta.
La cara antes del joven colorada
se vio de amarillez mustia cubierta,
descoyuntóle el brazo un mortal hielo,
batiendo el cuerpo helado el duro suelo.
La Araucana
225
El corpulento mozo Mareguano
que airado a todas partes discurría,
llegó al tiempo que Angol por diestra mano
al riguroso hierro se rendía.
Era su íntimo amigo y primo hermano,
de estrecho trato antiguo y compañía,
«Pues fue siempre en la vida igual la suerte,
quiero, dijo, también que sea en la muerte».
Y contra el matador con repentina
rabia que el pecho y venas le abrasaba,
un macizo y fornido tronco empina,
y con fuerza sobre él lo derribaba;
mas, temiendo del golpe la ruina
Alvarado, que el ojo alerto estaba,
saca presto el caballo apercebido
y en el suelo el troncón quedó metido.
Chilcán, Ongolmo, Cayeguán de un lado,
Lepomande y Purén en compañía,
habían así a los nuestros apretado
que ganaron gran crédito aquel día.
Tomé, Cayocupil, y el esforzado
Pillolco, Caniomangue y Lebopía,
Mareande, Elicura y Lemolemo
de su valor mostraron el estremo.
En esto un rumor súbito se siente
que los cóncavos cielos atronaba
y era que la vitoria abiertamente
Alonso de Ercilla
226
por el bárbaro infiel se declaraba,
y a la española destrozada gente
el camino de Itata enderezaba

desamparando el suelo desdichado
de sangre y enemigos ocupado.
Del todo a toda furia comenzando
iban los españoles la huida,
siempre más el temor apresurando
con agudas espuelas la corrida;
sigue el alcance y valos aquejando
la bárbara canalla embravecida,
envuelta en una espesa polvoreda,
matando al que por flojo atrás se queda.
Alvarado con ánimo y cordura
los anima y esfuerza y no aprovecha;
que la turbada gente en tal rotura
huye la muerte y plaza tan estrecha.
Cuál encamina al monte, y cuál procura
de Mapocho la senda más derecha,
y cuál y cuál constante todavía,
animoso con Átropos porfía.
Éstos, honrosa muerte deseando,
despreciaban la vida deshonrada,
aquel forzoso punto dilatando
con raro esfuerzo y valerosa espada;
presto quedó la plaza sin un bando,
de almas vacía y de cuerpos ocupada,

que animosos los pocos que quedaban
a las armas y muerte se entregaban.
Unos por los costados caen abiertos,
otros de parte a parte atravesados,
otros, que de su sangre están cubiertos,
se rinden a la muerte desangrados;
al fin todos quedaron allí muertos,
del riguroso hierro apedazados.
Vamos tras los que aguijan los caballos,
que no haremos poco en alcanzallos.
Quién por camino incierto, quién por senda
áspera, peligrosa y desusada
bate al caballo y dale suelta rienda,
que el miedo es grande y grande la jornada;
el bárbaro escuadrón, con grita horrenda,
por sierra, monte, llano y por cañada
las espaldas los iba calentando,
hiriendo, dando muerte y derribando.
Había de la comarca concurrido
gente armada por uno y otro lado,
que a la mira imparcial había asistido

hasta ver el derecho declarado;
en esto, alzando un súbito alarido,
con el orgullo a vencedores dado,
baja las armas hasta allí neutrales
en daño de las señas imperiales.
Alonso de Ercilla
228
Sale en el codicioso seguimiento
de la española gente que corría
con furia y ligereza más que el viento,
sin hacerse uno a otro compañía;
la mucha turbación y desatiento
que a los nuestros el miedo les ponía,
los lleva sin caminos, esparcidos
por sierras, valles, montes, por ejidos.
Los que tienen caballos más ligeros
¡oh cuán de corazón son envidiados!,
¡qué poco se conocen compañeros
de largo tiempo y amistad tratados!
No aprovechan promesas de dineros
ni de bienes allí representados.
Tanto el miedo ocupado los había
que lugar la codicia aun no tenía;
antes los intereses despreciando
se muestran allí poco codiciosos,
tras las ricas celadas arrojando
petos de fina plata embarazosos;
y así de las promesas no curando,
jugaban los talones presurosos:
sólo las alas de Ícaro quisieran,
aunque pasando el mar se derritieran.
Juan y Hernando Alvarados la jornada
con el valiente Ybarra apresuraban
animando la gente desmayada,
mas no por esto el paso moderaban;
abren por la carrera embarazada,
que ligeros caballos gobernaban
La Araucana
229
y aunque con viva espuela los batían,
alargarse de un indio no podían.
Delante largo trecho de la gente
a los tres les da caza y atormenta
un espaldudo bárbaro valiente,
Rengo llamado, mozo de gran cuenta;
éste solo los sigue osadamente
y a voces con palabras los afrenta

y los aprieta y corre a campo raso,
sin poderle ganar un solo paso.
«¡So! ¡So!», les va gritando: «¡Espera, espera!
(que más en castellano no sabía),
pero en su natural lengua primera
atrevidas injurias les decía.
Tres leguas los corrió desta manera,
que jamás de las colas se partía
por mucho que aguijasen los rocines,
llamándolos infames y ruines.
Llevaba una arma en alto levantada
que no hay quien su fación y forma diga.
Era una gruesa haya mal labrada
de la grandeza y peso de una viga,
de metal la cabeza barreada
y esgrímela el garzón sin más fatiga
que el presto esgrimidor suelto y liviano
juega el fácil bastón con diestra mano.
Alonso de Ercilla
230
Si alguna vez con el troncón pesado
los caballos el bárbaro alcanzaba,
era de fuerza el golpe tan cargado
que casi derrengados los dejaba;
así cada caballo escarmentado
sin espuelas el curso apresuraba
que jamás fue baqueta en la corrida
como el bastón del bárbaro temida.
Aunque gran techo aquel follón se aleja
del seguro montón y amigo bando,
no por esto la dura empresa deja,
antes más los persigue y va afrentando;
con prestos pies y maza los aqueja,
la nación española profazando
en lenguaje araucano, que entendían
los tres, que a más correr dél se desvían.
Veinte veces revuelven los cristianos
dando sobre él con súbita presteza;
a todos tres les da llenas las manos
con su diabólica arma y ligereza.
Entretanto llegaban los ufanos
indios en el alcance sin pereza
y volviendo los tres a su carrera,
el bárbaro y bastón sobre ellos era.
No por áspero monte ni agria cuesta
afloja el curso y animoso brío,
antes cual correr suele sobre apuesta

231
tras las fieras el puelche en desafío,
los corre, aflige, aprieta y los molesta
y a diez millas de alcance, por do un río
el camino atraviesa al mar corriendo
se fue en la húmida orilla deteniendo.
El bárbaro escuadrón parado había,
solo el contumaz Rengo porfiando
desistir de la empresa no quería,
aunque no vee persona de su bando;
los tres lasos cristianos a porfía
iban el ancho vado atravesando
cuando Rengo cargó de una pesada
piedra la presta honda dél usada.
El tronco en el suelo húmido fijado,
rodea el brazo dos veces, despidiendo
el tosco y gran guijarro así arrojado,
que el monte retumbó del sordo estruendo.
Las ninfas por lo más sesgo del vado
las cristalinas aguas revolviendo
sus doradas cabezas levantaron
y a ver el caso atentas se pararon.
El importuno bárbaro no cesa
ni afloja de la empresa que pretende,
antes con silbos, grita y piedra espesa,
en agua a más de la cinta, los ofende,
y dándoles en esto mucho priesa,
el beber los caballos les defiende

232
diciendo: «¡Sús, salid, salid fuera,
que yo os manterné campo en la ribera!»
Viendo Alvarado a Rengo así orgulloso
de la soberbia tema ya impaciente,
dice a los dos: «¡Oh caso vergonzoso,
que a tres nos siga un indio solamente,
y triunfe de nosotros vitorioso!
No es bien que de españoles tal se cuente:
volvamos y de aquí jamás pasemos
si primero morir no le hacemos».
Así dijo, y las riendas revolviendo,
segunda vez el vado atravesaban;
de morir o matarle proponiendo,
los cansados caballos aguijaban;
en esto el araucano conociendo
la cólera y furor con que tornaban,

olvidando la maza y presupuesto,
las voladoras plantas mueve presto.
Una larga carrera por la arena
los tres a toda furia le siguieron,
aunque en balde tomaron esta pena,
que el indio más corrió que ellos corrieron.
Faltos no de intención, pero de lena,
de cansados las riendas recogieron,
y en un áspero sitio y peligroso
les hizo rostro el bárbaro animoso.

Por espaldas tomó una gran quebrada
revolviendo a los tres con osadía,
y a falta de la maza acostumbrada
a menudo la honda sacudía;
de allí con mofa, silbos y pedrada,
sin poderle ofender, los ofendía,
por ser aquel lugar despeñadero
y más que ellos el bárbaro ligero.
Visto Alvarado serle así escusado
el fin de lo que tanto deseaba,
dejando libre al bárbaro esforzado
que bien de mala gana se quedaba,
pasa otra vez el ya seguro vado
y al usado camino enderezaba,
triste en ver que Fortuna por tal modo
se le mostraba adversa y dura en todo.
Había dejado el campo lautarino
de seguir el alcance grande rato;
iban los españoles sin camino
como ovejas que van fuera de hato.
De no seguirlos más me determino,
que por lo que adelante dellos trato,
dejarlos por agora me es forzado
donde otras veces ya los he dejado.
Con la gente araucana quiero andarme,
dichosa a la sazón y afortunada
y, como se acostumbra, desviarme

de la parte vencida y desdichada.
Por donde tantos van quiero guiarme,
siguiendo la carrera tan usada,
pues la costumbre y tiempo me convence
y todo el mundo es ya ¡viva quien vence!
¡Cuán usado es huir los abatidos

y seguir los soberbios levantados,
de la instable Fortuna favoridos,
para sólo después ser derribados!
Al cabo destos favores, reducidos
a su valor, son bienes emprestados
que habemos de pagar con siete tanto,
como claro nos muestra el nuevo canto.

Canto X

Ufanos los araucanos de las vitorias habidas, ordenan unas fiestas generales donde concurrieron diversas gentes, así estranjeras como naturales, entre los cuales hubo grandes pruebas y diferencias

Cuando la varia diosa favorece,
y las dádivas prósperas reparte,
¡cómo al ánimo flaco fortalece
que de triste mujer se vuelve un Marte
y derriba, acobarda y enflaquece
el esfuerzo viril en la otra parte,
haciendo cuesta arriba lo que es llano,
y un gran cerro la palma de la mano!
¡Quién vio los españoles colocados
sobre el más alto cuerno de la luna
de sus famosos hechos rodeados,
sin punto y muestra de mudanza alguna!;
¡quién los ve en breve tiempo derribados!;
¡quién ve en miseria vuelta su fortuna,
seguidos, no de Marte, dios sanguino,
mas del tímido Sexo femenino!.
Mirad aquí la suerte tan trocada,
pues aquellos que al cielo no temían,
las mujeres, a quien la rueca es dada,
con varonil esfuerzo los seguían;
y con la diestra a la labor usada
las atrevidas lanzas esgrimían

que por el hado próspero impelidas,
hacían crudos efetos y heridas.
Estas mujeres, digo, que estuvieron
en un monte escondidas, esperando
de la batalla el fin, y cuando vieron
que iba de rota el castellano bando,
hiriendo el cielo a gritos decendieron,
el mujeril temor de sí lanzando
y de ajeno valor y esfuerzo armadas,

toman de los ya muertos las espadas.
Y a vueltas del estruendo y muchedumbre
también en la vitoria embebecidas,
de medrosas y blandas de costumbre
se vuelven temerarias homicidas;
no sienten ni les daba pesadumbre
los pechos al correr, ni las crecidas
barrigas de ocho meses ocupadas,
antes corren mejor las más preñadas.
Llamábase infelice la postrera
y con ruegos al cielo se volvía,
porque a tal conyuntura en la carrera
mover más presto el peso no podía.
Si las mujeres van desta manera,
la bárbara canalla ¿cuál iría?
De aquí tuvo principio en esta tierra
venir también mujeres a la guerra.

237
Vienen acompañando a sus maridos
y en el dudoso trance están paradas;
pero si los contrarios son vencidos
salen a perseguirlos esforzadas;
prueban la flaca fuerza en los rendidos
y si cortan en ellos sus espadas,
haciéndolos morir de mil maneras,
que la mujer cruel eslo de veras.
Así a los nuestros esta vez siguieron
hasta donde el alcance había cesado,
y desde allí la vuelta al pueblo dieron
ya de los enemigos saqueado.
Que cuando hacer más daño no pudieron,
subiendo en los caballos que en el prado
sueltos sin orden y gobierno andaban,
a sus dueños por juego remedaban.
Quién hace que combate y quién huía,
y quién tras el que huye va corriendo;
quién finge que está muerto y se tendía,
quién correr procuraba no pudiendo.
La alegre gente así se entretenía,
el trabajo importuno despidiendo,
hasta que el sol rayaba los collados,
que el General llegó y los más soldados.
Los unos y los otros aguijaban
con gran priesa a abrazarse estrechamente
pero algunos, por más que se esforzaban,

238
la envidia les hacía arrugar la frente;
francos los vencedores se mostraban
repartiendo la presa entre la gente:
que aun en el pecho vil contra natura
puede tanto la próspera ventura.
Una solene fiesta en ese asiento
quiso Caupolicán que se hiciese,
donde del araucano ayuntamiento
la gente militar sola asistiese
y con alegre muestra y gran contento,
sin que la popular se entremetiese,
en juegos, pruebas, danzas y alegrías
gastaron, sin aquel, algunos días.
Los juegos y ejercicios acabados,
para el valle de Arauco caminaron,
do a las usadas fiestas los soldados
de toda la provincia convocaron;
fueron bastantes plazos señalados,
joyas de gran valor se pregonaron
de los que en ellas fuesen vencedores,
premios dignos de haber competidores.
La fama de la fiesta iba corriendo
más que los diligentes mensajeros,
en un término breve apercibiendo
naturales, vecinos y estranjeros;
gran multitud de gente concurriendo,
creció el número tanto de guerreros,

239
que ocupaban las tiendas forasteras,
los valles, montes, llanos y riberas.
Ya el esperado catorceno día,
que tanta gente estaba deseando,
al campo su color restituía
las importunas sombras desterrando,
cuando la bulliciosa compañía
de los briosos jóvenes, mostrando
el juvenil hervor y sangre nueva,
en campo estaban, prestos a la prueba.
Fue con solene pompa referido
el orden de los precios y el primero
era un lustroso alfanje guarnecido
por mano artificiosa de platero:
este premio fue allí constituido
para aquel que con bazo más entero
tirase una fornida y gruesa lanza,

sobrando a los demás en la pujanza.
Y de cendrada plata una celada
cubierta de altas plumas de colores,
de un cerco de oro puro rodeada,
esmaltadas en él varias labores,
fue la preciada joya señalada
para aquel que entre diestros luchadores
en la difícil prueba se estremase
y por señor del campo en pie quedase.
Alonso de Ercilla
240
Un lebrel animoso remendado
que el collar remataba una venera
de agudas puntas de metal herrado,
era el precio de aquel que en la carrera,
de todas armas y presteza armado,
arribase más presto a la bandera
que una gran milla lejos tremolaba
y el trecho señalado limitaba.
Y de niervos un arco hecho por arte
con su dorada aljaba, que pendía
de un ancho y bien labrado talabarte
con dos guesas hebillas de taujía,
éste se señaló y se puso aparte
para aquel que con flecha a puntería,
ganando por destreza el precio rico,
llevase al papagayo el corvo pico.
Una caballo morcillo rabicano
tascando el freno estaba de cabestro,
precio del que con suelta y presta mano
esgrimiese el bastón más como diestro.
Por juez se señaló a Caupolicano,
de todos ejercicios gran maestro.
Ya la trompeta con sonada nueva
llamaba opositores a la prueba.
No bien sonó la alegre trompa, cuando
el joven Orompello, ya en el puesto,
La Araucana
241
airosamente el manto derribando
mostró el hermoso cuerpo bien dispuesto,
y en la valiente diestra blandeando
una maciza lanza. Luego en esto
se ponen asimismo Lepomande,
Crino, Pillolco, Guambo y Mareande.
Estos seis en igual hila corriendo,
las lanzas por los fieles igualadas,

a un tiempo las derechas sacudiendo,
fueron con seis gemidos arrojadas;
salen la astas con rumor crujendo
de aquella fuerza e ímpetu llevadas,
rompen el aire, suben hasta el cielo,
bajando con la misma furia al suelo.
La de Pillolco fue la asta primera
que falta de vigor a tierra vino;
tras ella la de Guambo y la tercera
de Lepomande y cuarta la de Crino;
la quinta de Mareande, y la postrera,
haciendo por más fuerza más camino
la de Orompello fue, mozo pujante,
pasando cinco brazas adelante.
Tras éstos, otros seis lanzas tomaron,
de los que por más fuertes se estimaban
y aunque con fuerza estrema procuraron
sobrepujar el tiro, no llegaban;
otros tras éstos y otros seis probaron,

mas todos con vergüenza atrás quedaban.
Y por no detenerme en este cuento
digo que lo probaron más de ciento.
Ninguno con seis brazas llegar pudo
al tiro de Orompello señalado,
hasta que Leucotón, varón membrudo,
viendo que ya el probar había aflojado,
dijo en voz alta: «De perder no dudo
mas porque todos ya me habéis mirado,
quiero ver deste brazo lo que puede,
y a dó llegar mi estrella me concede».
Esto dicho, la lanza requerida,
en ponerse en el puesto poco tarda
y dando una ligera arremetida,
hizo muestra de sí fuerte y gallarda;
la lanza por los aires impelida
sale cual gruesa bala de bombarda,
o cual furioso trueno que corriendo
por las espesas nubes va rompiendo.
Cuatro brazas pasó con raudo vuelo
de la señal y raya delantera,
rompiendo el hierro por el duro suelo
tiembla por largo espacio la asta fuera;
alza la turba un alarido al cielo
y de tropel con súbita carrera
muchos a ver el tiro van corriendo,

la fuerza y tirador engrandeciendo.
La Araucana
243
Unos el largo trecho a pies medían
y examinan el peso de la lanza;
otros por maravilla encarecían
del esforzado brazo la pujanza;
otros van por el precio; otros hacían
al vencedor cantares de alabanza,
de Leucotón el nombre levantando
le van en alta voz solenizando.
Salta Orompello y por la turba hiende
y aquel rumor, colérico, baraja,
diciendo «Aún no he perdido, ni se entiende
de sólo el primer tiro la ventaja».
Caupolicán la vara en esto tiende
y a tiempo un encendido fuego ataja,
que Tucapel al primo había acudido
y otros con Leucotón se habían metido.
Caupolicán, que estaba por juez puesto
mostrándose imparcial, discretamente
la furia de Orompello aplaca presto
con sabrosas palabras blandamente;
y así, no se altercando más sobre esto,
conforme a la postura, justamente,
a Leucotón, por más aventajado,
le fue ceñido el corvo alfanje al lado.
Acabada con esto la porfía,
y Leucotón quedando vitorioso,
Orompello a una parte se desvía,
Alonso de Ercilla
244
del caso algo corrido y vergonzoso;
mas como sabio mozo lo encubría,
de verse en ocasiones deseoso
por do con Leucotón y causa nueva
venir pudiese a más estrecha prueba.
Era Orompello mozo asaz valido,
que desde su niñez fue muy brioso,
manso, tratable, fácil, corregido,
y en ocasión metido, valeroso;
de muchos en asiento preferido
por su esfuerzo y linaje generoso,
hijo del venerable Mauropande,
primo de Tucapel y amigo grande.
Puesto nuevo silencio, y despejado
el campo do la prueba se hacía,

el diestro Cayeguán, mozo esforzado,
a mantener la lucha se metía;
no pasó mucho, cuando de otro lado
con gran disposición Torquín salía
de haber en él pujanza y ligereza,
ambos en el luchar de gran destreza.
Dada señal, con pasos ordenados,
los dos gallardos bárbaros se mueven;
ya los viérades juntos, ya apartados,
ora tienden el cuerpo, ora le embeben;
por un lado y por otro recatados
se inquieren, cercan, buscan y remueven,

245
tientan, vuelven, revuelven y se apuntan,
y al cabo con gran ímpetu se juntan.
Hechas las presas y ellos recogidos,
en su fuerza procuran conocerse;
pero de ardor colérico encendidos
comienzan por el campo a revolverse.
Cíñense pies con pies y entretejidos
cargan a un lado y otro, sin poderse
llevar cuanto una mínima ventaja
por más que el uno y otro se trabaja.
Andando así, en un tiempo, cauteloso
metió la pierna diestra Cayeguano;
quiso Torquín ceñirla codicioso,
cargando con gran fuerza a aquella mano;
sácala a tiempo Cayeguán mañoso,
y el cuerpo de Torquín quedando en vano,
del mismo peso y fuerza que traía
a los pies enemigos se tendía.
Tras éste el fuerte Rengo se presenta,
el cual, lanzando fuera los vestidos
descubre la persona corpulenta,
brazos robustos, músculos fornidos;
mírale la confusa turba atenta,
que de cuatro entre todos escogidos
este valiente bárbaro era el uno,
jamás sobrepujado de ninguno.

246
Con gran fuerza los hombros sacudiendo
se apareja a la lucha y desafío,
y al vencedor contrario apercibiendo
le va a buscar con animoso brío;
de la otra parte Cayeguán saliendo

en medio de aquel campo a su albedrío,
vienen los dos gallardos a juntarse,
procurando en la presa aventajarse.
Un rato estuvo en confusión la gente
y anduvo en duda la vitoria incierta;
mas luego Rengo dio señal patente
con que fue su pujanza descubierta,
que entre los duros brazos reciamente
al triste Cayeguán, la boca abierta,
sin dejarle alentar le retraía
y acá y allá con él se revolvía.
Alzólo de la tierra y apretado,
en el aire gran pieza lo suspende;
Cayeguán sin color, desalentado,
abre los brazos y las piernas tiende.
Viéndolo así rendido, el esforzado
Rengo, que a la vitoria sólo atiende,
dejándole bajar, con poca pena
le estampa de gran golpe en el arena.
Sacáronle del campo sin sentido
y a su tienda en los hombros le llevaron;
todos la fuerza grande y el partido

de Rengo en alta voz solenizaron;
pero cesando en esto aquel ruido,
a sus asientos luego se tornaron,
porque vieron que Talco aparejado
el puesto de la lucha había tomado.
Fue este Talco de pruebas gran maestro,
de recios miembros y feroz semblante,
diestro en la lucha y en las armas diestro,
ligero y esforzado aunque arrogante
y con todas las partes que aquí muestro,
era Rengo más suelto y más pujante,
usado en los robustos ejercicios,
que dello su persona daba indicios.
Talco se mueve y sale con presteza,
Rengo espaciosamente se movía;
fíase mucho el uno en la destreza,
el otro en su vigor sólo se fía.
En esto con estraña ligereza,
cuando menos cuidado en Talco había,
un gran salto dio Rengo no pensado,
cogiendo al enemigo descuidado.
De la suerte que el tigre cauteloso
viendo venir lozano al suelto pardo,

el cuello bajo, lerdo y perezoso,
con ronco són se mueve a paso tardo,
y en un instante súbito y furioso
salta sobre él con ímpetu gallardo
Alonso de Ercilla
248
y echándole la garra así le aprieta
que le oprime, le rinde y le sujeta,
desta manera Rengo a Talco afierra,
y antes que a la defensa se prevenga,
tan recio le apretó contra la tierra
que, el lomo quebrantado, lo derrienga;
viéndolo pues así lo desafierra
y a su puesto esperando que otro venga,
vuelve, dejando el campo con tal hecho
de su estremada fuerza satisfecho.
Mas no hubo en hombre allí tal osadía
que a contrastar al bárbaro se atreva
y así porque la noche ya venía,
se difirió la comenzada prueba
hasta que el carro del siguiente día
alegrase los campos con luz nueva;
sonando luego varios instrumentos,
hinchieron de las mesas los asientos.
Pues otro día, saliendo de su tienda
el hijo de Leocán acompañado,
al cercado lugar de la contienda
con altos instrumentos fue llevado;
Rengo, porque su fama más se estienda,
dando una vuelta en torno del cercado,
entró dentro con una bella muestra
y a mantener se puso la palestra.
La Araucana
249
Bien por dos horas Rengo tuvo el puesto
sin que nadie la plaza le pisase,
que no se vio soldado tan dispuesto
que, viéndole, el lugar vacío ocupase;
pero ya Leucotón mirando en esto,
que, porque su valor más se notase,
hasta ver el más fuerte había esperado,
con grave paso entró en el estacado.
Luego un rumor confuso y grande estruendo
entre el parlero vulgo se levanta
de ver estos dos juntos conociendo
en uno y otro esfuerzo y fuerza tanta.
Leucotón la persona recogiendo,

a recebir a Rengo se adelanta,
que con gallardo paso se venía
de esfuerzo acompañado y lozanía.
Vienen al paragón dos animosos
que en esfuerzo y pujanza par no tienen;
unas veces aguijan presurosos,
otras frenan el paso y lo detienen.
Andan en torno y miran cautelosos,
y a todos los engaños se previenen;
pero no tardó mucho que cerraron
y con estrechos ñudos se abrazaron.
Juntándose los dos, pechos con pechos,
van las últimas fuerzas apurando;
ya se afirman y tienden muy estrechos,

ya se arrojan en torno volteando,
ya los izquierdos, ya los pies derechos
se enclavijan y enredan, no bastando
cuanta fuerza se pone, estudio y arte
a poder mejorarse alguna parte.
Acá y allá furiosos se rodean,
la fuerza uno del otro resistiendo;
tanto forcejan, gimen, ijadean
que los miembros se van entorpeciendo;
tiemblan de la fatiga y titubean
las cansadas rodillas, no pudiendo
comportar el tesón y furia insana
que al fin eran de hueso y carne humana.
De sudor grueso y engrosado aliento
cubiertos los dos bárbaros andaban
y del fogoso y recio movimiento
roncos los pechos dentro resonaban.
Ellos siempre con más encendimiento,
sacando nuevas fuerzas procuraban
llegar la empresa al cabo comenzada
por ganar el honor y la celada.
Pero ventaja entre ellos conocida
no se vio allí ni de flaqueza indicio;
ambos jóvenes son de edad florida,
iguales en la fuerza y ejercicio.
Mas la suerte de Rengo enflaquecida
y el hado, que hasta allí le fue propicio,

hicieron que perdiese a su despecho
del precio y del honor todo el derecho.

Había en la plaza un hoyo hacia el un lado,
engaste de un guijarro y nuevamente
estaba de su encaje levantado
por el concurso y huella de la gente;
desto el cansado Rengo no avisado,
metió el pie dentro, y desgraciadamente
cual cae de la segur herido el pino
con no menos estruendo a tierra vino.
No la pelota con tan presto salto
resurte arriba del macizo suelo,
ni la águila, que al robo cala de alto,
sube en el aire con tan recio vuelo,
como de corrimiento el seso falto,
Rengo rabioso, amenazando el cielo,
se puso en pie, que aun bien no tocó en tierra,
y contra Leucotón furioso cierra.
Como en la fiera lucha Anteo temido
por el furioso Alcides derribado,
que de la tierra madre recogido
cobraba fuerza y ánimo doblado,
así el airado Rengo embravecido,
que apenas en la arena había tocado,
sobre el contrario arriba de tal suerte
que al estremo llegó de honrado y fuerte.
Alonso de Ercilla
252
Tanto dolor del grave caso siente
el público lugar considerando,
que abrasado de fuego y rabia ardiente,
se le fueron las fuerzas aumentando;
y furioso, colérico, impaciente,
de suerte a Leucotón va retirando
que apenas le resiste y el suceso
oiréis en el siguiente canto expreso.
La Araucana
253

Canto XI

Canto onceno en el cual se acaban las fiestas y diferencias, y caminando Lautaro sobre la ciudad de santiago, antes de llegar a ella hace un fuerte, en el cual metido, vienen los españoles sobre él, donde tuvieron una recia batalla

Cuando los corazones nunca usados,
a dar señal y muestra de flaqueza
se ven en lugar público afrentados,
entonces manifiestan su grandeza,
fortalecen los miembros fatigados,
despiden el cansancio y la torpeza,

y salen fácilmente con las cosas
que eran antes, Señor, dificultosas.
Así le avino a Rengo, que, en cayendo,
tanto esfuerzo le puso el corrimiento,
que lleno de furor y en ira ardiendo,
se le dobló la fuerza y el aliento;
y al enemigo fuerte no pudiendo
ganarle antes un paso, agora ciento
alzado de la tierra lo llevaba,
que aun afirmar los pies no le dejaba.
Adelante la cólera pasara
y hubiera alguna brega en aquel llano,
si receloso desto no bajara
presto de arriba el hijo de Pillano
que de Caupolicán traía la vara
y él propio los aparta de su mano;

que no fue poco, en tanto encendimiento
tenerle este respeto y miramiento.
Siendo desta manera sin ruido
despartida la lucha ya enconada,
le fue a Rengo su honor restituido
mas quedó sin derecho a la celada.
Aun no estaba del todo difinido
ni la plaza de gente despejada,
cuando el mozo Orompello dijo presto:
«Mi vez ahora me toca, mío es el puesto».
Que bramando entre sí se deshacía
esperando aquel tiempo deseado,
viendo que Leucotón ya mantenía,
del tiro de la lanza no olvidado;
con gran desenvoltura y gallardía
salta el palenque y entra el estacado
y en medio de la plaza, como digo,
llamaba cuerpo a cuerpo al enemigo.
La trápala y murmurio en el momento
creció, porque parando el pueblo en ello,
conoce por allí cuán descontento
del fuerte Leucotón está Orompello;
témese que vendrán a rompimiento
mas nadie se atraviesa a defendello,
antes la plaza libre los dejaron
y los vacíos lugares ocuparon.

El pueblo, de la lucha deseoso,

la más parte a Orompello se inclinaba;
mira los bellos miembros y el airoso
cuerpo que a la sazón se desnudaba,
la gracia, el pelo crespo y el hermoso
rostro, donde su poca edad mostraba,
que veinte años cumplidos no tenía
y a Leucotón a fuerzas desafía.
Juzgan ser desconformes los presentes
las fuerzas destos dos por la aparencia,
viendo del uno el talle, y los valientes
niervos, edad perfeta y esperiencia,
y del otro los miembros diferentes,
la tierna edad y grata adolescencia,
aunque a tal opinión contradecía
la muestra de Orompello y osadía,
que puesto en su lugar, ufano espera
el són de la trompeta, como cuando
el fogoso caballo en la carrera
la seña del partir está aguardando.
Y cual halcón que en la húmida ribera
ve la garza de lejos blanqueando,
que se alegra y se pule ya lozano
y está para arrojarse de la mano,
el gallardo Orompello así esperaba
aquel alegre són para moverse
que de ver la tardanza, imaginaba

que habían impedimentos de ofrecerse.
Visto que tanto ya se dilataba,
queriendo a su sabor satisfacerse,
derecho a Leucotón sale animoso,
que no fue en recebirle perezoso.
En gran silencio vuelto el rumor vano,
quedando mudos todos los presentes,
en medio de la plaza mano a mano
salen a se probar los dos valientes.
Como cuando el lebrel y fiero alano,
mostrándose con ronco són los dientes,
yertos los cerros y ojos encendidos
se vienen a morder embravecidos,
de tal modo los dos amordazados,
sin esperar trompeta ni padrino,
de coraje y rencor estimulados,
de medio a medio parten el camino;
y en un instante iguales, aferrados
con estremada fuerza y diestro tino,

se ciñeron los brazos poderosos,
echándose a los pies lazos ñudosos.
Las desconformes fuerzas, aunque iguales,
los lleva, arroja y vuelve a todos lados;
viéranlos sin mudarse a veces tales
que parecen en tierra estar clavados;
donde ponen los pies dejan señales,
cavan el duro suelo y apretados,

juntándose rodillas con rodillas,
hacen crujir los huesos y costillas.
Cada cual del valor, destreza y maña
usaba que en tal tiempo usar podía,
viendo el duro tesón y fuerza estraña
que en su recio adversario conocía;
revuélvense los dos por la campaña
sin conocerse en nadie mejoría,
pero tanto de acá y de allá anduvieron
que ambos juntos a un tiempo en tierra dieron.
Fue tan presto el caer y en el momento
tan presto el levantarse, por manera
que se puede decir que el más atento
a mover la pestaña no lo viera.
Ventaja ni señal de vencimiento
juzgarse por entonces no pudiera,
que Leucotón arrodilló en el llano
y Orompello tocó sola una mano.
En esto los padrinos se metieron
y a cada lado el suyo retirando,
en disputa la lucha resumieron
sus puntos y razones alegando.
De entrambas partes gentes acudieron
la porfía y rumor multiplicando;
quién daba al uno el precio, honor y gloria,
quién cantaba del otro la vitoria.

Tucapelo, que estaba en un asiento
a la diestra del hijo de Pillano,
visto lo que pasaba, en el momento
salta en la plaza, la ferrada en mano,
y con aquel usado atrevimiento
dice: «El precio ganó mi primo hermano
y si alguno esta causa me defiende,
haréle yo entender que no lo entiende.
La joya es de Orompello y quien bastante

se halle a reprobar el voto mío,
en campo estamos: hágase adelante
que, en suma, le desmiento y desafío».
Leucotón con un término arrogante
dice: «Yo amansaré tu loco brío
y el vano orgullo y necio devaneo
que mucho tiempo ha ya que lo deseo».
Comigo lo has de haber, que comenzado
juego tenemos ya», dijo Orompello.
Responde Leucotón fiero y airado:
«Contigo y con tu primo quiero habello».
Caupolicán en esto era llegado,
que del supremo asiento viendo aquello
había bajado a la sazón confuso
y allí su autoridad toda interpuso.
Leucotón y Orompello, conociendo
que el gran Caupolicán allí venía,
las enconosas voces reprimiendo

cada cual por su parte se desvía;
mas Tucapel la maza revolviendo,
que otro acuerdo y concierto no quería,
lleno de ira diabólica no calla,
llamando a todo el mundo a la batalla.
Ruego y medios con él no valen nada
del hijo de Leocán ni de otra gente,
diciendo que a Orompello la celada
le den por vencedor y más valiente;
después, que en plaza franca y estacada
con Leucotón le dejen libremente,
donde aquella disputa se dicida,
perdiendo de los dos uno la vida.
Puesto Caupolicán en este aprieto,
lleno de rabia y de furor movido,
le dice: «Haré que guardes el respeto
que a mi persona y cargo le es debido».
Tucapel le responde: «Yo prometo
que por temor no baje del partido
y aquel que en lo que digo no viniere,
haga a su voluntad lo que pudiere.
Guardaréte respeto, si derecho
en lo que justo pido me guardares,
y mientras que con recto y sano pecho
la causa sin pasión desto mirares.
Mas si contra razón, sólo de hecho,
torciendo la justicia lo llevares,

Alonso de Ercilla
260
por ti y tu cargo y todo el mundo junto
no perderé de mi derecho un punto».
Caupolicán, perdida la paciencia,
se mueve a Tucapel determinado
mas Colocolo, viejo de esperiencia,
que con temor le andaba siempre al lado,
le hizo una acatada resistencia
diciendo: «¿Estás, señor, tan olvidado
de ti y tu autoridad y salud nuestra
que lo pongas en sólo alzar la diestra?
Mira, señor, que todo se aventura,
mira que están los más ya diferentes;
de Tucapel conoces la locura
y la fuerza que tiene de parientes;
lo que emendar se puede con cordura,
no lo emiendes con sangre de inocentes.
Dale a Orompello el contendido precio
y otro al competidor, de igual aprecio.
Si por rigor y término sangriento
quieres poner en riesgo lo que queda,
puesto que sobre fijo fundamento
Fortuna a tu sabor mueva la rueda
y el juvenil furor y atrevimiento
castigar a tu salvo te conceda,
queda tu fuerza más disminuida
y al fin tu autoridad menos temida.
La Araucana
261
Pierdes dos hombres, pierdes dos espadas
que el límite araucano han estendido,
y en las fieras naciones apartadas
hacen que sea tu nombre tan temido;
si agora han sido aquí desacatada,
mira lo que otras veces han servido
en trances peligrosos, derramando
la sangre propia y del contrario bando».
Imprimieron así en Caupolicano
las razones y celo de aquel viejo
que, frenando el furor, dijo: «En tu mano
lo dejo todo y tomo ese consejo».
Con tal resolución, el sabio anciano
viendo abierto camino y aparejo,
habló con Leucotón que vino en todo
y a los primos después del mismo modo.
Y así el viejo eficaz los persuadiera;

que en tal discordia y caso tan diviso,
lo que el mundo universo no pudiera,
pudo su discreción y buen aviso.
Fuelos, pues, reduciendo de manera
que vinieron a todo lo que quiso
pero con condición que la celada
por precio al Orompello fuese dada.
Pues la rica celada allí traída
al ufano Orompello le fue puesta,
y una cuera de malla guarnecida

262
de fino oro a la par vino con ésta
y al mismo tiempo a Leucotón vestida.
Todos conformes, en alegre fiesta
a las copiosas mesas se sentaron
donde más la amistad confederaron.
Acabado el comer, lo que del día
les quedaba, las mesas levantadas,
se pasó en regocijo y alegría
tejiendo en corros danzas siempre usadas
donde un número grande intervenía
de mozos y mujeres festejadas,
que las pruebas cesaron y ocasiones
atento a no mover nuevas quistiones.
Cuando la noche el horizonte cierra
y con la negra sombra el mundo abraza,
los principales hombres de la tierra
se juntaron en una antigua plaza
a tratar de las cosas de la guerra
y en el discurso dellas dar la traza,
diciendo que el subsidio padecido
había de ser con sangre redemido.
Salieron con que al hijo de Pillano
se cometiese el cargo deseado,
y el número de gente por su mano
fuese absolutamente señalado;
tal era la opinión del araucano
y tal crédito y fama había alcanzado,

263
que si asolar el cielo prometiera,
crédito a la promesa se le diera.
Y entre la gente joven más granada
fueron por él quinientos escogidos,
mozos gallardos, de la vida airada
por más bravos que pláticos tenidos;

y hubo de otros, por ir esta jornada,
tantos ruegos, protestos y partidos,
que escusa no bastó ni impedimento
a no exceder la copia en otros ciento.
Los que Lautaro escoge son soldados
amigos de inquietud, facinerosos,
en el duro trabajo ejercitados,
perversos, disolutos, sediciosos,
a cualquiera maldad determinados,
de presas y ganancias codiciosos,
homicidas, sangrientos, temerarios,
ladrones, bandoleros y cosarios.
Con esta buena gente caminaba
hasta Maule de paz atravesando,
y las tierras, después, por do pasaba
las iba a fuego y sangre sujetando.
Todo sin resistir se le allanaba
poniéndose debajo de su mando;
los caciques le ofrecen francamente
servicio, armas, comida, ropa y gente.
Alonso de Ercilla
264
Así que por los pueblos y ciudades
la comarca los bárbaros destruyen,
talan comidas casas y heredades,
que los indios de miedo al pueblo huyen;
stupros, adulterios y maldades
por violencia sin término concluyen,
no reservando edad, estado y tierra,
que a todo riesgo y trance era la guerra.
No paran, con la gana que tenían
de venir con los nuestros a la prueba;
los indios comarcanos que huían
llevan a la ciudad la triste nueva.
Rumores y alborotos se movían,
el bélico bullicio se renueva,
aunque algunos que el caso contemplaban
a tales nuevas crédito no daban.
Dicen que era locura claramente
pensar que así una escuadra desmandada
de tan pequeño número de gente
se atreviese a emprender esta jornada,
y más contra ciudad tan eminente
y lejos de su tierra y apartada;
pero los que de Penco habían salido
tienen por más el daño que el ruido.
Votos hay que saliesen al camino

(éstos son de los jóvenes briosos);
otros, que era imprudencia y desatino

265
por los pasos y sitios peligrosos.
A todo con presteza se previno,
que de grandes reparos ingeniosos
el pueblo fortalecen y en un punto
despachan corredores todo junto,
debajo de un caudillo diligente
que verdadera relación trujese
del número y designio de la gente,
con comisión, si lance le saliese
a su honor y defensa conveniente,
que al bárbaro escuadrón acometiese,
volviendo a rienda suelta dos soldados
para que dello fuesen avisados.
Por no haber caso en esto señalado,
abrevio con decir que se partieron
y al cuarto día con ánimo esforzado
sobre el campo enemigo amanecieron;
trabóse el juego y no duró trabado,
que los bárbaros luego les rompieron
y todos con cuidado y pies ligeros
revolvieron a ser los mensajeros.
Sin aliento, cansados y afligidos
vuelven con testimonio asaz bastante
de cómo fueron rotos y vencidos
por la fuerza del bárbaro pujante,
lasos, llenos de sangre, mal heridos,
con pérdida de un hombre el cual delante

266
y en medio de los campos desmandado,
a manos de Lautaro había espirado.
Cuentan que levantado un muro había
adonde con sus bárbaros se acoge
y que infinita gente le acudía,
de la cual la más diestra y fuerte escoge;
también que bastimentos cada día
y cantidad de munición recoge,
afirmando por cierto, fuera desto,
que sobre la ciudad llegará presto.
Quien incrédulo dello antes estaba,
teniendo allí el venir por desvarío,
a tan clara señal crédito daba,
helándole la sangre un miedo frío.

Quién de pura congoja trasudaba,
que de Lautaro ya conoce el brío;
quién con ardiente y animoso pecho
bramaba por venir más presto al hecho.
Villagrán enfermado acaso había;
no puede a la sazón seguir la guerra,
mas con ruegos y dádivas movía
la gente más gallarda de la tierra,
y por caudillo en su lugar ponía
un caro primo suyo en quien se encierra
todo lo que conviene a buen soldado:
Pedro de Villagrán era llamado.

267
Éste sin más tardar tomó el camino
en demanda del bárbaro Lautaro
y el cargo que tan loco desatino
como es venir allí, le cueste caro.
Diose tal priesa a andar que presto vino
a la corva ribera del río Claro,
que vuelve atrás en círculo gran trecho,
después hasta la mar corre derecho.
Media legua pequeña elige un puesto
de donde estaba el bárbaro alojado,
el lugar mejor y más dispuesto
y allí, por ver la noche, ha reparado;
estaba a cualquier trance y rumor presto,
de guardia y centinelas rodeado
cuando, sin entender la cosa cierta,
gritaban: «¡Arma!, ¡arma!; ¡alerta!, ¡alerta!»
Esto fue que Lautaro había sabido
como allí nuestra gente era llegada,
que después de la haber reconocido
por su misma persona y numerada,
volvióse sin de nadie ser sentido
y mostrando estimarlo todo en nada,
hizo de los caballos que tenía
soltar el de más furia y lozanía,
diciendo en alta voz: «Si no me engaño,
no deben de saber que soy Lautaro
de quien han recebido tanto daño,

268
daño que no tendrá jamás reparo;
mas porque no me tengan por estraño
y el ser yo aquí venido sea más claro,
sabiendo con quien vienen a la prueba,

quiero que este rocín lleve la nueva».
Diez caballos, Señor, había ganado
en la refriega y última revuelta;
el mejor ensillado y enfrenado,
porque diese el aviso cierto, suelta.
Siendo el feroz caballo amenazado,
hacia el campo español toma la vuelta
al rastro y al olor de los caballos
y ésta fue la ocasión de alborotallos.
Venía con un rumor y furia tanta
que dio más fuerza al arma y mayor fuego;
la gente recatada se levanta
con sobresalto y gran deasosiego.
El escándalo tanto no fue cuanta
era después la burla, risa y juego,
de ver que un animal de tal manera
en arma y alboroto los pusiera.
Pasaron sin dormir la noche en esto
hasta el nuevo apuntar de la mañana,
que con ánimo y firme presupuesto
de vencer o morir, de buena gana
salen del sitio y alojado puesto
contra la gente bárbara araucana,

que no menos estaba acodiciada
del venir al efeto de la espada.
Un edicto Lautaro puesto había
que quien fuera del muro un paso diese,
como por crimen grave y rebeldía,
sin otra información luego muriese;
así el temor frenando a la osadía,
por más que la ocasión la comoviese
las riendas no rompió de la obediencia
ni el ímpetu pasó de su licencia.
Del muro estaba el bárbaro cubierto,
no dejando salir soldado fuera;
quiere que su partido sea más cierto
encerrando a los nuestros de manera
que no les aproveche en campo abierto
de ligeros caballos la carrera
mas sólo ánimo, esfuerzo y entereza
y la virtud del brazo y fortaleza.
Era el orden así, que acometiendo
la plaza, al tiempo del herir volviesen
las espaldas los bárbaros huyendo,
porque dentro los nuestros se metiesen;

y algunos por defuera revolviendo,
antes que los cristianos se advirtiesen,
ocuparles las puertas del cercado,
y combatir allí a campo cerrado.
Alonso de Ercilla
270
Con tal ardid los indios aguardaban
a la gente española que venía
y en viéndola asomar la saludaban
alzando una terrible vocería;
soberbios desde allí la amenazaban
con audacia, desprecio y bizarría,
quién la fornida pica blandeando,
quién la maza ferrada levantando.
Como toros que van a salir lidiados,
cuando aquellos que cerca lo desean,
con silbos y rumor de los tablados
seguros del peligro los torean,
y en su daño los hierros amolados
sin miedo amenazándolos blandean:
así la gente bárbara araucana
del muro amenazaba a la cristiana.
Los españoles, siempre con semblante
de parecerles poca aquella caza,
paso a paso caminan adelante
pensando de allanar la fuerte plaza,
en alta voz diciendo: «No es bastante
el muro ni la pica y dura maza
a estorbaros la muerte merecida
por la gran desvergüenza cometida».
Llegados de la fuerza poco trecho,
reconocida bien por cada parte,
pónenle el rostro y sin torcer, derecho,
La Araucana
271
asaltan el fosado baluarte.
Por acabado tienen aquel hecho;
de los bárbaros huye la más parte,
ganan las puertas francas con gran gloria,
cantando en altas voces la vitoria.
No hubiera relación deste contento
si los primeros indios aguardaran
tanto espacio y sazón cuanto un momento
que las puertas los últimos tomaran,
mas viéndolos entrar, sin sufrimiento
ni poderse abstener, luego reparan;
haciendo la señal que no debían,

hicieron revolver los que huían.
Como corre el caballo cuando ha olido
las yeguas que atrás quedan y querencia
que allí el intento inclina y el sentido,
gime y relincha con celosa ausencia,
afloja el curso, atrás tiende el oído,
alerto a si el señor le da licencia,
que a dar la vuelta aun no le ha señalado
cuando sobre los pies ha volteado,
de aquel modo los bárbaros huyendo
con muestra de temor, aunque fingida,
firman el paso presuroso oyendo
la alegre y cierta seña conocida,
y en contra de los nuestros esgrimiendo
la cruda espada, al parecer rendida,
vuelven con una furia tan terrible
que el suelo retembló del són horrible.
Alonso de Ercilla
272
Como por sesgo mar del manso viento
siguen las graves olas el camino
y con furioso y recio movimiento
salta el contrario Coro repentino,
que las arenas del profundo asiento
las saca arriba en turbio remolino,
y las hinchadas olas revolviendo
al tempestuoso Coro van siguiendo.
De la misma manera a nuestra gente
que el alcance sin término seguía,
la súbita mudanza de repente
le turbó la vitoria y alegría
que, sin se reparar, violentamente
por el mismo camino revolvía,
resistiendo con ánimo esforzado
el número de gente aventajado.
Mas como un caudaloso río de fama,
la presa y palizada desatando,
por inculto camino se derrama
los arraigados troncos arrancando,
cuando con desfrenado curso brama
cuanto topa delante arrebantando
y los duros peñascos enterrados
por las furiosas aguas son llevados,
con ímpetu y violencia semejante
los indios a los nuestros arrancaron,
y sin pararles cosa por delante
en furiosa corriente los llevaron,

hasta que con veloz furor pujante
La Araucana
273
de la cerrada plaza los lanzaron,
que el miedo de perder allí la vida
les hizo el paso llano a la salida.
De más priesa y con pies más desenvueltos
los sueltos españoles que a la entrada,
en una polvorosa nube envueltos
salen del cerco estrecho y palizada;
entre ellos van los bárbaros revueltos,
una gente con otra amontonada,
que sin perder un punto se herían
de manos y de pies como podían.
No el alzado antepecho y agujeros
que fuera del entorno había cavados,
ni la fajina y suma de maderos
con los fuertes bejucos amarrados
detuvieron el curso a los ligeros
caballos, de los hierros hostigados,
que como si volaran por el viento,
salieron a lo llano en salvamento.
Los españoles sin parar corriendo
libre la plaza a los contrarios dejan,
que la fortuna próspera siguiendo
con prestos pies y manos los aquejan;
pero los nuestros, el morir temiendo,
siempre alargan el paso y más se alejan,
deteniendo a las veces flojamente
la gran furia y pujanza de la gente.
Alonso de Ercilla
274
Bien una legua larga habían corrido
a toda furia por la seca arena;
sólo Lautaro no los ha seguido,
lleno de enojo y de rabiosa pena.
Viendo el poco sustén del mal regido
campo, tan recio el rico cuerno suena,
que los más delanteros los sintieron
y al són, sin más correr, se retrujeron.
Estaba así impaciente y enojado
que mirarle a la cara nadie osaba
y al pabellón él solo retirado,
un nuevo edicto publicar mandaba,
que guerrero ninguno fuese osado
salir un paso fuera de la cava,
aunque los españoles revolviesen

y mil veces el fuerte acometiesen.
Después, llamando a junta a los soldados
aunque ardiendo en furor, templadamente
les dice: «Amigos, vamos engañados,
si con tan poco número de gente
pensamos allanar los levantados
muros de una ciudad así eminente;
la industria tiene aquí más fuerza y parte
que la temeridad del fiero Marte.
Ésta los fieros ánimos reprime
y a los flacos y débiles esfuerza;
las cervices indómitas oprime
y las hace domésticas por fuerza;
ésta el honor y pérdidas redime

275
y la sazón a usar della nos fuerza,
que la industria solícita y Fortuna
tienen conformidad y andan a una.
Cumple partir de aquí, muestras haciendo
que sólo de temor nos retiramos,
y asegurar los españoles, viendo
cómo el honor y campo les dejamos;
que después a su tiempo revolviendo,
haremos lo que así dificultamos,
teniendo ellos el llano y por guarida
vecina la ciudad fortalecida».
El hijo de Pillán esto decía
cuando asomaba el bando castellano,
que con esfuerzo nuevo y osadía
quiere probar segunda vez la mano.
Fue tanto el alborozo y alegría
de los bárbaros, viendo por el llano
aparecer los nuestros, que al momento
gritan y baten palmas de contento.
En esto los cristianos acercando
poco a poco se van a la batalla,
y al justo tiempo del partir llegando,
dejan irse a la bárbara canalla;
que uno la maza en alto, otro bajando
la pica, el cuerpo esento en la muralla,
con animoso esfuerzo se mostraban
y al ejercicio bélico incitaban.

276
Unos acuden a las anchas puertas
y comienzan allí el combate duro;

de escudos las cabezas bien cubiertas
se llegan otros al guardado muro;
otros buscan por partes descubiertas
la subida y el paso más seguro;
hinche el bando español la cava honda
y el araucano el muro a la redonda.
Pero el pueblo español con osadía,
cubierto de fortísimos escudos
la lluvia de los tiros resistía
y los botes de lanzas muy agudos.
Era tanta la grita y armonía
y el espeso batir de golpes crudos,
que Maule el raudo curso refrenaba
confuso al són que en torno ribombaba.
Por las puertas y frente y por los lados
el muro se combate y se defiende;
allí corren con priesa amontonados
adonde más peligro haber se entiende;
allí con prestos golpes esforzados
a su enemigo cada cual ofende
con furia tan terrible y fuerza dura
que poco importa escudo ni armadura.
Los nuestros hacia atrás se retrujeron,
de los tiros y golpes impelidos,
tres veces y otras tantas revolvieron

de vergonzosa cólera movidos.
Gran pieza la fortuna resistieron
mas ya todos andaban mal heridos,
flacos, sin fuerza, lasos, desangrados
y de sangre los hierros colorados.
El coraje y la cólera es de suerte
que va en aumento el daño y la crueza;
hallan los españoles siempre el fuerte
más fuerte y en los golpes más dureza;
sin temor acometen de la muerte,
pero poco aprovecha esta braveza,
quel que menos herido y flaco andaba
por seis partes la sangre derramaba.
Hasta la gente bárbara se espanta
de ver lo que los nuestros han sufrido
de espesos golpes, flecha, y piedra tanta
que sin cesar sobre ellos ha llovido,
y cuán determinados y con cuánta
furia tres veces han acometido;
desto los enemigos impacientes

apretaban los puños y los dientes.
Y como tempestad que jamás cesa
antes que va en furioso crecimiento,
cuando la congelada piedra espesa
hiere los techos y se esfuerza el viento,
así los duros bárbaros, apriesa,
movidos de vergüenza y corrimiento

con lanzas, dardos, piedras arrojadas,
baten dargas, rodelas y celadas.
Los cansados cristianos no pudiendo
sufrir el gran trabajo incomportable,
se van forzosamente retrayendo
del vano intento y plaza inexpugnable;
y el destrozado campo recogiendo,
vista su suerte y hado miserable,
por el mesmo camino que vinieron,
aunque con menos furia, se volvieron.
Aquella noche al pie de una montaña
vinieron a tener su alojamiento,
segura de enemigos la campaña,
que ninguno salió en su seguimiento.
Decir prometo la cautela estraña
de Lautaro después, que ahora me siento
flaco, cansado, ronco; y entretanto
esforzaré la voz al nuevo canto.

Canto XII

Recogido Lautaro en su fuerte, no quiere seguir la vitoria por entretener a los españoles. Pasa ciertas razones con él Marco Veaz, por las cuales Pedro de Villagrán viene a entender el peligroso punto en que estaba, y levantando su campo se retira. Viene el marqués de Cañete a la ciudad de los reyes en el Pirú

Virtud difícil y difícil prueba
es guadar el secreto peligroso,
que la dificultad bien claro prueba
cuánto es sano, seguro y provechoso
y el poco fruto y mucho mal que lleva
el vicio inútil del hablar dañoso;
ejemplo los de Líbico homicidas,
y otros que les costó el hablar las vidas.
Veránse por los ojos y escrituras
en los presentes tiempos y pasados
crueldades, ruinas, desventuras,
infamias, puniciones de pecados,

grandes yerros en grandes coyunturas,
pérdidas de personas y de estados;
todo por no sufrir el indiscreto
la peligrosa carga del secreto.
De los vicios el menos de provecho
y por donde más daño a veces viene,
es el no retener el fácil pecho
el secreto hasta el tiempo que conviene;
rompe y deshace al fin todo lo hecho,

280
quita la fuerza que la industria tiene,
guerra, furor, discordia, fuego enciende,
al propio dueño y al amigo vende.
Por eso el sabio hijo de Pillano
la causa a sus soldados encubría
de no dejar salir gente a lo llano,
siguiendo la vitoria de aquel día;
y el retirado campo castellano
seguro a paso largo por la vía,
como dije, la furia quebrantada,
toma de la ciudad la vuelta usada.
Usar Lautaro desta maña, entiendo
que fuese para algún sagaz intento,
el cual por conjeturas comprehendo
ser de gran importancia y fundamento.
Dejado esto a su tiempo y revolviendo
a los nuestros, que así del fuerte asiento
se alejan, a tres leguas otro día
hicieron alto, asiento y ranchería.
Dos días los españoles estuvieron
haciendo de los bravos, aguardando
pero jamás los bárbaros vinieron,
ni gente pareció del otro bando;
al fin dos de los nuestros se atrevieron
a ver el fuerte y cerca dél llegando,
oyeron una voz alta del muro,
diciéndoles: «Llegaos, que os doy seguro».

281
Al uno por su nombre lo llamaba
con el cierto seguro prometido,
el cual dejando al otro se llegaba
por conocer quién era el atrevido.
Llegado el español junto a la cava,
el de la voz fue luego conocido,
que era el gallardo hijo de Pillano,

tratado dél un tiempo como hermano.
Estaba de un lustroso peto armado
con sobrevista de oro guarnecida,
en una gruesa pica recostado
por el ferrado regatón asida;
el ancho y duro hierro colorado
y de sangre la media asta teñida;
puesta de limpio acero una celada
abierta por mil partes y abollada.
Llegado el español donde podía
hablarle y entenderle claramente,
el bizarro Lautaro le decía:
«Marcos, de ti me espanto estrañamente,
y de esa tu inorante compañía,
que sin razón y seso, ciegamente
penséis así de mi opinión mudarme
y ser bastantes todos a enojarme.
¿Qué intento os mueve o qué furor insano
que así queréis tiranizar la tierra?
¿No veis que todo agora está en mi mano:

el bien vuestro y el mal, la paz, la guerra?
¿No veis que el nombre y crédito araucano
los levantados ánimos atierra,
que sólo el són al mundo pone miedo
y quebranta las fuerzas y el denuedo?
«En los pueblos no fuistes poderosos
de defender las propias posesiones,
que es cosa que aun los pájaros medrosos
hacen rostros en su nido a los leones,
¿y en los desiertos campos pedregosos
pensáis de sustentar los pabellones
en tiempo que estáis más amedrentados,
y más vuestros contrarios animados?
Es, a mi parecer, loca osadía
querer contra nosotros sustentaros,
pues ni por arte, maña ni otra vía
podéis en nuestro daño aprovecharos.
Si lo queréis llevar por valentía,
baste el presente estrago a escarmentaros,
que fresca sangre aún vierten las heridas
y della aquí las yerbas veo teñidas.
Pues dejar yo jamás de perseguiros,
según que lo juré, será escusado.
Hasta dentro de España he de seguiros,
que así lo he prometido al gran Senado;

mas si queréis en tiempo reduciros
haciendo lo que aquí os será mandado,
La Araucana
283
saldré de la promesa y juramento
y vosotros saldréis de perdimiento.
«Treinta mujeres vírgines apuestas
por tal concierto habéis de dar cada año,
blancas, rubias, hermosas, bien dispuestas,
de quince años a veinte, sin engaño.
Han de ser españolas, y tras éstas,
treinta capas de verde y fino paño,
y otras treinta de púrpura tejidas,
con fino hilo de oro guarnecidas.
También doce caballos poderosos,
nuevos y ricamente enjaezados,
domésticos, ligeros y furiosos,
debajo de la rienda concertados
y seis diestros lebreles animosos
en la caza me habéis de dar cebados:
este solo tributo estorbaría
lo que estorbar el mundo no podría».
Atento el castellano lo escuchaba,
estando de la plática gustoso,
mas cuando a estas razones allegaba
no pudo aquí tener ya más reposo;
así impaciente al bárbaro atajaba,
diciéndole: «No estés tan orgulloso,
que las parias, que pides, ¡oh Lautaro!,
te costarán, si esperas, presto caro.
Alonso de Ercilla
284
En pago de tu loco atrevimiento
te darán españoles por tributo
cruda muerte con áspero tormento,
y Arauco cubrirán de eterno luto».
Lautaro dijo: «Es eso hablar al viento.
Sobre ello, Marcos, más yo no disputo:
las armas, no la lengua, han de tratarlo
y la fuerza y valor determinarlo.
Libre puedes decir lo que quisieres
como aquel que seguro le está dado,
que tú después harás lo que pudieres
y yo podré hacer lo que he jurado;
tratemos de otras cosas de placeres,
quede para su tiempo comenzado,
y quiérote mostrar, pues tiempo hallo,

una lucida escuadra de caballo.
Que para que no andéis tan al seguro,
acuerdo de tener también caballos
y de imponer mis súbditos procuro
a saberlos tratar y gobernallos».
Esto dijo Lautaro y desde el muro,
a seis dispuestos mozos, sus vasallos,
mandó que en seis caballos cabalgasen
y por delante dél los paseasen.
Por las dos puentes, a la vez caladas,
salieron a caballo seis chilcanos,
pintadas y anchas dargas embrazadas,

285
gruesas lanzas terciadas en las manos;
vestidas fuertes cotas y tocadas
las cabezas, al modo de africanos,
mantos por las caderas derribados,
los brazos hasta el codo arremangados.
Y con airosa muestra, por delante
del atento español dos vueltas dieron;
pero ni de su puesto y buen semblante,
punto que se notase le movieron,
antes con muestra y ánimo arrogante,
en alta voz, que todos lo entendieron
(que el muro estaba ya lleno de gente),
habló así con Lautaro libremente:
«En vano, ¡oh capitán! cierto trabaja
quien pretende con fieros espantarme;
no estimo lo que vees en una paja
ni alardes pueden punto amedrentarme.
Y por mostrar si temo la ventaja
yo solo con los seis quiero probarme,
do verás que a seis mil seré bastante:
vengan luego a la prueba aquí delante».
Lautaro respondió: «Marcos, si mueres
tanto por nos mostrar tu fuerza y brío,
el mínimo que dellos escogieres
a pie vendrá contigo en desafío
del modo y la manera que quisieres.
Elige armas y campo a tu albedrío,
ora con ellas, ora desarmados,
a puños, coces, uñas y a bocados».

286
El español le dijo: «Yo te digo
que mi honor en tal caso no consiente

darles uno por uno su castigo,
porque jamás se diga entre la gente
que cuerpo a cuerpo bárbaro comigo
en campo osase entrar singularmente;
por tanto, si no quieres lo que pido
no quiero yo acetar otro partido».
No vinieron en esto a concertarse;
después por otras cosas discurrieron
pero llegado el tiempo de apartarse,
del bárbaro los dos se despidieron.
Vueltos a su camino, oyen llamarse,
y a la voz conocida revolvieron,
que era el mesmo Lautaro quien llamaba
diciendo: «Una razón se me olvidaba.
Tengo mi gente triste y afligida,
con gran necesidad de bastimento,
que me falta del todo la comida
por orden mala y poco regimiento;
pues la tenéis de sobra recogida,
haced un liberal repartimiento
proveyéndonos della que, a mi cuenta,
más la gloria y honor vuestro acrecienta.
Que en el ínclito Estado es uso antiguo
y entre buenos soldados ley guardada,
alimentar la fuerza al enemigo

para solo oprimirle por la espada.
Estad, Marcos, atento a lo que digo,
y entended que será cosa loada
que digan que las fuerzas sojuzgastes
que para mayor triunfo alimentastes.
Que se llame vitoria yo lo dudo
cuando el contrario a tal estremo viene,
que en aquello que nunca el valor pudo
la hambre miserable poder tiene;
y al fuerte brazo indómito y membrudo,
lo debilita, doma y lo detiene;
y así por bajo modo y estrecheza
viene a parecer fuerte la flaqueza».
Era, Señor, su intento que pensase
ser la necesidad fingida, cierta,
para que nuestra gente se animase,
de industria abriendo aquella falsa puerta;
y con esto inducirla a que esperase,
teniendo así su astucia más cubierta,
hasta que el fin llegase deseado

del cauteloso engaño fabricado.
Marcos, de las palabras comovido,
le dice: «Yo prometo de intentallo
por sólo esas razones que has movido
y hacer todo el poder en procurallo».
Habiéndose con esto despedido,
revolviendo las riendas al caballo,
Alonso de Ercilla
288
él y su compañero caminaron
hasta que al español campo llegaron.
De todo al punto Villagrán informado
cuanto a Marcos, Lautaro dicho había,
sospechoso, confuso y admirado
de ver que bastimentos le pedía.
Era sagaz, celoso y recatado;
revolviendo la presta fantasía,
los secretos designios comprehende
y el peligroso estado y trance entiende.
Y en el presto remedio resoluto,
cuando el mundo se muestra más escuro,
sin tocar trompa, del peligro instruto,
toma el camino a la ciudad seguro,
maravillado del ardid astuto.
Pero de nuestra gente ahora no curo,
que quiero antes decir el modo estraño
de la ingeniosa astucia y nuevo engaño.
Aún no era bien la nueva luz llegada,
cuando luego los bárbaros supieron
la súbita partida y retirada,
que no con poca muestra lo sintieron,
viendo claro que al fin de la jornada
por un espacio breve no pudieron
hacer en los cristianos tal matanza
que nadie dellos más tomara lanza.
La Araucana
289
Que aquel sitio cercado de montaña,
que es en un bajo y recogido llano,
de acequias copiosísimas se baña
por zanjas con industria hechas a mano.
Rotas al nacimiento, la campaña
se hace en breve un lago y gran pantano;
la tierra es honda, floja, anegadiza,
hueca, falsa, esponjada y movediza.
Quedaran, si las zanjas se rompieran,
en agua aquellos campos empapados;

moverse los caballos no pudieran
en pegajosos lodos atascados,
adonde, si aguardaran, los cogieran
como en liga a los pájaros cebados;
que ya Lautaro, con despacho presto,
había en ejecución el ardid puesto.
Triste por la partida y con despecho
la fuerza desampara el mismo día,
y el camino de Arauco más derecho,
marcha con su escuadrón de infantería.
Revuelve y traza en el cuidoso pecho
diversas cosas y en ninguna había
el consuelo y disculpa que buscaba
y entre sí razonando sospiraba
diciendo: «¿Qué color puede bastarme
para ser desta culpa reservado?
¿No pretendí yo mucho de encargarme
de cosa que me deja bien cargado?
¿De quién sino de mí puedo quejarme

pues todo por mi mano se ha guiado?
¿Soy yo quien prometió en un año solo
de conquistar del uno al otro polo?
Mientras que yo con tan lucida gente
ver el muro español aún no he podido,
la luna ya tres veces frente a frente
ha visto nuestro campo mal regido,
y el carro de Faetón resplandeciente
del Escorpio al Acuario ha discurrido;
y al fin damos la vuelta maltratados
con pérdida de más de cien soldados.
Si con morir tuviese confianza
que una vergüenza tal se colorase,
haría a mi inútil brazo que esta lanza
el débil corazón me atravesase;
pero daría de mí mayor venganza
y gloria al enemigo si pensase
que temí más su brazo poderoso
que el flaco mío, cobarde y temeroso.
Yo juro al infernal poder eterno
(si la muerte en un año no me atierra)
de echar de Chile el español gobierno
y de sangre empapar toda la tierra;
ni mudanza, calor, ni crudo invierno
podrán romper el hilo de la guerra
y dentro del profundo reino escuro

no se verá español de mí seguro».
La Araucana
291
Hizo también solene juramento
de no volver jamás al nido caro
ni del agua, del sol, sereno y viento
ponerse a la defensa ni al reparo;
ni de tratar en cosas de contento
hasta que el mundo entienda de Lautaro
que cosa no emprendió dificultosa
sin darla con valor salida honrosa.
En esto le parece que aflojaba
la cuerda del dolor que a veces, tanto
con grave y dura afrenta le apretaba,
que de perder el seso estuvo a canto.
Así el feroz Lautaro caminaba
y al fin de tres jornadas, entretanto
que esperado tiempo se avecina
se aloja en una vega a la marina,
junto adonde con recio movimiento
baja de un monte Itata caudaloso,
atravesando aquel umbroso asiento
con sesgo curso, grave y espacioso,
los árboles provocan a contento,
el viento sopla allí más amoroso,
burlando con las tiernas florecillas
rojas, azules, blancas y amarillas.
Siete leguas de Penco justamente
es esta deleitosa y fértil tierra,
abundante, capaz y suficiente
para poder sufrir gente de guerra.
Tiene cerca a la banda del oriente
Alonso de Ercilla
292
la grande cordillera y alta sierra,
de donde el raudo Itata apresurado
baja a dar su tributo al mar salado.
Fue un tiempo de españoles pero había
la prometida fe ya quebrantado,
viendo que la fortuna parecía
declarada de parte del Estado,
el cual veinte y dos leguas contenía:
éste era su distrito señalado,
pero tan grande crédito alcanzaba
que toda la nación le respetaba.
Los españoles ánimos briosos
éste los puso humildes por el suelo;

éste los bajos, tristes y medrosos
hace que se levanten contra el cielo;
y los estraños pueblos poderosos
de miedo déste viven con recelo:
los remotos vecinos y estranjeros
se rinden y someten a sus fueros.
Pues la flor del Estado deseando
estaba al tardo tiempo en esta vega,
tardo para quien gusto está esperando,
que al que no espera bien, bien presto llega;
pero el tiempo y sazón apresurando,
a sus valientes bárbaros congrega
y antes que se metiesen en la vía,
estas breves razones les decía:

«Amigos, si entendiese que el deseo
de combatir, sin otro miramiento,
y la fogosa gana que en vos veo
fuese de la vitoria el fundamento,
hágaos saber de mí que cierto creo
estar en vuestra mano el vencimiento
y un paso atrás volver no me hiciera,
si el mundo sobre mí todo viniera.
Mas no es sólo con ánimo adquirida
una cosa difícil y pesada:
¿qué aprovecha el esfuerzo sin medida,
si tenemos la fuerza limitada?
Mas ésta, aunque con límite, regida
por industrioso ingenio y gobernada,
de duras y de muy dificultosas
hace llanas y fáciles las cosas.
¿Cuántos vemos el crédito perdido
en afrentoso y mísero destierro,
por sólo haber sin término ofrecido
el pecho osado al enemigo hierro?
Que no es valor, mas antes es tenido
por loco, temerario y torpe yerro:
valor es ser al orden obediente,
y locura sin orden ser valiente.
Como en este negocio y gran jornada
con tanto esfuerzo así nos destruimos,
fue porque no miramos jamás nada

sino al ciego apetito a quién seguimos;
que a no perder, por furia anticipada,

el tiempo y coyuntura que tuvimos,
no quedara español ni cosa alguna
a la disposición de la Fortuna.
Si al entrar de la fuerza reportados
allí algún sufrimiento se tuviera,
fueran vuestros esfuerzos celebrados,
pues ningún enemigo se nos fuera;
en la ciudad estaban descuidados:
con la gente que andaba por de fuera
hiciéramos un hecho y una suerte,
que no la consumieran tiempo y muerte.
Pero quiero poneros advertencia
que habéis por la razón de gobernaros,
haciendo al movimiento resistencia
hasta que la sazón venga a llamaros;
y no salirme un punto de obediencia
ni a lo que no os mandare adelantaros,
que en el inobediente y atrevido
haré ejemplar castigo nunca oído.
Y pues volvemos ya donde se muestra
nuestro poco valor, por mal regidos,
en fe que habéis de ser, alzo la diestra,
en el primer honor restituidos,
o el campo regará la sangre nuestra
y habemos de quedar en él rendidos

por pasto de las brutas bestias fieras
y de las sucias aves carniceras».
Con esto fue la plática acabada
y la trompeta a levantar tocando,
dieron nuevo principio a su jornada
con la usada presteza caminando;
yendo así, al descubrir de una ensenada,
por Mataquito a la derecha entrando,
un bárbaro encontraron por la vía
que del pueblo les dijo que venía.
Éste les afirmó con juramento
que en Mapocho se sabe su venida:
ora les dio la nueva della el viento,
ora de espías solícitas sabida;
también que de copioso bastimento
estaba la ciudad ya prevenida,
con defensas, reparos, provisiones,
pertrechos, aparatos, municiones.
Certificado bien Lautaro desto,
muda el primer intento que traía,

viendo ser temerario presupuesto
seguirle con tan poca compañía;
piensa juntar más gentes y de presto
un fuerte asiento que en el valle había,
con ingenio y cuidado diligente
comienza a reforzarle nuevamente.

296
Con la priesa que dio, dentro metido,
y ser dispuesto el sitio y reparado,
fue en breve aquel lugar fortalecido
de foso y fuerte muro rodeado.
Gente a la fama desto había acudido,
codiciosa del robo deseado;
forzoso me es pasar de aquí corriendo
que siento en nuestro pueblo un gran estruendo.
Sábese en la ciudad por cosa cierta
que a toda furia el hijo de Pillano
guiando un escuadrón de gente experta
viene sobre ella con armada mano.
El súbito temor puso en alerta
y confusión al pueblo castellano;
mas la sangre, que el miedo helado había,
de un ardiente coraje se encendía.
A las armas acuden los briosos
y aquellos que los años agravaban,
con industrias y avisos provechosos
la tierra y partes flacas reparaban;
tras estos, treinta mozos animosos
y un astuto caudillo se aprestaban,
que con algunos bárbaros amigos
fuesen a descubrir los enemigos.
Villagrá a la sazón no residía
en el pueblo español alborotado;
que para la Imperial partido había

297
por camino de Arauco desviado.
Mas ya con nueva gente revolvía
y junto de do el bárbaro cercado
de gruesos troncos y fajina estaba,
sin saberlo una noche se alojaba.
Cuando la alegre y fresca aurora vino
y él la nueva jornada comenzaba,
al calar de una loma, en el camino
un comarcano bárbaro encontraba,
el cual le dio la nueva del vecino

campo y razón de cuanto en él pasaba,
que todo bien el mozo lo sabía,
como aquel que a robar de allá venía.
Entendió el español del indio cuanto
el bárbaro enemigo determina,
y cómo allega gentes, entretanto
que el oportuno tiempo se avecina:
no puso a los cautenes esto espanto
y más cuando supieron que vecina
venía también la gente nuestra armada,
que dellos aún no estaba una jornada.
Villagrán le pregunta si podría
ganar al araucano la albarrada;
sonriéndose el indio respondía
ser cosa de intentar bien escusada
por el reparo y sitio que tenía,
y estar por las espaldas abrigada

de una tajada y peñascosa sierra
que por aquella parte el fuerte cierra.
Díjole Villagrán: «Yo determino
por esa relación tuya guiarme,
y abrir, por la montaña alta el camino
que quiero a cualquier cosa aventurarme;
y si donde está el campo lautarino
en una noche puedes tú llevarme,
del trabajo serás gratificado
y al fuego, si me mientes, entregado».
Sin temor dice el bárbaro: «Yo juro
en menos de una noche de llevarte
por difícil camino aunque seguro:
desta palabra puedes confiarte.
De Lautaro después no te aseguro,
ni tu gente y amigos serán parte
a que, si vais allá, no os coja a todos
y os dé civiles muertes de mil modos».
No le movió el temor que le ponía
a Villagrán el bárbaro guerrero,
que, visto cuán sin miedo se ofrecía,
le pareció de trato verdadero;
y a la gente del pueblo que venía
despacha un diligente mensajero
para que con la priesa conveniente
con él venga a juntarse brevemente.

Pues otro día allí juntos, se dejaron
ir por do quiso el bárbaro guiallos,
y en la cerrada noche no cesaron
de afligir con espuelas los caballos.
Después se contará lo que pasaron,
que cumple por agora aquí dejallos
por decir la venida en esta tierra
de quien dio nuevas fuerzas a la guerra.
Hasta aquí lo que en suma he referido
yo no estuve, Señor, presente a ello
y así, de sospechoso, no he querido
de parciales intérpretes sabello;
de ambas las mismas partes lo he aprendido,
y pongo justamente sólo aquello
en que todos concuerdan y confieren
y en lo que en general menos difieren.
Pues que en autoridad de lo que digo
vemos que hay tanta sangre derramada,
prosiguiendo adelante, yo me obligo
que irá la historia más autorizada;
podré ya discurrir como testigo
que fui presente a toda la jornada,
sin cegarme pasión, de la cual huyo,
ni quitar a ninguno lo que es suyo.
Pisada en esta tierra no han pisado
que no haya por mis pies sido medida;
golpe ni cuchillada no se ha dado,

que no diga de quién es la herida;
de las pocas que di estoy disculpado,
pues tanto por mirar embebecida
truje la mente en esto y ocupada
que se olvidaba el brazo de la espada.
Si causa me incitó a que yo escribiese
con mi pobre talento y torpe pluma,
fue que tanto valor no pereciese,
ni el tiempo injustamente lo consuma;
quel mostrarme yo sabio me moviese
ninguno que lo fuere lo presuma;
que, cierto bien entiendo mi pobreza
y de las flacas sienes la estrecheza.
De mi poco caudal bastante indicio
y testimonio aquí patente queda;
va la verdad desnuda de artificio
para que más segura pasar pueda;
pero, si fuera desto lleva vicio,

pido que por merced se me conceda
se mire en esta parte el buen intento
que es sólo de acertar y dar contento.
Que aunque la barba el rostro no ha ocupado
y la pluma a escrebir tanto se atreve
que de crédito estoy necesitado,
pues tan poco a mis años se le debe,
espero que será, Señor, mirado
el celo justo y causa que me mueve,

y esto y la voluntad se tome en cuenta
para que algún error se me consienta.
Quiero dejar a Arauco por un rato,
que para mi dicurso es importante
lo que forzado aquí del Pirú trato
aunque de su comarca es bien distante;
y para que se entienda más barato
y con facilidad lo de adelante,
si Lautaro me deja, diré en breve
la gente que en su daño ahora se mueve.
El Marqués de Cañete era llegado,
a la ciudad insigne de Los Reyes,
de Carlos Quinto Máximo enviado
a la guarda y reparo de sus leyes;
éste fue por sus partes señalado
para virrey de donde dos virreyes
por los rebeldes brazos atrevidos
habían sido a la muerte conducidos.
Oliendo el Virrey nuevo las pasiones
y maldades por uso introducidas,
el ánimo dispuesto a alteraciones
en leal apariencia entretejidas,
los agravios, insultos y traiciones
con tanta desvergüenza cometidas,
viendo que aun el tirano no hedía,
que, aunque muerto, de fresco se bullía,
entró como sagaz y receloso,

no mostrando el cuchillo y duro hierro,
que fuera en aquel tiempo peligroso
y dar con hierro en un notable yerro,
mostrándose benigno y amoroso
trayéndoles la mano por el cerro,
hasta tomar el paso a la malicia
y dar más fuerza y mano a la justicia.

En tanto que las cosas disponía
para limpiar del todo las maldades,
quitando las justicias, las ponía
de su mano por todas las ciudades;
éstas eran personas que entendía
haber en ellas justas calidades,
de Dios, del Rey, del mundo temerosas,
en semejantes cargos provechosas.
Entretenía la gente y sustentaba
con són de un general repartimiento,
y el más culpado más premio esperaba,
fundado en el pasado regimiento.
El Marqués entretanto se informaba,
llevando deste error diverso intento,
que no sólo dio pena a los culpados
mas renovó los yerros perdonados;
pues cuando con el tiempo ya pensaron
que estaban sus insultos encubiertos,
en público pregón se renovaron,
y fueron con castigo descubiertos:
que casi en los más pueblos que pecaron
amanecieron en un tiempo muertos

aquellos que con más poder y mano
habían seguido el bando del tirano.
No condeno, Señor, los que murieron
pues fueron perdonados y admitidos
cuando a vuestro servicio en sazón fueron,
y en importante tiempo reducidos,
quedando los errores que tuvieron
a vuestra gran clemencia remitidos.
De vos solo, Señor, es el juzgarlos,
y el poderlos salvar o condenarlos.
Dar mi decreto en esto yo no puedo,
que siempre en casos de honra lo rehuso;
sólo digo el terror y estraño miedo
que en la gente soberbia el Marqués puso
con el castigo, a la sazón acedo,
dejando el reino atónito y confuso,
del temerario hecho tan dudoso
que aun era imaginarlo peligroso.
A quien hallaba culpa conocida
del Pirú le destierra en penitencia,
que es entre ellos la afrenta más sentida,
y que más examina la paciencia;
el justo de ejemplar y llana vida

temeroso escudriña la conciencia,
viendo el rigor de la justicia airada
que ya desenvainado había la espada.
Alonso de Ercilla
304
Y algunos capitanes y soldados
que con lustre sirvieron en la guerra
y esperaban de ser gratificados
conforme a los humores de la tierra,
recelando tenerlos agraviados
del reino en són de presos los destierra,
remitiendo las pagas a la mano
de Rey tan poderoso y soberano.
Esto puso suspensa más la gente,
la causa del destierro no sabiendo,
no entiende si es injusta o justamente;
sólo sabe callar y estar tremiendo;
teme la furia y el rigor presente
y a inquirir la razón no se atreviendo,
tiende a cualquier rumor atento oído,
mas no puede sentir más del ruido.
Temor, silencio y confusión andaba,
atónita la gente discurría,
nadie la oculta causa preguntaba,
que aun preguntar error le parecía;
por saber, uno a otro se miraba
y el más sabio los hombros encogía,
temiendo el golpe del furor presente,
movido al parecer por accidente.
Fue hecho tan sagaz, grande y osado
que pocos con razón le van delante,
asaz en estos tiempos celebrado
La Araucana
305
y a los ánimos sueltos importante;
por él quedó el Pirú atemorizado,
temerario, rebelde y arrogante
y a la justicia el paso más seguro,
con mayor esperanza en lo futuro.
Así enfrenó el Pirú con un bocado
que no le romperá jamás la rienda,
haciendo al ambicioso y alterado
contentarse con sola su hacienda,
y el bullicio y deseo desordenado
le redujo a quietud y nueva emienda;
que poco lo mal puesto permanece
como por la esperiencia al fin parece.

Quien antes no pensaba estar contento
con veinte o treinta mil pesos de renta,
enfrena de tal suerte el pensamiento
que sólo con la vida se contenta;
después hizo el Marqués repartimiento
entre los beneméritos de cuenta,
para esforzar los ánimos caídos
y dar mayor tormento a los perdidos.
Con ejemplos así y acaecimientos,
¿cómo vemos que tantos van errados,
que sobre arena y frágiles cimientos
fabrican edificios levantados?
Bien se muestran sus flacos fundamentos,
pues por tierra tan presto derribados

con afrentoso nombre y voz los vemos,
huyendo su infición cuanto podemos.
¡Oh vano error!, ¡oh necio desconcierto
del torpe que con ánimo inorante
no mira en el peligro y paso incierto
las pisadas de aquel que va delante,
teniendo, a costa ajena, ejemplo cierto,
que el brazo del amigo más constante
ha de esparcir su sangre en su disculpa,
lavando allí la espada de la culpa!
Quiero que esté algún tiempo falsamente
sobre traidores hombros sostenido:
que el viento que se mueva de repente
le aflige, altera y turba aquel ruido,
pues que cuando la voz del Rey se siente
no hay són tan duro y áspero al oído
que tiene solo el nombre fuerza tanta
que los huesos le oprime y le quebranta.
Que le asome Fortuna algún contento,
¡con cuántos sinsabores va mezclado
aquel recelo, aquel desabrimiento,
aquel triste vivir tan recatado!.
Traga el duro morir cada momento,
témese del que está más confiado,
que la vida antes libre y amparada
está sujeta ya a cualquiera espada.

Negando al Rey la deuda y obediencia,
se somete al más mínimo soldado
poniendo en contentarle diligencia

con gran miedo y solícito cuidado;
y aquellos más amigos en presencia,
las lanzas le enderezan al costado
y sobre la cabeza aparejadas
le están amenazando mil espadas.
Cualquier rumor, cualquiera voz le espanta,
cualquier secreto piensa ques negarle;
si el brazo mueve alguno y lo levanta,
piensa el triste que fue para matarle:
la soga arrastra, el lazo a la garganta,
¿qué confianza puede asegurarle?
pues mal el que negar al Rey procura
tendrá con un tirano fe segura.
Si no bastare verlos acabados
tan presto, y que ninguno permanece,
y los rollos y términos poblados
de quien tan justamente lo merece:
bandos, casas, linajes estragados,
con nombre que los mancha y escurece;
baste la obligación con que nacemos
que a Nuestro Rey y príncipe tenemos.
De un paso en otro paso voy saliendo
del discurso y materia que seguía
pero aunque vaya ciego discurriendo

por caminos más ásperos sin guía,
del encendido Marte el són horrendo
me hará que atine a la derecha vía;
y así seguro desto y confiado
me atrevo a reposar, que estoy cansado.

Canto XIII

Hecho el marqués de Cañete el castigo en el Pirú, llegan mensajeros de Chile a pedirle socorro; el cual, vista ser su demanda importante y justa, se le envía grande por mar y por tierra. También contiene al cabo este canto cómo Francisco de Villagrán, guiado por un indio, viene sobre Lautaro

Dichoso con razón puede llamarse
aquel que en los peligros arrojado
dellos sabe salir sin ensuciarse
y libre de poder ser imputado;
pero quien déstos puede desviarse
le tengo por más bienaventurado;
aunque el peligro afina lo perfeto,
aquel que dél se aparta es el discreto:

que muchas veces da la fantasía
en cosas que seguro nos promete,
y un ánimo a salir con ellas cría,
que con temeridad las acomete;
después en el peligro desvaría,
y no acierta a salir de a do se mete,
que la señora al siervo sometida
pierde la fuerza y tino a la salida.
Veréis en el Pirú que han procurado
levantar el tirano y ayudarle,
para sólo mostrar, después de alzado,
la traidora lealtad en derribarle;
y con designio y ánimo dañado

310
le dan fuerza, y después viene a matarle
la espada infiel de la maldad autora,
al Rey y amigos pérfida y traidora.
Fraguan la guerra, atizan disensiones
en hábito leal, aunque engañoso,
pensando de subir más escalones
por un áspero atajo y tropezoso.
Al cabo las malvadas intenciones
vienen a fin tan malo y afrentoso
como veréis, si bien miráis la guerra
civil y alteraciones desta tierra.
Deshechos, pues, del todo los ñublados
por el audaz marqués y su prudencia,
curando con rigor los alterados
como quien entendió bien la dolencia,
en nombre de su Rey, a otros tocados
de aquel olor, descubre la clemencia
que hasta allí del rigor cubierta estaba,
con general perdón que los lavaba.
No el atrevido caso y espantoso
en el Pirú jamás acontecido,
ni el ejemplar castigo riguroso
que amansó el fiero pueblo embravecido
fue en tal tiempo bastante y poderoso
de ensordecer el bárbaro ruido
y la voz araucana y clara fama
que en aquellas provincias se derrama.

311
Nuevas por mar y tierra eran llegadas
del daño y perdición de nuestra gente
por las vitorias grandes y jornadas

del araucano bárbaro potente;
pidiendo las ciudades apretadas
presuroso socorro y suficiente,
haciendo relación de cómo estaban
y de todas las cosas que pasaban.
Gerónymo Alderete, Adelantado,
a quien era el gobierno cometido,
hombre en estas provincias señalado
y en gran figura y crédito tenido,
donde como animoso y buen soldado
había grandes trabajos padecido,
-no pongo su proceso en esta historia,
que dél la general hará memoria-,
presente no se halla a tanta guerra
y a tales desventuras y contrastes;
mas con vos, gran Felipe, en Inglaterra,
cuando la fe de nuevo allí plantastes.
Allí le distes cargo desta tierra,
de allí con gran favor le despachastes,
pero cortóle el áspero destino
el hilo de la vida en el camino.
Fue su llorada muerte asaz sentida,
y más el sentimiento acrecentaba
ver el gobierno y tierra tan perdida,

que cada uno por sí se gobernaba.
Andaba la discordia ya encendida,
la ambición del mandar se desmandaba;
al fin, es imposible que acaezca
que un cuerpo sin cabeza permanezca.
Aquellos que de Chile habían venido
a pedir el socorro necesario,
viendo a su Adelantado fallecido
y todo a su propósito contrario,
con un semblante triste y afligido,
de parecer de todos voluntario,
piden a don Hurtado que se vea
y de remedio presto los provea,
diciendo: «Varón claro y excelente,
nuestra necesidad te es manifiesta,
y la fuerza del bárbaro potente
que tiene a Chile en tanto estrecho puesta;
el más fuerte remedio es llevar gente,
ésta ya puedes ver cuán cara cuesta.
De parte de tu Rey te requerimos
nos concedas aquí lo que pedimos.

A tu hijo, ¡oh Marqués!, te demandamos,
en quien tanta virtud y gracia cabe,
porque con su persona confiamos
que nuestra desventura y mal se acabe;
de sus partes, señor, nos contentamos,
pues que por natural cosa se sabe,
La Araucana
313
y aun acá en el común es habla vieja,
que nunca del león nació la oveja.
Y pues hay tanta falta de guerreros,
haciendo esta jornada don García
se moverá el común y caballeros,
alegres de llevar tan buena guía;
y lo que no podrán muchos dineros
podrá el amor y buena compañía
o la vergüenza y miedo de enojarte
o su propio interés en agradarle».
El Marqués de Cañete, respondiendo
a la justa demanda alegremente,
vino en ella de grado, conociendo
ser cosa necesaria y conveniente;
y el hijo, hacienda y deudos ofreciendo,
al punto derramó en toda la gente
gran gana de pasar aquella tierra,
a ejercitar las armas en tal guerra.
Uno se ofrece allí y otro se ofrece,
así gran gente en número se mueve
y aquel que no lo hace, le parece
que falta y no responde a lo que debe;
hasta en cansados viejos reverdece
el ardor juvenil y se remueve
el flaco humor y sangre casi helada
con el alegre son desta jornada.
Alonso de Ercilla
314
¡Oh valientes soldados araucanos,
las armas prevenid y corazones,
y el usado valor de vuestras manos
temido en las antárticas regiones,
que gran copia de jóvenes lozanos
descoge en vuestro daño sus pendones,
pensando entrar por toda vuestra tierra
haciendo fiero estrago y cruda guerra!
No con los hierros botos y mohosos
de los que las paredes hermosean,
ni brazos del torpe ocio perezosos

que con gran pesadumbre se rodean,
ni los ánimos hechos a reposos,
que cualquiera mudanza en que se vean
los altera, los turba y entorpece
y el desusado són los desvanece;
mas hierros templadísimos y agudos
en sangre de tiranos afilados,
fuertes brazos, robustos y membrudos,
en dar golpes de muerte ejercitados;
ánimos libres de temor desnudos,
en los peligros siempre habituados,
que el són horrendo que a otros atormenta
los alegra, despierta y alimenta.
Cosas destas yo pienso que ninguna
os puede derribar de vuestro estado;
mas tiéneme dudoso sola una,

que nadie della ha sido reservado;
ésta es la usada vuelta de Fortuna
que siempre alegre rostro os ha mostrado,
y es inconstante, falsa y variable,
en el mal firme y en el bien mudable.
Que si la guerra el español procura
haciendo de su espada ufana muestra,
querríale preguntar si por ventura
corta por más lugares que la vuestra;
si la fuerza del brazo le asegura
del poder vuestro y vencedora diestra
verá, si mira bien en lo pasado,
el campo, de sus huesos ocupado.
No sé; pero soberbio y encendido
en bélico furor el pueblo veo,
y al más triste español apercebido
de armas, rico aparato y buen deseo.
¡Oh Arauco!, yo te juzgo por perdido;
si las obras igualan al arreo
y no tiempla el camino esta braveza
¡ay de tu presunción y fortaleza!
Del apartado Quito se movieron
gentes para hallarse en esta guerra;
de Loxa, Piura, de Iaén salieron,
de Truxillo, de Guánuco y su tierra;
de Guamanga, Arequipa concurrieron
gran copia; y de los pueblos de la sierra,

La Paz, Cuzco y los Charcas bien armados
bajaron muchos pláticos soldados.
Treme la tierra, brama el mar hinchado
del estruendo, tumultos y rumores
que suenan por el aire alborotado
de pífaros, trompetas y atambores
contra el rebelde pueblo libertado,
amenazando ya sus defensores
con gruesa y reforzada artillería,
que dentro del Estado el són se oía.
De aparatos, jaeces, guarniciones
los gallardos soldados se arreaban;
sobrevistas y galas, invenciones
nuevas y costosísimas sacaban;
estandartes, enseñas y pendones
al viento en cada calle tremolaban;
vieran sastres y obreros ocupados
en hechuras, recamos y bordados.
Con el concurso y junta de guerreros
el grande estruendo y trápala crecía,
y los prestos martillos de herreros
formaban dura y áspera armonía;
el rumor de solícitos armeros
todo el ancho contorno ensordecía;
los celosos caballos, de lozanos
relinchando, triscaban con las manos.

Andaba así la gente embarazada
con el nuevo bullicio de la guerra,
mas ya de lo importante aparejada
un caudillo salió luego por tierra;
llevando copia della encomendada
atravesó a Atacama y la alta sierra
con la desierta costa y despoblados,
de osamenta de bárbaros sembrados.
La gente principal, todo aprestado,
y reliquias del campo que quedaban,
para romper el mar alborotado
otra cosa que tiempo no aguardaban.
Mas viendo el cielo ya desocupado
y que las bravas olas aplacaban,
con ordenada muestra y rico alarde
salieron de Los Reyes una tarde.
Yo con ellos también, que en el servicio
vuestro empecé y acabaré la vida,
que estando en Inglaterra en el oficio

que aun la espada no me era permitida,
llegó allí la maldad en deservicio
vuestro, por los de Arauco cometida,
y la gran desvergüenza de la gente
a la Real Corona inobediente.
Y con vuestra licencia, en compañía
del nuevo capitán y Adelantado
caminé desde Londres hasta el día

318
que le dejé en Taboga sepultado;
de donde, con trabajos y porfía,
de la fortuna y vientos arrojado,
llegué a tiempo que pude juntamente
salir con tan lucida y buena gente.
Otro escuadrón de amigos se me olvida,
no menos que nosotros necesarios,
gente templada, mansa y recogida,
de frailes, provisores, comisarios,
teólogos de honesta y santa vida,
franciscos, dominicos, mercenarios,
para evitar insultos de la guerra,
usados más allí que en otra tierra.
De varias profesiones y colores
sale de Lima una lucida banda
y en el puerto tendidas por las flores
estaban mesas llenas de vianda
con vinos de odoríferos sabores,
donde luego por una y otra banda
sobre la verde hierba reclinados
gustamos los manjares delicados.
Alegres los estómagos, contentos
fuimos a la marina conducidos
a do de verdes ramos y ornamentos
estaban los bateles prevenidos,
y al són de varios y altos instrumentos,
de los caros amigos despedidos

319
en los ligeros barcos nos metemos,
dando a un tiempo con fuerza al mar los remos.
Los bateles de tierra se alargaban,
dejando con penosa envidia a aquellos
que en la arenosa playa se quedaban
sin apartar los ojos jamás dellos.
Sobre diez galeones arribaban
los prestos barcos, y saltando en ellos

tiempo los marineros no perdieron,
que las velas al viento descogieron.
De estandartes, banderas, gallardetes
estaban las diez naves adornadas;
hiriendo el fresco viento en los trinquetes
comienzan a moverse sosegadas.
Suenan cañones, sacres, falconetes,
y al doblar de la Isleta embarazadas,
del Austro cargan a babor la escota
tomando al Su-sudueste la derrota.
Las naos por el contrario mar rompiendo
la blanca espuma en torno levantaban,
y a la furia del Austro resistiendo
por fuerza, a su pesar, tierra ganaban;
pero sobre el Garbino revolviendo
de la gran cordillera se apartaban
y de sola una vuelta que viraron
el Guarco, a lesnordeste se hallaron.
Alonso de Ercilla
320
Mas presto por la popa el Guarco vimos
con Chinca de otro bordo emparejando;
en alta mar tras éstos nos metimos
sobre la Nasca fértil arribando;
y al esforzado Noto resistimos,
su furia y bravas olas contrastando,
no bastando los recios movimientos
de dos tan poderosos elementos.
¿Qué haya en Pirú, no es caso soberano
tanta mudanza en tres leguas de tierra,
que cuando es en los llanos el verano,
los montes el lluvioso invierno cierra?
Y cuando espesa niebla cubre el llano
en descubierto hiere el sol la sierra
y por esta razón van más crecientes
en el verano abajo las vertientes.
De los vientos, el Austro es el que manda
que deshace los húmidos ñublados,
y por todo aquel mar discurre y anda
del cual son para siempre desterrados;
los otros vientos reinan a la banda
de Atacama, y allí son libertados,
que bajar al Pirú ninguno puede
ni por natural orden se concede.
Pues las naves, del Austro combatidas,
las espumosas olas van cortando,
que de valientes soplos impelidas

321
rompen la furia en ellas, azotando
las levantadas proas guarnecidas
de planchas de metal... Pero mirando
al español del bárbaro vecino,
habré de andar más presto este camino.
Correré a Villagrán, el cual por tierra
también en su jornada se apresura,
atravesando la fragosa sierra
que iguala con las nubes su estatura;
diré lo que sucede en esta guerra
y qué rostro le muestra la ventura.
Mas, porque todo venga a ser más claro,
quiero tratar un poco de Lautaro
que estaba con su escuadra de guerreros
en el sitio que dije recogido,
y de foso, fajina y de maderos
le había en breve sazón fortalecido.
Tenía dentro soldados forasteros
que a fama de la guerra habían venido,
reparos, bastimentos y otras cosas
para el lugar y tiempo provechosas.
Sola una senda este lugar tenía
de alertas centinelas ocupada;
otra ni rastro alguno no lo había
por ser casi la tierra despoblada.
Aquella noche el bárbaro dormía
con la bella Guacolda enamorada,

322
a quien él de encendido amor amaba
y ella por él no menos se abrasaba.
Estaba el araucano despojado
del vestido de marte embarazoso,
que aquella sola noche el duro hado
le dio aparejo y gana de reposo.
Los ojos le cerró un sueño pesado,
del cual luego despierta congojoso,
y la bella Guacolda sin aliento
la causa le pregunta y sentimiento.
Lautaro le responde: «Amiga mía,
sabrás que yo soñaba en este instante
que un soberbio español se me ponía
con muestra ferocísima delante
y con violenta mano me oprimía
la fuerza y corazón, sin ser bastante

de poderme valer; y en aquel punto
me despertó la rabia y pena junto».
Ella en esto soltó la voz turbada
diciendo: «¡Ay, que he soñado también cuanto
de mi dicha temí, y es ya llegada
la fin tuya y principio de mi llanto!
Mas no podré ya ser tan desdichada
ni Fortuna conmigo podrá tanto
que no corte y ataje con la muerte
el áspero camino de mi suerte.

323
Trabaje por mostrárseme terrible,
y del tálamo alegre derribarme,
que, si revuelve y hace lo posible
de ti no es poderosa de apartarme:
aunque el golpe que espero es insufrible,
podré con otro luego remediarme,
que no caerá tu cuerpo en tierra frío
cuando estará en el suelo muerto el mío».
El hijo de Pillán con lazo estrecho
los brazos por el cuello le ceñía;
de lágrimas bañando el blanco pecho,
en nuevo amor ardiendo respondía:
«No lo tengáis, señora, por tan hecho
ni turbéis con agüeros mi alegría
y aquel gozoso estado en que me veo
pues libre en estos brazos os poseo.
Siento el veros así imaginativa,
no porque yo me juzgue peligroso;
mas la llaga de amor está tan viva
que estoy de lo imposible receloso:
si vos queréis, señora, que yo viva,
¿quién a darme la muerte es poderoso?
Mi vida está sujeta a vuestras manos
y no a todo el poder de los humanos.
¿Quién el pueblo araucano ha restaurado
en su reputación que se perdía,
pues el soberbio cuello no domado

324
ya doméstico al yugo sometía?
Yo soy quien de los hombros le ha quitado
el español dominio y tiranía:
mi nombre basta solo en esta tierra,
sin levantar espada, a hacer la guerra.
Cuanto más que, teniéndoos a mi lado

no tengo qué temer ni daño espero;
no os dé un sueño, señora, tal cuidado,
pues no os lo puede dar lo verdadero,
que ya a poner estoy acostumbrado
mi fortuna a mayor despeñadero;
en más peligros que éste me he metido
y dellos con honor siempre he salido».
Ella, menos segura y más llorosa,
del cuello de Lautaro se colgaba
y con piadosos ojos, lastimosa,
boca con boca así le conjuraba:
«Si aquella voluntad pura, amorosa,
que libre os di cuando más libre estaba,
y dello el alto cielo es buen testigo,
algo puede, señor, y dulce amigo;
por ella os juro y por aquel tormento
que sentí cuando vos de mí os partistes
y por la fe, si no la llevo el viento,
que allí con tantas lágrimas me distes,
que a lo menos me deis este contento
(si alguna vez de mí ya lo tuvistes),

y es que os vistáis las armas prestamente
y al muro asista en orden vuestra gente».
El bárbaro responde: «Harto claro
mi poca estimación por vos se muestra:
¿en tan flaca opinión está Lautaro
y en tan poco tenéis la fuerte diestra
que por la redención del pueblo caro
ha dado ya de sí bastante muestra?
¡Buen crédito con vos tengo, por cierto
pues me lloráis de miedo ya por muerto!»
«¡Ay de mí!, que de vos yo satisfecha
-dice Guacolda- estoy, mas no segura:
¿ser vuestro brazo fuerte qué aprovecha,
si es más fuerte y mayor mi desventura?
Mas ya que salga cierta mi sospecha,
el mismo amor que os tengo me asegura
que la espada que hará el apartamiento,
hará que vaya en vuestro seguimiento.
Pues ya el preciso hado y dura suerte
me amenazan con áspera caída
y forzoso he de ver un mal tan fuerte,
un mal como es de vos verme partida,
dejadme llorar antes de mi muerte
esto poco que queda de mi vida:

que quien no siente el mal, es argumento
que tuvo con el bien poco contento».
Alonso de Ercilla
326
Tras esto tantas lágrimas vertía
que mueve a compasión el contemplalla,
y así el tierno Lautaro no podía
dejar en tal sazón de acompañalla.
Pero ya la turbada pluma mía
que en las cosas de amor nueva se halla,
confusa, tarda y con temor se mueve
y a pasar adelante no se atreve.
La Araucana
327

Canto XIIII

Llega Francisco de Villagrá de noche sobre el fuerte de los enemigos sin ser dellos sentido. Da al amanecer súbito en ellos y a la primera refriega muere Lautaro. Trábase la batalla con harta sangre de una parte y de otra

¿Cuál será aquella lengua desmandada
que a ofender las mujeres ya se atreva,
pues vemos que es pasión averiguada
la que a bajeza tal y error las lleva,
si una bárbara moza no obligada
hace de puro amor tan alta prueba,
con razones y lágrimas salidas
de las vivas entrañas encendidas?
Que ni la confianza ni el seguro
de su amigo le daba algún consuelo,
ni el fuerte sitio, ni el fosado muro
le basta asegurar de su recelo;
que el gran temor nacido de amor puro
todo lo allana y pone por el suelo,
sólo halla el reparo de su suerte
en el mismo peligro de la muerte.
Así los dos unidos corazones
conformes en amor desconformaban
y dando dello allí demostraciones
más el dulce veneno alimentaban.
Los soldados, en torno los tizones,
ya de parlar cansados reposaban,
Alonso de Ercilla
328
teniendo centinelas, como digo,
y el cerro a las espaldas por abrigo.
Villagrá con silencio y paso presto
había el áspero monte atravesado,

no sin grave trabajo, que sin esto
hacer mucha labor es escusado.
Llegado junto al fuerte, en un buen puesto,
viendo que el cielo estaba aun estrellado
paró, esperando el claro y nuevo día,
que ya por el oriente descubría.
De ninguno fue visto ni sentido:
la causa era la noche ser escura
y haber las centinelas desmentido,
por parte descuidada por segura;
caballo no relincha ni hay ruido,
que está ya de su parte la ventura:
ésta hace las bestias avisadas
y a las personas, bestias descuidadas.
Cuando ya las tinieblas y aire escuro
con la esperada luz se adelgazaban,
las centinelas puestas por el muro
al nuevo día de lejos saludaban,
y pensando tener campo seguro
también a descansar se retiraban,
quedando mudo el fuerte y los soldados
en vino y dulce sueño sepultados.

329
Era llegada al mundo aquella hora
que la escura tiniebla, no pudiendo
sufrir la clara vista de la Aurora,
se va en el ocidente retrayendo;
cuando la mustia Clicie se mejora
el rostro al rojo oriente revolviendo,
mirando tras las sombras ir la estrella
y al rubio Apolo Délfico tras ella.
El español, que vee tiempo oportuno,
se acerca poco a poco más al fuerte,
sin estorbo de bárbaro ninguno,
que sordos los tenía su triste suerte;
bien descuidado duerme cada uno
de la cercana inexorable muerte:
cierta señal que cerca della estamos
cuando más apartados nos juzgamos.
No esperaron los nuestros más, que en viendo
ser ya tiempo de darles el asalto,
de súbito levantan un estruendo
con soberbio alarido horrendo y alto;
y en tropel ordenado arremetiendo
al fuerte van a dar de sobresalto:
al fuerte más de sueño bastecido

que al presente peligro apercebido.
Como los malhechores, que en su oficio
jamás pueden hallar parte segura
por ser la condición propia del vicio
Alonso de Ercilla
330
temer cualquier fortuna y desventura,
que no sienten tan presto algún bullicio
cuando el castigo y mal se les figura
y corren a las armas y defensa,
según que cada cual valerse piensa,
así medio dormidos y despiertos
saltan los araucanos alterados,
y del peligro y sobresalto ciertos,
baten toldos y ranchos levantados.
Por verse de corazas descubiertos
no dejan de mostrar pechos airados,
mas con presteza y ánimo seguro
acuden al reparo de su muro.
Sacudiendo el pesado y torpe sueño
y cobrando la furia acostumbrada,
quién el arco arrebata, quién un leño,
quién del fuego un tizón y quién la espada;
quién aguija al bastón de ajeno dueño,
quién por salir más presto va sin nada,
pensando averiguarlo desarmados,
si no pueden a puños, a bocados.
Lautaro a la sazón, según se entiende,
con la gentil Guacolda razonaba;
asegúrala, esfuerza y reprehende
de la desconfianza que mostraba.
Ella razón no admite y más se ofende,
que aquello mayor pena le causaba,
rompiendo el tierno punto en sus amores
el duro són de trompas y atambores.
La Araucana
331
Mas no salta con tanta ligereza
el mísero avariento enriquecido
que siempre está pensando en su riqueza,
si siente de ladrón algún ruido,
ni madre así acudió con tal presteza
al grito de su hijo muy querido
temiéndole de alguna bestia fiera,
como Lautaro al són y voz primera.
Revuelto el manto al brazo, en el instante
con un desnudo estoque y él desnudo,

corre a la puerta el bárbaro arrogante,
que armarse así tan súbito no pudo.
¡Oh pérfida Fortuna!, ¡oh inconstante!
¡cómo llevas tu fin por punto crudo,
que el bien de tantos años, en un punto,
de un golpe lo arrebatas todo junto!
Cuatrocientos amigos comarcanos
por un lado la fuerza acometieron,
que en ayuda y favor de los cristianos
con sus pintados arcos acudieron,
que con estrema fuerza y prestas manos
gran número de tiros despidieron:
del toldo el hijo de Pillán salía
y una flecha a buscarle que venía
por el siniestro lado, ¡oh dura suerte!,
rompe la cruda punta y tan derecho,
que pasa el corazón más bravo y fuerte

que jamás se encerró en humano pecho;
de tal tiro quedó ufana la muerte,
viendo de un solo golpe tan gran hecho;
y usurpando la gloria al homicida,
se atribuye a la muerte esta herida.
Tanto rigor la aguda flecha trujo
que al bárbaro tendió sobre la arena,
abriendo puerta a un abundante flujo
de negra sangre por copiosa vena;
del rostro la color se le retrujo,
los ojos tuerce y con rabiosa pena
la alma, del mortal cuerpo desatada,
bajó furiosa a la infernal morada.
Ganan los nuestros foso y baluarte,
que nadie los impide ni embaraza,
y así por veinte lados la más parte
pisaba de la fuerza ya la plaza;
los bárbaros con ánimo y sin arte,
sin celada ni escudo y sin coraza
comienzan la batalla peligrosa,
cruda, fiera, reñida y sanguinosa.
En oyendo los indios estranjeros
que con Lautaro estaban recogidos
el súbito rumor, salen ligeros,
del miedo y sobresalto apercebidos;
mas sintiendo los golpes carniceros,
el ánimo turbado y los sentidos,

333
con atentas orejas acechaban
adónde con menor rigor sonaban.
Como tímidos gamos, que el ruido
sienten del cazador y atentamente,
altos los cuellos, tienden el oído
hacia la parte que el rumor se siente,
y el balar de la gama conocido
que apedazan los perros y la gente,
con furioso tropel toman la vía
que más de aquel peligro se desvía;
la baja y vil canalla, acostumbrada
a rendirse al temor de aquella suerte,
por ciega senda inculta y desusada
rompe el camino y desampara el fuerte
acá y allá corriendo derramada:
y era tan grande el miedo de la muerte
que al más valiente y bravo se le antoja
ver un fiero español tras cada hoja.
Pero aquellos que nunca el miedo pudo
hacerlos con peligros de su bando,
poniendo osado pecho por escudo
están la antigua riña averiguando;
la desnuda cabeza del agudo
cuchillo no se vee estar rehusando,
ni rehusa la espada la siniestra,
ejercitando el uso de la diestra.
Alonso de Ercilla
334
Que el joven Corpillán, no desmayado
porque su espada y mano vino a tierra
antes en ira súbita abrasado,
contra la parte del contrario cierra;
y habiendo ya la espada recobrado,
la diestra, que aun bullendo el puño afierra,
lejos con gran desdén y furia lanza,
ofreciendo la izquierda a la venganza.
Flaqueza en Millapol no fue sentida
viéndole atravesado por la ijada
y la cabeza de un revés hendida,
ni por pasalle el pecho una lanzada;
que de espumosa sangre a la salida
vino la media lanza acompañada,
dejando aquel lugar della vacío,
aunque lleno de rabia y nuevo brío:
que a dos manos la maza aprieta fuerte
y con furia mayor la gobernaba:

bien se puede llamar de triste suerte
aquel que el fiero bárbaro alcanzaba;
con la rabia postrera de la muerte
una vez el ferrado leño alzaba,
mas faltóle la vida en aquel punto,
cayendo cuerpo y maza todo junto.
Aunque la muerte en medio del camino
le quebrantó el furor con que venía,
un valiente español a tierra vino
del peso y movimiento que traía,
mas luego puesto en pie, con desatino

hacia el lugar del dañador volvía,
y viendo el cuerpo muerto dar en tierra,
pensando que era vivo, con él cierra,
y encima del cadáver arrojado,
de dar la muerte al muerto deseoso,
recio por uno y por el otro lado
hiere y ofende el cuerpo sanguinoso,
hasta tanto que, ya desalentado,
se firma recatado y sospechoso,
y vio a aquel que aferrado así tenía
vueltos los ojos y la cara fría.
Traía la espada en esto Diego Cano
tinta de sangre, y con Picol se junta,
haciendo atrás la rigurosa mano
el pecho le barrena de una punta;
turbado de la muerte el araucano
cayó en tierra, la cara ya difunta,
bascoso, revolviéndose en el lodo
hasta que la alma despidió del todo.
De dos golpes Hernando de Alvarado
dio con el suelto Talco en tierra muerto,
pero fue mal herido por un lado
del gallardo Guacoldo en descubierto;
estuvo el español algo atronado,
mas del atronamiento ya despierto,
corriendo al fuerte bárbaro derecho
la espada le escondió dentro del pecho.

El viejo Villagrán, con la sangrienta
espada por los bárbaros rompiendo,
mata, hiere, tropella y atormenta,
a tiempo a todas partes revolviendo;
un golpe a Nico en la cabeza asienta,

el cual los turbios ojos revolviendo
a tierra vino muerto; y de otro a Polo
le deja con el brazo izquierdo solo.
Usadas las espadas al acero,
topando la desnuda carne blanda,
ayudadas de un ímpetu ligero
dan con piernas y brazos a la banda.
No rehusa el segundo ser primero,
antes todos siguiendo una demanda,
como olas que creciendo van, crecían,
y a la muerte animosos se ofrecían.
La gente una con otra así se cierra,
que aún no daban lugar a las espadas;
apenas los mortales van a tierra
cuando estaban sus plazas ocupadas.
Unos por cima de otros se dan guerra,
enhiestas las personas y empinadas
y de modo a las veces se apretaban,
que a meter por la espada se ayudaban.
Las armas con tal rabia y fuerza esgrimen
que los más de los golpes son mortales;
y los que no lo son, así se imprimen

que dejan para siempre las señales;
todos al descargar los brazos gimen
mas salen los efetos desiguales;
que los unos topaban duro acero,
los otros al desnudo y blando cuero.
Como parten la carne en los tajones
con los corvos cuchillos carniceros,
y cual de fuerte hierro los planchones
baten en dura yunque los herreros,
así es la diferencia de los sones
que forman con sus golpes los guerreros:
quién la carne y los huesos quebrantado,
quién templados arneses abollando.
Pues Juan de Villagrán firme en la silla
contra Guarcondo a toda furia parte,
y la lanza le echó por la tetilla
con una braza de asta a la otra parte.
El bárbaro, la cara ya amarilla,
se arrima desmayado al baluarte,
dando en el suelo súbita caída,
el alma gomitó por la herida.
Pero Rengo, su hermano, que en el suelo
el cuerpo vio caer descolorido,

cuajósele la sangre, y hecho un hielo,
del súbito dolor perdió el sentido;
mas vuelto en sí, se vuelve contra el cielo
blasfemado el soberbio y descreído
Alonso de Ercilla
338
y el ñudoso bastón alzando en alto,
a Juan de Villagrán llegó de un salto.
Mas antes Pon con una flecha presta
hirió al caballo en medio de la frente;
empínase el caballo, el cuello enhiesta,
al freno y a la espuela inobediente
y entre los brazos la cabeza puesta,
sacude el lomo y piernas impaciente:
rendido Villagrán al duro hado
desocupó el arzón y ocupó el prado.
Apenas en el suelo había caído
cuando la presta maza decendía
con una estraña fuerza y un ruido,
que rayo o terremoto parecía;
del golpe el español quedó adormido
y el bárbaro con otro revolvía,
bajando a la cabeza de manera
que sesos, ojos y alma le echó fuera.
Y con venganza tal no satisfecho
del caso desastrado del hermano,
antes con nueva rabia y más despecho
hiere de tal manera a Diego Cano,
que, la barba inclinada sobre el pecho,
se le cayó la rienda de la mano,
y sin ningún sentido, casi frío,
el caballo lo lleva a su albedrío.
La Araucana
339
En medio de la turba embravecido
esgrime en torno la ferrada maza;
a cuál deja contrecho, a cuál tullido,
cuál el pescuezo del caballo abraza;
quién se tiende en las ancas aturdido,
quién, forzado, el arzón desembaraza:
que todo a su pujanza y furia insana
se le bate, derriba y se le allana.
Por partes más de diez le iba manando
la sangre, de la cual cubierto andaba;
pero no desfallece, antes bramando,
con más fuerza y rigor los golpes daba.
Ligero corre acá y allá saltando,

arneses y celadas abollaba,
hunde las altas crestas, rompe sesos,
muele los nervios, carne y duros huesos.
En esto un gran rumor iba creciendo
de espadas, lanzas, grita y vocería,
al cual confusamente, no sabiendo
la causa, mucha gente allí acudía;
y era un gallardo mozo que, esgrimiendo
un fornido cuchillo, discurría
por medio de las bárbaras espadas,
haciendo en armas cosas estremadas.
Venía el valiente mozo belicoso
de una furia diabólica movido,
el rostro fiero, sucio y polvoroso,

340
lleno de sangre y de sudor teñido,
como el potente Marte sanguinoso
cuando de furor bélico encendido
bate el ferrado escudo de Vulcano,
blandiendo la asta en la derecha mano.
Con un diestro y prestísimo gobierno
el pesado cuchillo rodeaba,
y a Cron, como si fuera junco tierno,
en dos partes de un golpe lo tajaba;
tras éste al diestro Pon envía al infierno
y tras de Pon a Lauco despachaba,
no hallando defensa en armadura,
descuartiza, desmiembra y desfigura.
Llamábase éste Andrea, que en grandeza
y proporción de cuerpo era gigante,
de estirpe humilde, y su naturaleza
era arriba de Génova al levante;
pues con aquella fuerza y ligereza
a los robustos miembros semejante,
el gran cuchillo esgrime de tal suerte
que a todos los que alcanza da la muerte.
De un tiro a Guaticol por la cintura
le divide en dos trozos en la arena,
y de otro al desdichado Quilacura
limpio el derecho muslo le cercena;
pues de golpes así desta hechura
la gran plaza de muertos deja llena,

341
que su espada a ninguno allí perdona,
y unos cuerpos sobre otros amontona.

A Colca de los hombros arrebata
la cabeza de un tajo, y luego tiende
la espada hacia Maulén, señor de Itata,
y de alto a bajo de un revés le hiende;
lanzas, hachas y mazas desbarata,
que todo el pueblo bárbaro le ofende,
llevando muchos tiros enclavados
en los pechos, espaldas y en los lados.
Como la osa valiente perseguida
cuando le van monteros dando caza
que con rabia, sintiéndose herida,
los ñudosos venablos despedaza,
y furiosa, impaciente, embravecida,
la senda y callejón desembaraza,
que los heridos perros lastimados
le dan ancho lugar escarmentados,
de la misma manera el fiero Andrea
cercado de los bárbaros venía,
pero de tal manera se rodea
que gran camino con la espada abría;
crece el hervor, la grita y la pelea,
tanto que la más gente allí acudía;
he aquí a Rengo también ensangrentado
que llega a la sazón por aquel lado.
Alonso de Ercilla
342
Y como dos mastines rodeados
de gozques importunos, que en llegando
a verse, con los cerros erizados
se van el uno al otro regañando,
así los dos guerreros señalados,
las inhumanas armas levantando,
se vienen a herir... Pero el combate
quiero que al otro canto se dilate.
La Araucana
343

Canto XV

En este quinceno y último canto se acaba la batalla en la cual fueron muertos todos los araucanos, sin querer alguno dellos rendirse. Y se cuenta la navegación que las naos del Pirú hicieron hasta llegar a Chile y la grande tormenta que entre el río Maule y el puerto de la concepción pasaron

¿Qué cosa puede haber sin amor buena?
¿Qué verso sin amor dará contento?
¿Dónde jamás se ha visto rica vena
que no tenga de amor el nacimiento?
No se puede llamar materia llena

la que de amor no tiene el fundamento;
los contentos, los gustos, los cuidados,
son, si no son de amor, como pintados.
Amor de un juicio rústico y grosero
rompe la dura y áspera corteza,
produce ingenio y gusto verdadero
y pone cualquier cosa en más fineza.
Dante, Ariosto, Petrarca y el Ibero,
amor los trujo a tanta delgadeza
que la lengua más rica y más copiosa,
si no trata de amor, es desgustosa.
Pues yo, de amor desnudo y ornamento,
con un inculto ingenio y rudo estilo,
¿cómo he tenido tanto atrevimiento,
que me ponga al rigor del crudo filo?
Pero mi celo bueno y sano intento,

esto me hace a mí añudar el hilo,
que ya con el temor cortado había,
pensando remediar esta osadía.
Quíselo aquí dejar, considerado
ser escritura larga y trabajosa,
por ir a la verdad tan arrimado
y haber de tratar siempre de una cosa;
que no hay tan dulce estilo y delicado
ni pluma tan cortada y sonorosa
que en un largo discurso no se estrague
ni gusto que un manjar no le empalague.
Que si a mi discreción dado me fuera
salir al campo y escoger las flores,
quizá el cansado gusto removiera
la usada variedad de los sabores,
pues como otros han hecho, yo pudiera
entretejer mil fábulas y amores;
mas ya que tan adentro estoy metido,
habré de proseguir lo prometido.
Al lombardo dejé y al araucano
donde la guerra andaba más trabada,
que vienen a juntarse mano a mano,
la espada alta y la maza levantada.
De malla está cubierto el italiano,
el indio la persona desarmada
y así como más suelto y más ligero,
en descargar el golpe fue el primero.

El membrudo italiano, como vido
la maza y el rigor con que bajaba,
alzó el escudo en alto y recogido
debajo dél, el golpe reparaba;
por medio el fuerte escudo fue rompido
y en modo la cabeza le cargaba,
que, batiendo los dientes, vio en el suelo
la estrellas más mínimas del cielo.
El brazo descargó, que alto tenía,
sobre el valiente bárbaro el lombardo,
pensando que dos piezas le haría
según era del ánimo gallardo,
pero Rengo, que punto no perdía,
como una onza ligera y suelto pardo,
un presto salto dio a la diestra mano,
de suerte que el cuchillo bajó en vano.
Tras esto el diestro bárbaro rodea
la poderosa maza, de manera
que acertarle de lleno, no al Andrea
pero un duro peñasco deshiciera.
Igual andaba entre ellos la pelea,
aunque temo yo a Rengo a la primera
vez que el cuchillo baje, si le halla,
que habrá fin con su muerte la batalla.
Mas con destreza y gran reportamiento,
desnudo de armas y de esfuerzo armado,
entra, sale y revuelve como el viento,

que en maña y ligereza era estremado;
hace siempre su golpe, y al momento
le halla el enemigo así apartado,
que aunque el cuchillo de dos brazos fuera,
alcanzar a herirle no pudiera.
Mil golpes por el aire arroja en vano
el furioso italiano embravecido,
viendo cómo desnudo un araucano
y él armado, le tiene en tal partido;
la izquierda junta a la derecha mano
y apretando la espada, de corrido
al bárbaro arremete, altos los brazos,
pensando dividirle en dos pedazos.
El araucano con mañoso brío,
baja la maza, firme lo esperaba
mas el cuerpo hurtó con un desvío
al tiempo que el cuchillo derribaba,
así que el brazo y golpe dio en vacío,

y de la fuerza inmensa que llevaba
el gran cuchillo sustentar no pudo,
quedando allí con sólo medio escudo.
Pues como tal lo vio, suelta la maza,
cerrando el presto bárbaro de hecho
y cuerpo a cuerpo así con él se abraza,
que le imprime las mallas en el pecho;
no por esto el lombardo se embaraza
mas piensa dél así haber más derecho,
La Araucana
347
y con brazos durísimos lo afierra
creyendo levantarlo de la tierra.
Lo que el valiente Alcides hizo a Anteo,
quiso el nuestro hacer del araucano;
mas no salió fortuna a su deseo
y así el deseado efeto salió en vano,
que el esforzado Rengo de un rodeo
lo lleva largo trecho por el llano,
sobre los cuerpos muertos tropezando,
siempre con más furor sobre él cargando.
Andrea, de empacho ardiendo en rabia viva,
sintiéndose de un hombre así apurado,
firme en el suelo con los pies estriba,
cobrando esfuerzo del honor sacado,
y de manera sobre Rengo arriba
que de tierra lo lleva levantado,
que era de fuerza grande y de gran prueba,
bastante a comportar la carga nueva.
Yo vi, entre muchos jóvenes valientes
sobre pruebas de fuerza porfiando,
trabar él una cuerda con los dientes,
asiendo cuatro della; y estribando
todos a un tiempo a parte diferentes,
a su pesar llevarlos arrastrando,
y de solos los dientes se valía,
que las manos atrás presas tenía.
Alonso de Ercilla
348
Y con facilidad y poca pena
la mayor bota o pipa que hallaba,
capaz de veinte arrobas, de agua llena,
de tierra un codo y más la levantaba;
y suspendida sin verter, serena,
la sed por largo espacio mitigaba,
bajándola después al suelo llano
como si fuera un cántaro liviano.

Aconteció otras veces, barqueando
ríos en esta tierra caudalosos,
ir la corriente el ímpetu esforzando
a desbravar en riscos peñascosos,
arrebatando el barco, no bastando
la fuerza de los remos presurosos
y él, cubierto de malla como estaba,
luego animoso al agua se arrojaba;
y una cuerda en la boca, revolviendo
al furioso raudal el duro pecho,
los pies y fuertes brazos sacudiendo,
rompía por la canal casi derecho
remolcando la barca y resistiendo
el ímpetu del agua, del estrecho
la sacaba a la orilla en salvamento,
haciendo otras mil cosas que no cuento.
A Rengo aquí también sobrepujaba
que no fue de su fuerza menor prueba;
pero Rengo, que en ira se abrasaba,

viendo que sin firmarse alto lo lleva,
hizo por fuerza pie y sobre él tornaba,
sacando la vergüenza fuerza nueva;
pero al cabo los dos se desasieron
y otra vez a las armas acudieron.
Y comienzan de nuevo el fiero asalto
como si descansaran todo el día:
ora presto por bajo, ora por alto,
sin miedo el uno al otro acometía.
Rengo, que de armadura estaba falto
con tal destreza y maña se regía
que sostiene en un peso aquella guerra,
no perdiendo una mínima de tierra.
Con presteza una vez tal golpe asienta
al valiente cristiano por un lado
que toda la persona le atormenta
según que fue de fuerza muy cargado;
otro redobla, y otro y a mi cuenta
al cuarto, que bajaba más pesado,
el astuto italiano se desvía
y de una punta al bárbaro hería.
La espada le atraviesa el brazo fuerte
abriéndole en el lado una herida;
mas fue tal su ventura y diestra suerte
que no le privó el golpe de la vida;
el bárbaro en ponzoña se convierte

y con braveza fuera de medida
Alonso de Ercilla
350
con el fiero enemigo fue en un punto,
descargando la maza todo junto.
El italiano en alto el medio escudo
alzó, por recoger el golpe estraño
pero del todo resistir no pudo,
aunque se reparó parte del daño.
Batióle la cabeza el golpe crudo,
y cual si el morrión fuera de estaño
y no de fuerte pasta bien templado,
así de aquella vez quedó abollado.
Dos o tres pasos dio desvanecido
del golpe el italiano, vacilando,
perdida la memoria y el sentido
y anduvo por caer titubeando;
la sangre por el uno y otro oído
le reventó en gran flujo, como cuando
revienta de abundancia alguna fuente,
y en pie se tuvo bien difícilmente.
Pero vuelto en su acuerdo, que se mira
lleno de sangre y puesto en tal estado,
más furioso que nunca, ardiendo en ira
de verse así de un bárbaro tratado,
el brazo con el pie diestro retira
para tomar más fuerza y el pesado
cuchillo derribó con tal ruido
que revocó en los montes del sonido.
La Araucana
351
Rengo, que el gran cuchillo bajar siente
y el ímpetu y furor con que venía,
cruzando la alta maza osadamente,
al reparo debajo se metía,
no fue la asta defensa suficiente
por más barras de acero que tenía,
que a tierra vino della una gran pieza
y el furioso cuchillo a la cabeza.
Fue este golpe terrible y peligroso
por do una roja fuente manó luego,
y anduvo por caer Rengo dudoso,
atónito y de sangre casi ciego.
El italiano allí no perezoso,
viendo que no era tiempo de sosiego,
baja otra vez el gran cuchillo agudo
con todo aquel vigor que dalle pudo.

En medio de la frente en descubierto
hiere al turbado Rengo el italiano,
y hubiérale de arriba abajo abierto
si no torciera al descargar la mano;
el golpe fue de llano y como muerto
vino al suelo tendido el araucano
y el cuchillo, del golpe atormentado
por tres o cuatro partes fue quebrado.
Crino, que volvió el rostro al gran ruido
del poderoso golpe y la caída,
viendo al valiente Rengo así tendido

352
pensó que era pasado desta vida
y de amistad y deudo comovido,
la espada de su propio amo homicida,
que en Penco Tucapel ganado había,
en venganza del bárbaro esgrimía.
Pasa al Andrea de un golpe el estofado
no reparando en él la cruda espada,
que, rompiendo la malla por el lado,
le penetró hasta el hueso la estocada;
vuelve con un mandoble, y recatado
Andrea, viendo venir la cuchillada,
fue tan presto con él por resistirle
que no le dejó tiempo de herirle.
Sin darle más lugar, con él se afierra,
donde en satisfación de la herida,
alzándole bien alto de la tierra
de espaldas le tendió con gran caída;
y por dar presto fin a aquella guerra,
la espada le quitó y luego la vida,
metiéndose tras esto por la parte
que andaba más sangriento el fiero Marte.
Hiende por do el montón vee más estrecho:
¡triste de aquel que allí con él se junta!
Uno parte al través, otro al derecho,
otro al sesgo, otro ensarta de una punta;
otros que tiende, aún no bien satisfecho,
a coces los quebranta y descoyunta:

353
brazos, cabezas por el aire avienta
sin término, sin número, ni cuenta.
El buen Lasarte con la diestra airada
en medio del furor se desenvuelve;
pasa el pecho a Talcuén de una estocada,

y sobre Titaguán furioso vuelve;
abrióle la cabeza desarmada
mas el rabioso bárbaro revuelve,
y antes que la alma diese, le da un tajo
que se tuvo al arzón con gran trabajo.
Pacheco a Norpa abrió por el costado
y a Longoval derriba tras él, muerto;
pues Juan Gómez también por aquel lado,
de fresca sangre bárbara cubierto,
había de un golpe a Colca derribado
y a Galvo el desarmado vientre abierto;
el bárbaro mortal, la color vuelta,
dio en el postrer sospiro la alma envuelta.
Gabriel de Villagrán no estaba ocioso,
que a Zinga y a Pillolco había tendido,
y andaba revolviéndose animoso
entre los hierros bárbaros metido.
El rumor de las armas sonoro,
los varios apellidos y el ruido,
a las aves confusas y turbadas
hacen estar mirándolas paradas.
Alonso de Ercilla
354
Crece la rabia y el furor se enciende,
la gente por juntarse se apiñaba,
que ya ninguno más lugar pretende
del que para morir en pie bastaba.
Quién corta, quién barrena, rompe, hiende,
y era el estrecho tal y priesa brava
que, sin caer los muertos, de apretados
quedaban a los vivos arrimados.
La soberbia, furor, desdén, denuedo,
la priesa de los golpes y dureza
figurarla del todo aquí no puedo
ni la pluma llevar con tal presteza.
De la muerte ninguno tiene miedo,
antes, si vuelve el rostro, más tristeza
mostraban, porque claro conocían
que vencidos quedaban si vivían.
Mas aunque de vivir desconfiaban,
perdida de vencer ya la esperanza,
el punto de la muerte dilataban
por morir con alguna más venganza,
y no por esto el paso retiraban
ni el pecho rehusaban de la lanza,
si por mover un paso, como digo,
dejasen de ofender al enemigo.

Cuatro aquí, seis allí, por todos lados
vienen sin detenerse a tierra muertos,
unos de mil heridas desangrados,

de la cabeza al pecho otros abiertos;
otros por las espadas y costados
los bravos corazones descubiertos,
así dentro en los pechos palpitaban
que bien el gran coraje declaraban.
Quién en sus mismas tripas tropezando
al odioso enemigo arremetía;
quién por veinte heridas resollando
las cubiertas entrañas descubría;
allí se vio la vida estar dudando
por qué puerta de súbito saldría;
al fin salía por todas y a un momento
faltaba fuerza, vida, sangre, aliento.
Ya pues, no estaba en pie la octava parte
de los bárbaros: muertos, no rendidos;
Villagrán, que miraba esto de aparte,
viendo los que quedaban tan heridos,
les envió dos indios de su parte
a decir que se entreguen por vencidos
sometiéndose al yugo y obediencia
y que usará con ellos de clemencia.
Todos los españoles retrujeron
las espadas y el paso en el momento,
y los dos mensajeros propusieron
el pacto, condición y ofrecimiento;
pero los araucanos, cuando oyeron
aquel partido infame, el corrimiento

fue tanto y su coraje, que respuesta
no dieron a la plática propuesta.
Los ojos contra el cielo vueltos, braman.
«¡Morir!, ¡morir!», no dicen otra cosa.
Morir quieren, y así la muerte llaman
gritando: «¡Afuera vida vergonzosa!»
Esta fue su respuesta y esto claman,
y a dar fin a la guerra sanguinosa
se disponen con ánimo y braveza,
sacando nuevas fuerzas de flaqueza.
Espaldas con espaldas se juntaban
algunos de rodillas combatiendo,
que las tullidas piernas les faltaban,

sostenerse sobre ellas no pudiendo
y aun así las espadas rodeaban;
otros, que ya en el suelo retorciendo
se andaban, por dañar lo que podían,
a los contrarios pies se revolvían.
Viéranse vivos cuerpos desmembrados
con la furiosa muerte porfiando,
en el lodo y sangraza derribados,
que rabiosos se andaban revolcando
de la suerte que vemos los pescados
cuando se va algún lago desaguando,
que entre dos elementos se estremecen,
y en ellos revolcándose perecen.

Si el crudo Sylla, si Nerón sangriento
(por más sed que de sangre ellos mostraran)
della vieran aquí el derramamiento,
yo tengo para mí que se hartaran,
pues con mayor rigor, a su contento,
en viva sangre humana se bañaran,
que en Campo Marcio Sylla carnicero,
y en el Foro de Roma el bestial Nero.
Quedaron por igual todos tendidos
aquellos que rendir no se quisieron,
que ya al fin de la vida conducidos
a la forzosa muerte se rindieron;
los lasos españoles mal heridos
de la cercada plaza se salieron,
de armas y cuerpos bárbaros tan llena
que sobre ellos andaban a gran pena.
Ningún bárbaro en pie quedó en el fuerte
ni brazo que mover pudiese espada.
Sólo Mallén, que al punto de la muerte
le dio de vivir gana acelerada,
y rendido al temor y baja suerte,
viéndose de una fiera cuchillada
en el siniestro brazo mal herido,
detrás de un paredón se había escondido.
No sintiendo el rumor que antes se oía,
que en torno retumbaba todo el llano
(que, como dije, ya la muerte había

puesto silencio con airada mano),
dejó aquel paredón, y a ver salía
si hallaba por allí algún araucano

a quien se encomendar que le salvase
y la sensible llaga le apretase.
Mas cuando vio la plaza cuál estaba
y en sus amigos tal carnicería
que aunque la muerte los desfiguraba,
la envidia conocidos los hacía,
con ira vergonzosa, presentaba
la espalda al corazón, y así decía:
«¡Cómo! ¿yo solo quedo por testigo
de la muerte y valor de tanto amigo?
«Cobarde corazón, por cierto indigno
de algún golpe de espada valerosa,
pues fue por elección y no destino
perder una sazón tan venturosa;
tú me apartaste, ¡oh flaco!, del camino
de un eterno vivir y a vergonzosa
muerte he venido ya con mengua tuya,
por más que la mi diestra lo rehuya.
«Si a mi sangre con ésta del Estado
mezclarse aquí le fuere concebido,
viendo mi cuerpo entre éstos arrojado,
aunque de brazo débil ofendido,
quizá seré en el número contado
de los que así su patria han defendido;

mas, ¡ay triste de mí!, que en la herida
será mi flaca mano conocida.
¿Qué indicios bastarán, qué recompensa,
qué emienda puedo dar de parte mía,
que yo satisfacer pueda a la ofensa
hecha a mi honor y patria y compañía?
Yo turbo el claro honor y fama inmensa
de tantos, pues podrán decir que había
entre ellos quien de miedo, bajamente,
del enemigo apenas vio la frente.
«¿Por qué al temor doy fuerzas dilatando
con prolijas razones mi jornada?
¿Arrepentirme qué aprovecha cuando
ya el arrepentimiento vale nada?»
Aquí cerró la voz y no dudando,
entrega el cuello a la homicida espada:
corriendo con presteza el crudo filo,
sin sazón de la vida cortó el hilo.
Cese el furor del fiero Marte airado
y descansen un poco las espadas,
entretanto que vuelvo al comenzado

camino de las naves derramadas,
que contra el recio Noto porfiado,
de Neptuno las olas levantadas
proejando por fuerza iban rompiendo,
del viento y agua el ímpetu venciendo.
Alonso de Ercilla
360
Por entre aquellas islas navegaron
de Sangallá, do nunca habita gente,
y las otras ignotas se dejaron
a la diestra de parte del poniente;
a Chaule a la siniestra, y arribaron
en Arica, y después difícilmente
vimos a Copiapó, valle primero
del distrito de Chile verdadero.
Allí con libertad soplan los vientos
de sus cavernas cóncavas saliendo,
y furiosos, indómitos, violentos,
todo aquel ancho mar van discurriendo,
rompiendo la prisión y mandamientos
de Eolo, su rey, el cual temiendo
que el mundo no arruinen, los encierra
echándoles encima una gran sierra.
No con esto su furia corregida,
viéndose en sus cavernas apremiados,
buscan con gran estruendo la salida
por los huecos y cóncavos cerrados;
y así la firme tierra removida
tiembla, y hay terremotos tan usados,
derribando en los pueblos y montañas
hombres, ganados, casas y cabañas.
Menguan allí las aguas, crece el día
al revés de la Europa, porque es cuando
el sol del equinocio se desvía
La Araucana
361
y al Capricornio más se va acercando.
Pues desde allí las naves que a porfía
corren, al mar y al Austro contrastando,
de Bóreas ayudadas luego fueron
y en el puerto coquímbico surgieron.
Apenas en la deseada arena,
salidos de las naos el pie firmamos,
cuando el prolijo mar, peligro y pena
de tan largos caminos olvidamos,
y a la nueva ciudad de La Serena,
ques dos leguas del puerto, caminamos

en lozanos caballos guarnecidos,
al esperado tiempo prevenidos.
Donde un caricioso acogimiento
a todos nos hicieron y hospedaje,
estimando con grato cumplimiento
el socorro y larguísimo viaje,
y de dulce refresco y bastimento
al punto se aprestó el matalotaje,
con que se reparó la hambrienta armada,
del largo navegar necesitada.
A la gente y caballos aguardaban
que, por áspera tierra y despoblados
rompiendo, con esfuerzo caminaban,
de hambres y trabajos fatigados;
pero a cualquier fortuna contrastaban,
y desde poco a la ciudad llegados,
Alonso de Ercilla
362
un mes en mucho vicio reposaron,
hasta que los caballos reformaron.
Al fin del cual, sin esperar la flota,
reparados del áspero camino,
toman de su demanda la derrota,
llevando a la derecha el mar vecino;
pasan la fértil Ligua y a Quillota
la dejaron a un lado, que convino
entrar en Mapocho, que es do pararon
las reliquias de Penco que escaparon.
El sol del común Géminis salía
trayendo nuevo tiempo a los mortales,
y del solsticio por zenit hería
las partes y región setentrionales.
Cuando es mayor la sombra al mediodía
por este apartamiento en las australes
y los vientos en más libre ejercicio
soplan con gran rigor del austral quicio,
nosotros, sin temor de los airados
vientos, que entonces con mayor licencia
andan en esta parte derramados
mostrando más entera su violencia,
a las usadas naves retirados,
con un alegre alarde y aparencia
las aferradas áncoras alzamos,
y al norueste las velas entregamos.
La Araucana
363
La mar era bonanza, el tiempo bueno,

el viento largo, fresco y favorable,
desocupado el cielo y muy sereno,
con muestra y parecer de ser durable.
Seis días fuimos así; pero al seteno,
Fortuna, que en el bien jamás fue estable,
turbó el cielo de nubes, mudó el viento,
revolviendo la mar desde el asiento.
Bóreas furioso aquí tomó la mano
con presurosos soplos esforzados,
y súbito en el mar tranquilo y llano
se alzaron grandes montes y collados.
Los españoles, que el furor insano
vieron del agua y viento atribulados,
tomaron por partido estar en tierra
aunque del todo hubiera fin la guerra.
De mi nave podré sólo dar cuenta,
que era la capitana de la armada,
que arrojada de la áspera tormenta
andaba sin gobierno derramada;
pero ¿quién será aquel que en tal afrenta
estará tan en sí, que falte en nada?
Que el general temor apoderado
no me dejó aun para esto reservado.
Con tal furia a la nave el viento asalta
y fue tan recio y presto el terremoto,
que la cogió la vela mayor alta,

y estaba en punto el mástil de ser roto;
mas viendo el tiempo así turbado, salta
diciendo a grandes voces el piloto:
«¡Larga la triza en banda!, ¡larga, larga!,
¡larga presto, ¡ay de mí!, que el viento carga!».
La braveza del mar, el recio viento,
el clamor, alboroto, las promesas
el cerrarse la noche en un momento
de negras nubes, lóbregas y espesas;
los truenos, los relámpagos sin cuento,
las voces de pilotos y las priesas
hacen un són tan triste y armonía,
que parece que el mundo perecía.
«¡Amaina!, ¡amaina!», gritan marineros:
«¡amaina la mayor! ¡iza trinquete!»
Esfuerzan esta voz los pasajeros,
y a la triza un gran número arremete;
los otros de tropel corren ligeros
a la escota, a la braza, al chafaldete,

mas del viento la fuerza era tan brava
que ningún aparejo gobernaba.
Ábrese el cielo, el mar brama alterado,
gime el soberbio viento embravecido;
en esto un monte de agua levantado
sobre las nubes con un gran ruido
embistió el galeón por un costado
llevándolo un gran rato sumergido,
La Araucana
365
y la gente tragó del temor fuerte
a vueltas de agua, la esperada muerte.
Mas quiso Dios que de la suerte como
la gran ballena, el cuerpo sacudiendo,
rompe con el furioso hocico romo,
de las olas el ímpeto venciendo,
descubre y saca el espacioso lomo
en anchos cercos la agua revolviendo,
así debajo el mar sahó el navío
vertiendo a cada banda un grueso río.
El proceloso Bóreas más crecido
la mar hasta los cielos levantaba,
y aunque era un mangle el mástil muy fornido
sobre la proa la alta gavia estaba;
la gente con gran fuerza y alarido
en amainar la vela porfiaba,
que en forma de arco el mástil oprimía
y así la racamenta no corría.
Eolo, o ya fue acaso, o se doliendo
del afligido pueblo castellano,
iba al valiente Bóreas recogiendo,
queriendo él encerrarle por su mano;
y abriendo la caverna, no advirtiendo
al Céfiro, que estaba más cercano,
rotas ya las cadenas a la puerta,
salió bramando al mar, viéndola abierta.
Alonso de Ercilla
366
Y con violento soplo, arrebatando
cuantas nubes halló por el camino,
se arroja al levantado mar, cerrando
más la noche con negro torbellino,
y las valientes olas reparando,
que del furioso cierzo repentino
iban la vía siguiendo, las airaba,
y el removido mar más alteraba.
Súbito la borrasca y travesía

y un turbión de granizo sacudieron
por un lado a la nao, y así pendía
que al mar las altas gavias decendieron.
Fue la furia tan presta, que aún no había
amainado la gente; y cuando vieron
los pilotos la costa y viento airado,
rindieron la esperanza al duro hado.
La nao, del mar y viento contrastada
andaba con la quilla descubierta,
ya sobre sierras de agua levantada,
ya debajo del mar toda cubierta.
Vino en esto de viento una grupada
que abrió a la agua furiosa una ancha puerta,
rompiendo del trinquete la una escota
y la mura mayor fue casi rota.
Alzóse un alarido entre la gente
pensando haber del todo zozobrado,
miran al gran piloto atentamente

que no sabe mandar de atribulado.
Unos dicen: «¡zaborda!»; otros; «¡detente!»,
«¡cierra el timón en banda!», y cuál turbado
buscaba escotillón, tabla o madero
para tentar el medio postrimero.
Crece el miedo, el clamor se multiplica,
uno dice: «¡a la mar!»; otro: «¡arribemos!»;
otro da grita: «¡amaina!»; otro replica:
«¡A orza, no amainar, que nos perdemos!»;
otro dice: «¡herramientas, pica, pica!;
¡mástiles y obras muertas derribemos!»
Atónita de acá y de allá la gente
corre en montón confuso diligente.
Las gúmenas y jarcias rechinaban
del turbulento Céfiro estiradas;
y las hinchadas olas rebramaban
en las vecinas rocas quebrantadas,
que la escura tiniebla penetraban
y cerrazón de nubes intricadas;
y así en las peñas ásperas batían,
que blancas hasta el cielo resurtían.
Travesía era el viento y por vecina
la brava costa de arrecifes llena,
que del grande reflujo en la marina
hervía el agua mezclada con la arena;
rota la scota, larga la bolina,
suelto el trinquete, sin calar la entena

y la poca esperanza quebrantada
por el furioso viento arrebatada.
LAUS DEO

Tabla de las cosas notables que hay en esta Primera parte de La Araucana

A
Alboroto de la ciudad de la Concepción VII, 1-31
Andrea combate con Rengo XIV, 46
Andalién, río I, 60
Arauco, valle principal, de donde toma nombre el Estado II, 16
Asalto de españoles al fuerte de Lautaro XI, 54
B
Batalla entre españoles y araucanos sobre la plaza de Tucapel II, 68
Batalla en la cual mueren todos los españoles III, 22
Batalla en la cuesta de Andalicán V, 9
Batalla en el asiento de la Concepción IX, 46
Batalla en Mataquito, valle XIV, 8
Biobío, río famoso I, 62
Buelta de los españoles al asiento de la Concepción IX, 38
C
Colocolo hace las amistades de Tucapel y Leucotón XI, 15
Colocolo aplaca a los caciques en la discordia de la eleción de Capitán General, y los concierta II, 27
Consejo de guerra general de los araucanos VIII, 11

Castigo hecho por el marqués de Cañete en el Pirú XIII, 3
Costumbres y modos de guerra de los araucanos I, 12
D
Descripción y altura de las provincias de Chili y estado de Arauco I, 6-11
Doña Mencía de Nidos, famosa mujer VII, 20
Discordia de los caciques principales sobre la eleción de Capitán General II, 19
E
Entrada de los indios en la casa fuerte de Tucapel II, 65
Estado y gobierno de Arauco I, 10
F
Fiestas y juegos generales de los indios X, 11
Francisco de Villagrán rompe la albarrada VI, 41
Francisco de Villagrán derribado entre los enemigos V, 54

Francisco de Villagrán da sobre Lautaro en el valle de Mataquito XII, 65
L
Lautaro se vuelve contra los españoles III, 34
Lautaro, teniente general de los araucanos III, 84
Lautaro favorece a Tucapel y le libra de un gran peligro VIII, 56
Los españoles desamparan la ciudad de la Concepción VII, 11
M
Marcos Veaz habla con Lautaro XII, 9
Maule, río famoso I, 60
Milagro a vista de todo un ejército IX, 13
La Araucana
371
Muerte de Valdivia III, 68
Muerte de Lautaro IV, 17
Muerte de Diego Oro padre III, 50
Muerte de Diego Oro hijo IX, 78
Muerte de Angol, cacique IX, 80
Muerte de Ortiz IX, 73
Muerte del padre Lobo IX, 76
Muerte de Juan de Villagrán XIV, 38
Muerte de Mallén, cacique XV, 55
P
Pedro de Villagrán acomete a Lautaro en su fuerte XI, 46
Prueba estraña en la eleción de Capitán General II, 35
R
Razonamiento de Lautaro a sus soldados XII, 48
Razonamiento de Colocolo en el consejo de guerra VIII, 33
Rencuentro de los catorce españoles IV, 9
Rengo sigue a Juan y Hernando de Alvarado y a Yvarra IX, 93
Rengo hace grande estrago en el campo de los españoles XIV, 37
Rengo y Leucotón en la lucha X, 48
Retírase Lautaro al valle de Ytata XII, 36
S
Saco de la ciudad de Concepción VII, 46
Socorro que envía el marqués de Cañete XIII, 15
Sueño de Lautaro y de su amiga Guacolda XIII, 44
T
Tucapel mata al cacique Puchecalco VIII, 44
Tucapel combate contra todo un ejército VIII, 47
Alonso de Ercilla
372
Tucapel turba las fiestas en el valle de Arauco XI, 17
Tormenta de las naos del Pirú XV, 68
V
Valdivia entra en Chili I, 55
Valdivia preso por Caupolicán III, 64

Valdivia rehúsa de venir a las manos con los enemigos
conociendo, como buen capitán, el peligro a que se ponía, y hace
sobre ello una plática a sus soldados III, 11
Y
Yncendio de la ciudad de la Concepción VII, 54
Ytata, río caudaloso